

TO

73  
DAD AU  
CIÓN GE





1080020816

ITER PARA TVTVM  
VERITATIS

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

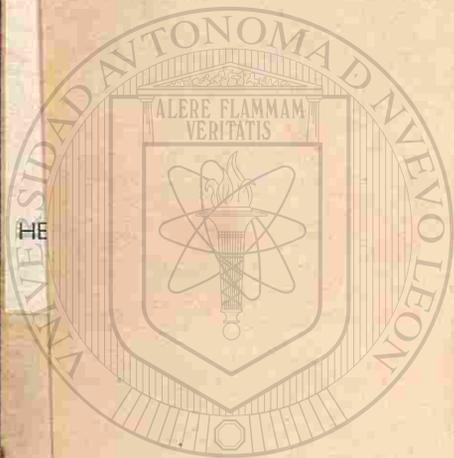
Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





U A N L

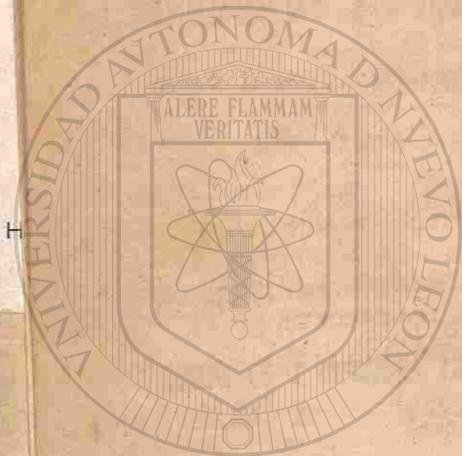
LAS NACIONES

ENTRECIDAS CONTRA JESUCRISTO Y SU IGLESIA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LAS NACIONES ENFURECIDAS  
CONTRA  
**JESUCRISTO Y SU IGLESIA.**

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

por el Sr.

*Riata Semann*

traducida al castellano por el Lic. D.

Mmanuel García Aguirre,

y precedido de un prólogo del traductor.



**Capilla Alfonso**  
MEXICO.

**Biblioteca Universitaria**

Imp. de la Biblioteca de Jurisprudencia.

Merced núm. 29.

1882.

**44927**

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

BR123

LA



Capilla Alfonso  
Valverde y Tellez

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

## PROLOGO DEL TRADUCTOR.

Este libro no es una de tantas producciones de la prensa contemporánea que despiertan curiosidad pasajera y quedan olvidadas en el momento de acabar su lectura. Léjos de ello, excita un interés creciente á cada página que se recorre, y leídas todas, se repite una y otra y más veces la lectura, haciendo en el ánimo tal impresión de novedad, que no acierta á fijarse en si lo escrito es obra de autor actual ó pertenece á los días de los profetas. Es una inspiración toda del momento presente, que en breve volumen contiene el cuadro completo de la espantosa decadencia moral á que han venido en nuestro tiempo las naciones cristianas, y los

008263

medios eficaces para precaverlas de su ruina y para que recobren, con su vuelta al cristianismo, la libertad perdida. Dignos son de meditacion sería los ocho discursos en que el Sr. Abate J. Lémann desenvuelve su magnífico plan.

En el primero, "El deseado de las naciones convertido en el despreciado de las naciones," expone el autor, con admirable lucidez de toques, el cuadro completo de los dos estados de la gentilidad ántes y despues de la venida de Jesucristo. Allí comprendió todo lo sustancial escrito en centenares de libros sobre la necesidad de una segunda revelacion, despues de ofuscadas las luces con que alumbrara á los hombres la primera. De una simple mirada se descubren todos los abismos que rodeaban á la infeliz humanidad; el abismo del error, el de la corrupcion y el crimen, el del egoismo, el de lo arbitrario, el de la malicia y la crueldad, los abismos todos que hacian de la existencia humana un tormentoso suplicio, y despertaban en el instinto de con-

servacion el ardiente anhelo por la venida de un *Deseado*, de un *Libertador*, *expectatio gentium*.

Vino, en efecto, y trajo á la humanidad no solamente lo que ella deseaba, sino lo que ni imaginara pedir; le trajo el órden sobrenatural; de manera que ansiando los hombres ser restituidos á la condicion de seres racionales por la vuelta de la ley natural á su vigor, otros infinitamente mayores eran los anhelos del amantísimo Corazon de Jesus; traia fuego para encender las almas en el amor divino, y medios de elevar á los hombres á la filiacion de Dios; para ello nos reveló los dogmas de la fe cristiana, y con sus obras y doctrina nos enseñó la práctica de las virtudes sobrenaturales.

Todavía hizo más Jesucristo en su amor á la gentilidad, y fué, invertir los rangos, dando él primer lugar á los últimos y el último á los primeros. *Cæcitas in Israel donec plenitudo gentium intraret*. Por todos los hombres vino al mundo el Mesías: *propter nos homines et propter nostram*

*salutem descendit de caelis*; pero en la divina economía de su Providencia entró el preferir á los que por necesidad *le deseaban*, y postergar á los judíos, que teniéndole anunciado en las Escrituras, le desecharon: *Nolumus hunc regnare super nos*. Esperarán hasta que acabe de entrar en el seno de la Iglesia la plenitud de las gentes; ¿pero cuándo será esto, siendo así que hoy el movimiento oficial de las naciones léjos de dirigirse á secundar los trabajos de evangelización, tiende tenazmente á *desecristianizar* á todos los pueblos creyentes? ¡Pobres judíos si de los hombres pendiese y no de Dios el hacer sonar la hora de su entrada en la Iglesia! A despecho del mundo esa hora sonará, porque Dios lo dijo, y toda palabra suya se ha de cumplir.

Finalmente, hace notar el grande escritor el beneficio dispensado por el *Deseado* á las naciones, y consiste en haberse servido únicamente de las cristianas para la obra admirable de la civilización. La historia se ha encargado de hacer visible esta verdad

mostrándonos cómo los pueblos que no han llegado á entrar en la Iglesia de Jesucristo, ó los que habiendo entrado se salieron, han sido ajenos á esa obra; nada han hecho por ella la China, el Oriente, las Indias orientales, los grandes centros de Africa y Asia, mientras que las naciones poseedoras de Jesucristo elevaron el portentoso edificio de la civilización cristiana, realizándose en ellas el anuncio evangélico de que “á la busca preferente del reino de Dios y su justicia iría añadida la adquisición de los bienes temporales.”

Llegado á este punto, exclama angustiado el autor, y dice: “no partí del principio de la era cristiana, atravesando diez y ocho siglos de servicios prestados por Jesucristo, sino para llegar, judío errante y peregrino espantado, á esta noche del siglo XIX en que encuentro este contraste: el Descado de las naciones convertido en el rechazado, el despreciado, el vilipendiado por ellas.” A los aplausos por su venida han sucedido los aplausos por su despedida; se aplaude cuan-

do Jesucristo es rechazado del poder público; se aplaude al rechazarle de la enseñanza; se aplaude cuando se le aleja del lecho de los moribundos; se aplaude todo ataque á Jesucristo.

¡Oh! la humanidad no se ha hundido en abismos más profundos que aquellos de donde la sacó la mano misericordiosa del Deseado, gracias á la causa que señaló el santo Pontífice Pío IX y recuerda el autor; gracias á que las naciones católicas permanecen siéndolo á despecho de sus gobiernos, y por esto distinguía el gran Pontífice dos naciones en cada nacion; dos Francias en Francia, dos Italias en Italia, dos Españas en España y así de las demas. Una cosa son los gobiernos y otra los pueblos por ellos subyugados; los primeros titulan civilizacion moderna al sistemático desconocimiento de Jesucristo; pero los otros, que los están mirando retroceder á la barbarie pagana, se alejan de ellos horrorizados, diciéndoles: "queremos conservar á Jesucristo y para ello, con el Papa á nuestra cabeza,

os decimos, que no hemos de transigir con esa estúpida ingratitud á que dais el nombre de "civilizacion moderna."

Si bien se observa, la falsa escuela consejera de la imposible transaccion desiste de su intento, viéndolo irrealizable, mientras con la Iglesia católica exista sobre la tierra la doctrina de Jesucristo. Sus esfuerzos se dirigen ahora á despedir al Maestro, porque en verdad, ausente el preceptor, su enseñanza desaparecería. A ese dañado fin van encaminados, de la revolucion francesa para acá, los trabajos de los enemigos de Jesucristo, quienes por medio de lo que llaman secularizacion de la enseñanza haciéndola oficial, gratuita y obligatoria, pretenden arrancar á la Iglesia y á la familia el magisterio que les pertenece por derecho divino y natural: para que el Estado, esa entidad incrédula se apodere de las generaciones desde la infancia, las forme á su imágen y acabe por poblar el mundo de ateos teóricos y prácticos, no pudiendo dar de sí otra cosa la escuela

en que se enseña esa moral imposible que, no refiriéndose á ninguna religion ni culto, carece de título para imponer deberes, y no es ni va á dar á otra cosa que al *quod lubet licet* de Epicuro. La perversa doctrina ha hecho y seguirá haciendo secuaces en nuestro siglo corrompido y corruptor, pero nunca será universal, porque *Jesucristo es inamovible*; y si ántes de su venida á la tierra fué desde el Paraíso el deseado de los hombres *expectatio gentium*, despues de ella ha sido y será el Maestro de cuantos aspiran á la dicha del siglo futuro, quienes le aclamarán su Preceptor hasta la consumación de los dias, diciéndole con Pedro: "Señor, ¿quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna."

Tres datos señala el autor al contemplar á Jesucristo en su carácter de Maestro del género humano y son las cualidades del preceptor, el cuadro de la enseñanza y la expresión del preceptorismo. Por lo que hace al primero, demuestra que la profundidad de la ciencia del preceptor es infinita; sus ex-

plicaciones al alcance de todas las inteligencias, lo mismo de las más rudas que de las más elevadas, y asociando á la severidad inseparable del magisterio infalible la dulce familiaridad del amigo.

El cuadro de la enseñanza es muy sencillo; no enseña otra cosa que la salvacion de las almas, solo objeto de Dios en las relaciones que desde la creacion del mundo se dignó establecer con la humanidad. El hombre tiene dos destinos, el fugaz de un dia sobre la tierra y el inacabable de la vida futura, para el lleno de los cuales fué provisto de los medios conducentes; de la razon por lo que mira á lo terreno, y de la religion por lo que toca al órden sobrenatural. Toda ciencia viene de Dios, pero con una diferencia esencialísima en su modo de trasmision, y es que la humana, una vez infundida en el primer hombre al principio del mundo, se hizo comunicable de éste á los demas por la enseñanza, poniendo en ejercicio su razon natural el maestro al enseñar y el discípulo al aprender. La filoso-

fia expresa una verdad de simple buen sentido cuando asienta que Adan tuvo ciencia infusa: así como para ser padre de todas las generaciones humanas era necesario que él procediese de creacion y no de generacion, del mismo modo no teniendo maestro de quien aprender las nociones que debia transmitir á sus descendientes para llevar la vida transitoria de la tierra, era necesario que se las encontrase ya formadas en su mente, es decir, que en él fuera infusa la ciencia que despues trasmitiria por enseñanza.

Así lo expresa el Génesis en su concision distintiva. "Luego que el Señor Dios hubo formado de la tierra todos los animales terrestres y todas las aves del cielo: *llevólas á Adan, para que viese cómo las habia de llamar*: porque todo lo que Adan llamó ánima viviente, *ese es su nombre*." Se ve que no fué Dios quien dió las definiciones de los animales, sino quiso expresamente que Adan lo hiciera como lo hizo, y con la perfeccion que expresa este concepto: "to-

de lo que Adan llamó ánima viviente, ese es su nombre, es decir el que define el objeto en su naturaleza y propiedades. Pueril seria decir que este lugar se entiende nada más de la ciencia zoológica y no de la universal que poseyó nuestro primer padre, cuando en otros lugares del Génesis se encuentran indicaciones de esa universalidad: por ejemplo, en el versículo 17 del capítulo IV se lee que Cain edificó una ciudad á la que puso el nombre de su hijo Henoch: por embrionaria que se quiera imaginar esa edificacio, ella supone en el constructor y sus oficiales una suma no despreciable de conocimientos matemáticos y de varias artes, todos los cuales, pasada la necesidad de recibirlos infusos, nos llevan á considerar á Adan como el maestro que los enseñó á sus inmediatos descendientes. Vino todavía éste, sus sextos nietos son padres "de los que habitan en tiendas y de los pastores; de los que tañen cítara y órgano;" y Tubalcain, nieto en el propio grado, "fué artífice en trabajar de martillo toda obra

de cobre y de hierro." Tantos conocimientos ya los recibiesen los nietos de sus padres inmediatos, ya de su abuelo Adam, presuponien la inmensa riqueza de ciencia poseída por éste y por él enseñada á sus sucesores. Pero nótese bien que todo ese saber es el saber de la tierra y nada más; el enseñado por el hombre al hombre para servirle en la vida terrenal.

Con el saber religioso y moral pasa otra cosa, no es *infundido* en el hombre sino *enseñado*, y el Maestro es el mismo Dios; aunque su doctrina pase de unos hombres á otros por tradieion, siempre El es el docente y de tal modo, que luego de falseada la tradicion mezclándole doctrina de origen humano, se pierde la verdad. Dios es quien enseña la moral religiosa, en el principio del mundo á nuestro primer padre, segun se lee en el II capítulo del Génesis: Dios es quien, despues de caída la humanidad por el pecado, enseña al hombre no haber perdido el libre albedrío para poder abstenerse de obrar el mal. "¿Por qué te

has ensañado?" dice á Cain, que ya medita el fratricidio, y por qué ha decaído tu semblante? ¿No es cierto que si bien hicieres, serás recompensado; y si mal, estará luego á las puertas el pecado? mas su apetito *estará en tu mano*, y tú te enseñorearás de él." (Géns., cap. IV, vers. 6, 7).

Andando el tiempo y tocado el mundo de la lepra de la idolatría, segrega Dios una porcion para que sea su pueblo y lo funda un culto verdadero; al efecto instruye directamente á Moisés en la doctrina religiosa que ha de enseñar, y el Señor escribe de su propia mano en tablas de piedra la ley obligatoria á todos los hombres, que no es diversa de la que enseñó en el paraíso, sino la misma, pero consignada en una forma que la preserva de las alteraciones que hiciera en la primitiva una tradicion cada día más infiel y corrompida. Vemos, pues, ser siempre Dios el Maestro de quien procede directamente la enseñanza de la ciencia moral y religiosa, y serlo de manera que cuando por obra de la humana perversi-

sidad es oscurecida la doctrina y amenaza perderse de la memoria y del corazón del hombre, se hace de nuevo necesaria la intervención directa de Dios.

Así lo reconoció la gentilidad, cuando por medio de representantes bien caracterizados de todo el alcance de la razón humana, cuales fueron Platon y Sócrates, decía con el primero: "es preciso que con los restos de verdad que nos quedan, pasemos como en una barca el mar tempestuoso de esta vida, á ménos que no se nos dé una vía más segura, como *alguna promesa divina, alguna REVELACION, que será para nosotros un buque poderoso que afronte las tempestades.*" y con Sócrates decía: "hay que aguardar á que venga alguno á instruirnos en el modo de obrar con relación á los dioses y á los hombres. SOLO UN DIOS PUEDE ALUMBRARNOS."

Es verdad, necesitaba el mundo de una segunda revelación, porque la luz de la primera estaba al extinguirse no ya en el corazón del paganismo sino también en el del

pueblo escogido que fraccionado en sectas, alguna de las cuales, la de los saduceos, era abiertamente materialista, había dejado de creer en la ley de Dios escrita por Moisés, y convertido todos sus cuidados á la adquisición de lo terrenal. Hasta qué grado llegara la incredulidad judía, lo demuestran mucho mejor que largos raciocinios, estas palabras de Jesucristo registradas en el cap. III del evangelista San Juan: "Mas yo os he conocido que no teneis el amor de Dios en vosotros. No penseis que yo os he de acusar delante del Padre; otro hay que os acusa, Moisés, en quien vosotros esperais. Porque si creyeseis á Moisés, también me creeríais á mí; pues él escribió de mí. Mas si á sus escritos no creéis, ¿cómo creeréis á mis palabras?"

Jesucristo se dignó venir á restaurar lo que estaba al perderse en el mundo, y eso que estaba al perderse era la ciencia del cielo, no la de la tierra que brillaba esplendorosa en el siglo de Augusto. Si el Maestro divino hubiera enseñado ciencia

terrestre, la humanidad sabría cuanto hay que saber, y la razón del hombre no tuviera sujeto en que emplear su actividad natural; cuán ruines nos parecerían esos conocimientos de las propiedades del vapor y la electricidad que tanto liueban hoy nuestro orgullo, comparados con la revelación que se nos hubiera hecho de la inmensidad de secretos que guarda en su seno la naturaleza física. Pero no; dejóse la investigación de ellos á la razón humana, *tradidit mundum disputationibus*, para ejercicio de su actividad, la cual, empleada siglos y más siglos, se encontrará á la consumación de todos con haber descubierto una parte infinitésima del tesoro contenido en la naturaleza material.

Con la enseñanza moral y religiosa pasa lo contrario, es decir, no la sujeta Dios á la razón, sino á la fe; no es materia de investigación sino de creencia, y una vez transmitida á la humanidad por el Verbo de Dios hecho Hombre, quedó completa é insusceptible de otro desarrollo, *non veni solvere*

*legem, sed adimplere*. Pero á diferencia de la ciencia terrestre que admite (hasta cierto grado tras del cual está siempre el infinito inabarcable por la razón humana) comprender el *cómo* de los fenómenos que observa, en la enseñanza religiosa ese *cómo* es asunto de fe nada más; Dios se reservó descubrirlo á los predestinados á la vida eterna. En la presente para que el "obsequio de nuestra fe sea razonable," el oficio de la razón humana se reduce á cerciorarse de venir efectivamente de Dios la enseñanza propuesta á nuestra fe; adquirida esa certidumbre, lo cual es muy sencillo, pues consiste en atender á lo que enseña la Iglesia fundada por Jesucristo y por El asistida hasta la consumación del siglo, no queda á la razón otra cosa que rendir el homenaje de su fe á la palabra divina.

Fe en la divinidad de su persona y de su misión era lo que pedía Jesucristo de quienes le escuchaban: *credis?* preguntaba siempre; por la profesión de ella felicitó á Simon que le confesó el Cristo Hijo de Dios vivo:

“Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos;” la vacilacion en la fe era lo que reprendia: “hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?” dijo al mismo Simon que falto de fe al caminar sobre las aguas estaba para hundirse.

En suma, perdido el mundo por falta de fe en la palabra de Dios, pues no fué otra cosa el pecado de origen, doctrina de fe habia de ser la enseñada por Jesucristo restaurador; ni podia ser otra, porque si no hubiese revelado misterios sino descubierto el sujeto de ellos, ni la humanidad en su condicion de viajera por la tierra, habria soportado esa vision sin morir, “que no veamos la cara de Dios, dijeron á Moisés los israelitas, porque moriremos,” y sobre todo, el campo de la libertad humana para el merecimiento se habria cerrado, siendo imposible ver á Dios tal cual es y no amarle. En resúmen, desde el principio del mundo, religion y moral no tienen otro Maestro que Dios; pero este Maestro no enseña di-

rectamente á cada hombre, sino lo hace por el ministerio del sacerdocio que estableció en su Iglesia; á éste fué á quien dijo: “como me envió mi Padre, os envió; con vosotros estoy hasta la consumacion del siglo; el Espíritu que os enviaré os enseñará *toda verdad*.” Esto es la Iglesia, regida por sus Pastores; la depositaria de *toda* la doctrina que enseñó Jesucristo, y con tal carácter la Maestra universal; quien la desprecia, desprecia á Jesucristo; quien no la oye, á Jesucristo no oye; quien la despide, á Jesucristo despide, y esto hace el mundo oficial moderno; independiéndose de la Iglesia, ha despedido á su Preceptor, y consiguientemente falto de guia, se ha hundido en los abismos del ateismo y de la inmoralidad.

Entregando á la séria meditacion del lector las profundas reflexiones del Sr. Abate Lemann sobre este distintivo peculiar de la doctrina de Jesucristo, ser anexa á ella la exposicion permanente del Preceptor, á diferencia de toda otra enseñanza que una vez comunicada desaparece el maestro, bus-

quemos la causa de esa singularidad. La enseñanza del Maestro pedía en testimonio el sacrificio del Maestro mismo, sin lo cual fuera incompleta, faltándole la prueba fundamental; la abnegacion. Era, pues, necesario que el Freceptor la diera en su propia persona, para que sus seguidores no resistieran darla; era necesario que muriera crucificado, y así lo enseñó El mismo á discípulos incrédulos de su resurreccion. “¡Oh necios, les dijo, y tardos de corazon, para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿Pues qué no fué menester que el Cristo pareciese estas cosas y que así entrase en su gloria?” (Luc. XXIV, 25, 26). Luego si es condicion esencial de la doctrina de Jesucristo la abnegacion, el sacrificio, no será su discípulo ni participará de su gloria quien no se le presente llevando impresas las cicatrices del sufrimiento cristiano.

Pareciendo poco al mundo oficial la despedida del Maestro, ha tratado y con perseverancia diabólica sigue empleándose en arrancarlo de la conciencia humana, para lo

cual empeña todos sus esfuerzos en remover del edificio social la piedra fundamental en que descausa, acabando con el papado. El intento es homicida, pero ha sido y seguirá siendo vano, dada la promesa infalible de Jesucristo á su Iglesia: perfectamente lo demuestra el autor en el discurso “la piedra fundamental y angular rechazada una vez por los judíos, lo es segun la vez por las naciones.” En efecto, aquel primer rechace produjo dos resultados, funesto el uno para los rechazantes, glorioso el otro para el rechazado. Los judíos desconociendo al Mesías, por el hecho mismo perdieron el templo de cuya deslumbrante magnificencia se envanecian, perdieron su grandiosa capital, perdieron su nacionalidad y bajaron al último lugar; porque del título de pueblo de Dios que los distinguía, descendieron al de pueblo deicida con que los conoce el mundo entero; los restos dispersos de ese mísero pueblo son vistos en todas partes con aversion y horror; si no han desaparecido de la faz de la tierra, es porque

Dios los ha señalado con la marca que puso al primer fratricida para que nadie atentara á su vida, y porque el *ignosce illis* del Abel á quien crucificaron fué escuchado y les alcanzó para un día tal vez no lejano, aquel sentimiento contrito que les hará caer arrojados al pié del patíbulo que levantaron para su hermano y su Dios.

¡Naciones modernas, naciones modernas! reflexionadlo bien: vosotras nacisteis de la sangre derramada en la Cruz; habeis llenado el mundo con vuestro nombre por la virtud de esa sangre y nada más por ella, pues á Jesucristo que cumplió su palabra de "atraerlo todo á sí cuando fuera levantado del suelo," debeis todas las glorias compendiadas en esta sola frase, "la civilización cristiana." A vosotras pasó la posesión de la piedra fundamental que los judíos rechazaron, y sobre ella levantasteis ese grandioso templo, del que intestais ¡necias! quitar el cimiento, sin considerar que, de hacerlo así, no será, nó, la piedra la que sufra el daño, sino el edificio el que venga abajo con horrendo fracaso.

Seguid haciendo de *los derechos del hombre* piedra frágil y movediza el fundamento de vuestro ser social, que ya los desengaños recibidos desde el día de la declaración famosa; el triunfo del mal y la opresión del bien que á ella ha seguido, la inestabilidad de todas las instituciones basadas en esa falsedad, la ausencia del derecho real y verdadero, que descansa en el cumplimiento de la ley de Dios, las dictaduras que pesan hoy con mano de hierro sobre los individuos á despecho de su fastuoso título de soberanos, y sobre todo esto los amagos del comunismo, último ensayo que hará el espíritu del error de su potencia de destruir, patentizarán no ser dado al hombre intentar remover impunemente de su asiento el fundamento inamovible Jesucristo Nuestro Señor.

¡No lo estamos mirando? Precisamente en los momentos mismos de esforzarse el mundo en arrumbar á un rican de Roma al Sumo Pontífice, en imitación de lo que Herodes hiciera con la piedra fundamental

del antiguo templo de Jerusalem, era definido en el Concilio Vaticano el dogma de la infalibilidad, que fué decir al propio mundo: "la piedra que desechas, sigue siendo el fundamento eterno del catolicismo, que en vano quieres destruir."

Rechazada con este proceder oficial de las naciones la piedra fundamental del catolicismo, parece consolidarse más y más el denso muro que separa al Oriente del Occidente desde el nacimiento del cristianismo; separacion funesta, prolongada, va para veinte siglos, y que de parte de los hombres presenta señales de no acabar. El Sr. Abate Lemann dedicó un capítulo de su preciosa obra á examinar las causas que hacen subsistir, despues de diez y nueve siglos de cristianismo, ese muro de separacion, y señaló la parte de culpa que toca al Oriente y la que reporta el Occidente. El primero es culpable por su ignorancia sistemáticamente fomentada, y en fuerza de la cual abraza hondas preocupaciones contra todo lo que no es él. Las tiene contra Roma, las

tiene contra Europa, las tiene en general contra todos los cristianos, ó mejor dicho contra todos los católicos, supuesto que acoge con favor al cisma ruso, permitiéndole construir en la Tierra Santa, á pretexto de edificar conventos y templos, verdaderas fortalezas en que atrincherarse y resistir á la verdad el dia en que intente abrirse paso para destruir el muro.

Añádese á la ignorancia el celo, que ha hecho al Oriente no resignarse á ver ocupar al Occidente el puesto de prelación que le dió la Providencia en la obra de la civilizacion cristiana. El primero fué dotado de parte muy rica, siendo poseedor de todo: los gérmenes; de él salieron los principios de las familias, de las razas, de los pueblos; allí comenzaron las legislaciones, las ciencias y las artes; en fin, del Oriente salieron la Biblia y el Evangelio. Pero al Occidente fué encomendado el desarrollo de todos estos gérmenes, y es lo que no ha sufrido el primero, queriendo, egoísta, que todo fuese suyo. Las vocaciones de una y

otra porcion del mundo las presenta de bulto el autor en esta bendicion que, pasado el diluvio, dió el patriarca Noé á sus hijos Sem y Japhet. Dirigiéndose al primero, y en él á toda la raza semítica, le dijo: "Bendito sea el Señor, el Dios de Sem." Volviéndose luego á Japhet, y en él al Occidente, exclamó: "Extienda Dios la posesion de Japhet, y habite Japhet en las tiendas de Sem."

Esa comunidad de intereses anhelada por el patriarca para apretar los vínculos de la fraternidad humana, y que el Oriente rechazara, ha sufrido la misma suerte de parte del Occidente el cual, provisto de todos los medios necesarios para ejecutar la grande empresa á que se le llamara, léjos de emplearlos en su objeto, lo ha hecho en fomentar sus divisiones de nacion á nacion y en cada una de éstas las discordias interiores que han ido debilitando sus fuerzas al grado de haber hecho posible á ser otras las condiciones del Oriente, que éste fuera quien, extendiéndose, Dabar hen las ntie-

das de Japhet. Nada parece anunciar hoy la caída del muro separador de las dos grandes porciones llamadas á formar un todo; pero esto por parte de los hombres cuyas voluntades distan mucho de adunarse para cumplir la profecía: sin embargo el cumplimiento vendrá en su día, lo mismo que todas lo han tenido en el designado á cada una. Lo tendrá la de Noé cuando el catolicismo alcance el triunfo que le darán las causas apuntadas por el Sr. Abate Lémann, con especialidad la primera, la accion providencial manifestada ya muy á las claras por medio de los caminos que han hecho plana la tierra segunda vez, como lo fué una primera para la difusion del Evangelio.

Al amanecer ese día feliz, deberémos concurrir al cumplimiento de la profecía los nacidos en el continente americano, con quienes parece hablar de modo especial el voto de Noé, "que Dios extienda la posesion de Japhet." Efectivamente, ántes de descubierto el Nuevo Mundo, la raza ja-

phética no habia llegado á la plenitud de su extension; pero despues de descubierto la tiene ya: los americanos descendemos de los erropeos ocupantes de la nueva tierra, y formamos por lo mismo el complemento de la extension que anhelara el patriarca.

El insigne cristiano Cristóbal Colon, descubridor del Nuevo Mundo, se propuso emplear en la conquista de los santos lugares las cuantiosas rentas que con justicia esperaba sacar de aquel servicio sin igual, ya fuese ayudando á España en la conquista ó de rehusarlo esta potencia, haciéndola él por sí mismo. Ni uno ni otro fué, porque el santo deseo de Colon era anticipado. Cuatro siglos despues, la raza japhética ha llegado á la plenitud de su extension con los pobladores del hemisferio descubierto, y parece así indicado el día en que toda ella unida se ponga en movimiento para cumplir la segunda parte de la profecía, habitar en las tiendas de Sem; no como conquistadora, no, sino como hermana que lanzará de aquellos lugares profanados al isla-

mismo y al cisma, para entregarlos á los judíos convertidos, quienes darán allí al Papa la primacía que ejerce en el catolicismo, como único que tiene potestad de derramar su bendicion sobre todas las razas.

Por desgracia léjos de aparecer próximo el día feliz en que la descendencia de Japhet llene su glorioso destino, en cumplimiento de esa profecía, se la ve alejarse indefinidamente. Observando el miserable estado á que han venido las naciones japhéticas, no hay exageracion en decir, que si hoy se encaminaran hácia las tiendas de Sem, no seria para hacerlas entrar al cristianismo y llenar así la santa mision de Noé, sino para confirmarlas más y más en su odio tradicional á Jesucristo y á ser posible, repetir allí en los mismos lugares de su pasion dolorosa la cruenta escena del Calvario. Esta es la triste verdad; la apostasía oficial de las naciones cristianas es un hecho; todas, con alguna excepcion rara, repiten la sacrílega imprecacion de los judíos: "no queremos por rey á Jesucristo."

Digno es de muy atenta meditacion el sentido discurso del autor sobre la apostasia de las naciones, para sacar dos frutos: 1<sup>o</sup>, conservarse los individuos en su fe cristiana, hagan lo que hicieren en contra los gobiernos; 2<sup>o</sup>, procurar cada cual dentro de su esfera, por medios legítimos, y nada más por estos, que vuelvan los poderes civiles al gremio de la Iglesia. Fuera de él las naciones vivieron en estado de guerra unas con otras, guerra inhumana en que el pueblo vencido perdía hasta su nacionalidad, porque el vencedor se creía permitido todo exceso contra su desarmado enemigo. El Sr. Lemann demuestra cómo la Iglesia fué haciendo desaparecer con paciente perseverancia ese estado salvaje, é hizo de las naciones cristianas una sola familia cuyas relaciones de benevolencia vinieron á constituir la civilizacion.

Llegadas á ese estado floreciente, hastiándose de él á la manera que los israelitas del maná del cielo, prestaron oído grato á las voces rebeldes que se les acercaron á

decirles: "ya no sois niños para que otro os conduzca, cuando podeis andar por vosotros solos." Esto murmuró el protestantismo á la oreja de las naciones del Norte, y lo repitió la revolucion á las del Mediodía: oyeron ellas el pérfido consejo y añadieron: "rompamos el yugo de la Iglesia y sacudámosle de nuestras cabezas," salieron del seno de esta madre con decision tan resuelta cual la expresa esta fórmula del rompimiento: "la Iglesia y el Estado son independientes," que en el terreno práctico importa la negacion absoluta de la Divinidad y la persecucion al catolicismo, única forma del culto aceptable al verdadero Dios.

Y bien, ¿qué ha producido para la humanidad ese *non serviam* del soberbio racionalismo? Excusado es apuntarlo, cuando sabe el mundo no alcanzar guarismo los males que de ahí le han venido, y mira asustado la penúltima etapa del camino: insensatos sistemas denominados comunistas, socialistas, nihilistas, eso tenemos hoy; lo que seguiría, hecho en grande

escala el ensayo de cualquiera de esas horrendas locuras, sería el fin del mundo, porque física y moralmente sería imposible la vida, una vez desquiciado el orden social.

El funesto desquiciamiento nunca será absoluto; porque estando anunciado que jamás prevalecerá el poder del infierno sobre la Iglesia, con la cual estará Jesucristo hasta la consumación del siglo; cuando vengan aquellos días tremendos en que parecerá aniquilado el orden divino sobre la tierra, aún contendrá ésta cierto número de hombres temerosos de Dios, y por amor á los cuales abreviará el Señor el día de su venida en gloria y majestad á juzgar al mundo. Sentado este precedente infalible, se deduce de él una verdad consoladora, la de que no se dará un solo instante de tiempo en que falten sobre la tierra hombres que guarden la alianza con Dios.

¿Qué es esta alianza? Lo explica bien el autor; un pacto por el cual Dios y el hombre se dan la mano, Dios para inclinarse hácia el hombre por sus beneficios,

el hombre para elevarse hácia Dios con sus alabanzas. La guarda de este pacto fué confiada en primer lugar al sacerdocio, en segundo al poder público civil y en tercero á las naciones en cuerpo. Los dos últimos guardadores han abandonado el puesto, declarándose independientes de la Iglesia, y todavía mas, valiéndose de la mentida independencia para hostilizarla; de manera que de guardadores de la alianza, se han convertido en sus implacables enemigos. Un solo guardador queda, el sacerdocio encabezado por el Soberano Pontífice, al que están estrechamente ligados todos los obispos del orbe, todos los sacerdotes, todas las comunidades religiosas, formando de este modo esa legión de héroes una muralla inexpugnable.

Legión de héroes, bien dicho, porque hoy ese único guardador de la alianza no solamente obra sin los auxiliares que tuvo en mejores días, sino, forzoso es repetirlo, tiene que conservar la alianza defendiéndola de los incesantes golpes asestados contra

ella por los que de auxiliares han pasado á ser tenaces enemigos y emplean todos los medios, ya el halago, ya la violencia para quebrantar la fidelidad del guardador. Acercándose á él, le han dicho en frases lisonjeras: "no permanezcas estacionario, pues ya ves que todo lo ha cambiado en el mundo el espíritu moderno; cambia tú tambien y tendrás poder, honores y riquezas; mira, aquí te presento todos los reinos del mundo y la gloria de ellos; todo esto sera tuyo, si te reconcilias y transiges con el progreso moderno;" á lo que el fiel guardian ha contestado por boca del Soberano Pontífice: "Yo no entiendo de transacciones ni acomodamientos, porque lo que es de Dios no está sujeto á cambios: "Vete, Satanás, porque escrito está. Al Señor tu Dios adorarás, y á él solo servirás."

Frustrado el medio artero de la seducción, se apela á la fuerza, y mintiéndose á sí misma la iniquidad, como acostumbra hacerlo, viene haciendo desde los días del protestantismo, pero con especialidad es-

candalosa desde el siglo que proclamó los derechos del hombre, encarnizada guerra al clero católico, en odio á la fidelidad con que guarda el depósito que se le confió. El extrañamiento, hé aquí el privilegio reservado al custodio fiel por el espíritu moderno que le ha despojado de todos los derechos anexos á su profesion. Desterrar al sacerdote y á sus auxiliares, esta es la consigna. Desterrarle de la enseñanza, por medio de proyectos que la hacen gratuita y obligatoria bajo el monopolio del Estado, pues en tales escuelas sin Dios claro es que no tienen cabida sus ministros. Desterrarle del matrimonio, sustituyendo al sacramento que le da validez el contrato civil, que moralmente ninguna tiene; y haciendo eco á esta institucion viciosa, inhumanos proyectos de divorcio. Alejar así al sacerdote de la infancia y del sexo piadoso, seria acabar con la alianza; porque corrompido el espíritu de la familia, no quedarian sobre la tierra hombres observantes de la ley divina, y en consecuencia, rota la

alianza, nada tendria el sacerdote que guardar.

Pero no, que á despecho del mundo y por sobre todas sus persecuciones, miétras existan sobre la tierra almas que guardar para Dios, el sacerdote desterrado de todas partes, en todas estará; él bendecirá las uniones de cuantos quieran ser legítimos esposos y no concubinarios; el número de esa gente honrada, con especialidad en el sexo femenino, será siempre grande; tampoco faltarán nunca medios de caritativa industria al sacerdote para educar cristianamente á multitud de niños y de jóvenes; y la solicitud sacerdotal sabrá penetrar á las cárceles, á los presidios, á los hospitales, á las ambulancias de los campos de batalla, al lecho de los moribundos, á todos los sitios de que inhumana y sistemáticamente se le aleja, para llevar á las almas atribuladas la paz que no puede dar el mundo.

Impotente la seducción para penetrar en el espíritu sacerdotal; impotente la política hereditaria de Juliano el apóstata á elimi-

nar al sacerdote de la direccion de las almas de todas las condiciones, estados y circunstancias de la vida humana, ¿qué hará el anticristianismo para acabar con el imperturbable guardador de la alianza....? Haga lo que hiciere; tiente lo imposible; si apela á la muerte, recurso supremo de la fuerza, matará sacerdotes, pero no al sacerdocio. En su raíz pretendió extinguirle Caifás, dando muerte al Sacerdote Eterno Jesucristo, y lo que sucedió fué, que del árbol de la Cruz brotó el sacerdocio católico con todas sus gerarquías; mártires fueron los apóstoles, aun el que sobrevivió al martirio, y precisamente su sangre derramada multiplicó el apostolado; en el potentorio formado de la sangre de los mártires, la que corre más caudalosa es la sacerdotal; el curso de ese rio se prolonga de siglo en siglo; en todos ellos es el sacerdote su primer tributario, y sin embargo, léjos de extinguirse el sacerdocio con tanta pérdida, sucede todo lo contrario, cada sangría lo vigoriza más y más. El autor dice muy bien: "miétras

quede una espiga de trigo y un sacerdote, la espiga para ser consagrada, el sacerdote para pronunciar sobre ella las palabras de la consagracion, la alianza subsistirá."

Profundamente acongojado el espíritu al contemplar con el Sr. Abate Lemann la miserabilísima situacion del mundo moral en este siglo llamado por cruel ironía siglo del progreso, se pregunta á sí mismo: ¿cómo se salvará ese mundo de la ruina total que le amenaza, no teniendo poder para librarse de ella? Lo mismo decian á Nuestro Señor Jesucristo sus discípulos, cuando á la vista del imposible humano de alcanzar la salvacion eterna, le preguntaron: "¿Pues entonces quien podrá salvarse?" Apliquemos al estado actual del mundo la respuesta que oyeron los discípulos de boca del Salvador: "Esto es imposible para los hombres; mas para Dios todo es posible." Hé aquí la feliz solucion que da el autor á la dificultad al presentar en el discurso 7.º á la Libertadora de las naciones.

Comienza por hacer notar que en las

grandes crisis peligrosas ya para la humanidad, ya para alguna nacion protegida de lo alto, suscita Dios siempre una libertadora. A todo el género humano importaba la vida de Moisés, y cuando por orden de Faraon son arrojados al Nilo todos los niños varones de los hebreos, una libertadora se presenta que salva á Moisés de perecer en las aguas, la hija misma de Faraon. Hacen los cananeos un último ingente esfuerzo para recobrar de los hijos de Israel la Tierra Prometida, y estando á punto de alcanzarlo, aparece Débora y los salva. Luego en nuevas crisis del propio pueblo, vienen, cada una á su vez, Judith y Esther. Trascurren tiempos nuevos, y en ellos santa Geneveva salva á Paris de la devastacion de las huestes de Atila. Más adelante son santa Clotilde y Juana de Arco las libertadoras. Con presencia de esta ley histórica se pregunta el autor: "Habrá, y cuál deberá ser la libertadora en la gravísima crisis por qué atraviesa el mundo moderno?"

Desciende al exámen de las condiciones

que haya de llenar una libertadora en la crisis actual, la más formidable por que han pasado las naciones, y señala estas: que sea *inocente*, que sea *universal*, que su medio de liberación sea *una doctrina* y finalmente, que en la lucha contra el mal se muestre *intrépida hasta el sacrificio*. Inocente, porque la misión de libertar á culpables presupone exención de mancha en el libertador, quien de otro modo carecería de título para serlo. Siendo universal el daño, el remedio para curarlo debe ser del mismo género; sin esta calidad fuera ilusorio, pues la parte enferma contaminaria á la curada. Que el medio de liberación sea una doctrina, lo expresa bien esta concisa sentencia del P. Lacordaire, citado por el autor: "siendo doctrinales las revoluciones modernas, no acabarán como las de la antigüedad por un hombre ó por un accidente, sino por una doctrina." Finalmente, tiene que ser intrépida hasta el sacrificio, porque trae la misión de extirpar un egoísmo ilimitado. *Amor sui usque ad*

*contemptum Dei*, es la enfermedad social; su remedio de raíz es la abnegación; *Amor Dei usque ad contemptum sui*.

La Iglesia nuestra madre reúne todas las cualidades enunciadas, y de consiguiente es la libertadora de las naciones. Ella es inocente al grado de poder preguntar como su Fundador, y lo mismo que El, á ciencia cierta de no ser desmentida: "¿quién me argüirá de pecado?" Ella es universal, y esta su calidad la hace brillar hoy más esplendorosa que nunca la *catolicidad del mal* que combate. La Iglesia, dice el Sr. Le-mann, está en Francia, en España, en Italia, en Alemania, haciendo frente al mal que en todas esas naciones se encuentra, y por la misma razón está en Turquía, en Suiza, en el Brasil, en todo el continente americano; por sus misioneros, sus hermanas de la Caridad, sus obras de Propaganda, de la Santa Infancia, de la Santa Familia, etc., etc., está en todo lugar en que hay miserias que socorrer, seres abandonados que amparar, errores que corregir; así por esto

medios industriosos de su encendido celo está presente áun allí en donde su presencia no es visible.

Subiendo con la mente á buscar el origen del mal moral en el mundo, lo encontramos en la desobediencia á la potestad legítima. No fué otra cosa el primer alzamiento, que la rebelion de pretendidos derechos del hombre para rehusar la obediencia al precepto prohibitivo de Dios; ni fué otra cosa la redencion humana, que la reparacion de aquel desorden por medio de la obediencia. "Cristo se hizo obediente por nosotros hasta la muerte, y muerte de Cruz." Ahora bien, el fomes de la primera rebelion vivió siempre, es verdad, pero, como avergonzado de sí mismo y guardando un resto de pudor, no se declaraba abiertamente rebelde, sino buscaba paliativos á la rebelion suponiéndose siempre dentro de la obediencia; por otra parte, los levantamientos eran parciales; entraban en ellos porciones más ó ménos numerosas de hombres, pero no el *hombre colectivo*. Hoy éste, éste personifi-

cado en los poderes públicos civiles, es el levantado, diciendo: "el Estado no tiene Dios; el hombre es á sí mismo su propio soberano." Esto que dice en el lenguaje de la política, lo repite con más franca rudeza en el de sus escuelas denominadas filosóficas. "En religion, ateismo; en política, anarquía;" es decir, no hay sobre el hombre autoridad ni divina ni humana. ¡Hé aquí la doctrina!

La Iglesia Libertadora de ese necio hombre colectivo rodando á los abismos, se presenta á salvarle con la doctrina opuesta. Por un milagro visible, pues es preciso no tener ojos para no ver que en el estado actual del mundo la reunion del Concilio Vaticano fué milagrosa, se congrega allí á enseñar al hombre que no es independiente; que, siendo criatura, de Dios viene y á Dios va, y que, para no extraviar su camino, le ha puesto sobre la tierra un guia seguro, insusceptible de error, "el Papa infalible." Definido este dogma salvador, vengan ensayos de disolucion social, que ya los frus-

trará la doctrina de cohesión enseñada por la Iglesia. Dijo muy bien el Sr. Cardenal Manning: "puede venirse el mundo abajo, que con el dogma de la infalibilidad tenemos de qué reconstruirlo."

Judío por la sangre el caritativo escritor que ocupó sus vigiliass, su raro talento y su escogida erudición en mostrar á las naciones cristianas los abismos en que se han precipitado y los medios de salir de ellos, justo era que despues de haber consagrado casi todas las páginas de su precioso libro á los extraños, no las cerrara sin dirigir á sus consanguíneos unas breves palabras de censura por sus extravíos y de dulce esperanza para un porvenir tal vez no lejano. Al efecto, penetra en el templo de Jerusalem, y contemplando la venerable figura de Simeon, exclama: "Salve, ó santo anciano, colocado en el límite de los tiempos antiguos y la aurora de los nuevos; último y primero; el último de la ley de Moisés y el primero de la gracia de Jesucristo; de vuestros labios que besaron las Tablas de la Ley y la carne del Mesías, de vuestros la-

bios desinteresados quiero aprender la última palabra sobre los inseparables destinos de Jesucristo y del pueblo judío." Esa palabra la pronunció el anciano, teniendo en sus brazos al Niño Jesus: *Ecce positus est hic in ruinam et resurrectionem*, y la aplica muy bien el escritor á sus hermanos israelitas, haciendo ver que Jesucristo ha sido su ruina en castigo del triple desprecio con que le trataron; desprecio de su reinado; desprecio de su sacrificio; desprecio de su resurrección; porque en justas y formidables represalias, ni forman cuerpo de nación y el reinado acabó tan en absoluto, que se ignora hoy por qué venas corre la sangre de David; ni tienen sacrificios, que se suspendieron á la destrucción de su templo; ni pueden esperar la resurrección de su nacionalidad, mientras dure su obstinación en conservar el sello que pusieron sobre el sepulcro de Jesucristo.

Comienza ésta á ceder, según lo persuaden los datos que presenta el autor como signos de resurrección ya social, ya religio-

sa, del pueblo de Israel; pues por lo que hace á la primera, desde que se decretó en Francia á fines del siglo pasado y por iniciativa del santo rey Luis XVI la emancipacion de los judíos, para fundirse éstos en el cuerpo social de que entraban á formar parte, abandonaron las tradiciones y prácticas talmudistas, haciéndose la mayor parte de ellos indiferentes ó secuaces del racionalismo, es decir, incrédulos; pero perdiendo la especialidad de fisonomía que les distinguiera del resto de los hombres. Aprovechando asombrosamente ese pueblo su nueva situacion, no cuenta un siglo de emancipado, y ocupa ya lugar preeminente en la industria, en los ministerios, en las asambleas, en la prensa, en las ciencias, en las artes, en todo, y aquí ve el autor un estratagema del amor divino, que lleva á los judíos á tomar parte muy activa en el verdadero progreso que, bajo los auspicios de la Iglesia, prepara la Providencia al mundo.

Los signos de la conversion religiosa son todavía más visibles; de hace treinta años

que en un santuario de Roma se reveló la dulce Virgen María al feliz judío Ratisbona, comenzó en el mundo de una manera lenta pero cierta la conversion de los judíos, de lo cual son muestra visible los progresos cada dia mayores que alcanzan en los Santos Lugares los Establecimientos católicos. ¿Qué signo más visible de ese tierno movimiento de conversion, que este libro salido de la pluma de un judío encendido en amor á Jesucristo Crucificado.

Contemplando el autor ese retorno de sus hermanos al Mesías, hace esta reflexion muy propia para infundir saludable temor en el corazon de todos los pueblos que fuimos un dia la gentilidad y somos hoy la cristiandad. "En la vida terrestre de Jesucristo, dice, hubo dos grandes dias de fiesta en que fué reconocido como Rey y como Mesías, dos grandes dias que deben repetirse en la vida de la Iglesia su Esposa; el de la Epifanía, que fué en cierta manera la *fiesta matutina* que hicieron á Jesucristo las naciones, y el de Ramos, que fué la

*fiesta vespertina* de la retardataria Jerusalem, el día de las aclamaciones de Israel. Pues ved ahora que, despues de diez y nueve siglos de fidelidad, la gran fiesta de la Epifania está olvidada de las naciones y de sus gobiernos que han rechazado al Cristo y su Iglesia. Dejadme, pues, saludar en el anochecer de la vida de la Iglesia, el gran día de Ramos, ó la explosion súbita de las aclamaciones del antiguo pueblo de Israel."

¿Qué será esto, Dios Santo? será un anuncio profético de que ya se retira la vida de los miembros del cuerpo y corre á consentirse en el corazon? ¿Será que, cansado Jesucristo de la necia ingratitud de las naciones por él adoptadas, les retira su gracia y vuelve su amoroso rostro hácia el pueblo de su eleccion? ¿Será que no pudiendo faltar adoradores sobre la tierra á Jesucristo, Dios, pues no le faltaron ni en el desamparo del Calvario, siendo así que allí junto á su Cruz le adoraba la Criatura cuyos cultos superan inmensamente á los de todos reunidos espíritus celestes y terrestres; los

de la Criatura única digna de decir: "mi alma engrandece al Señor;" será, repito, que no pudiendo faltar de la tierra el tributo de amor al Señor Soberano, vuelva la espalda á las pérfidas naciones que se lo niegan, y reciba en olor de suavidad el de los contritos judíos?

¿Será . . . ? nó; soseguremos el ánimo los hijos de las naciones, pues ya hemos visto que contamos con una Libertadora que no faltará á su mision. No nos preocupe el temor de que la conversion de los judíos á Jesucristo sea signo de nuestro alejamiento de El, cuando el ardiente patrono de Israel nos dice con San Pablo, que "si la reprobacion de los judíos fué riqueza para el mundo, su conversion la aumentará; que si la perdicion de aquellos vino á ser salvacion del mundo, su rehabilitacion será para éste un retorno de la muerte á la vida." ¡Desechemos, pues, un temor que trae su origen del egoismo, y abramos paso franco á nuestros hermanos primogénitos, para que vengán á descansar de su larga peregrina-

cion en la casa de nuestro comun Padre!

Es verdad que la conversion de los judíos será un signo indudable de aproximarse los últimos dias, supuesto que ella tendrá lugar hasta que haya entrado en la Iglesia la plenitud de las gentes: *Cecitas in Israel donec plenitudo gentium intraret*, dijo San Pablo en su carta á los romanos: es decir, cuando se haya predicado el Evangelio á todas las naciones, y entónces vendrá el fin, *tunc veniet consumatio*, se lee en S. Mateo. Sin embargo, hemos visto afirmar á S. Pablo que la conversion de ese pueblo será para el mundo un retorno de la muerte á la vida, concepto que importa duracion y no conclusion, y en el cual se funda precisamente el Sr. Abate Lemann para decirnos: "Cristianos, no tengais miedo de nuestra conversion, porque no llevaremos en las manos ramas de ciprés para anunciar el fin del mundo, sino palmas como en el dia de Ramos, para anunciar un positivo renacimiento del mundo."

¡Cómo explicar entónces la contradiccion

aparente de que aquel acontecimiento plausible sea renacimiento del mundo y sin embargo, nuncio de su fin? Fijémos en el significado de esta frase: "la conversion de los judíos," y la dificultad desaparece. ¿Qué dicen estas palabras de pronunciacion fugaz pero cuya trascendencia es de extension indefinida? ¿Pues qué, la conversion de los judíos será un ímpetu instantáneo de contriccion de todo el pueblo, que le lleve al paraíso con la prontitud que llevó á Dimas su dolor? No, esto lo hace el Señor rara vez con algun individuo, pero no es ese el sistema ordinario de su Providencia ni para con éstos ni para con las colectividades. El reino de los cielos padece violencia y se alcanza á fuerza de constancia en la prueba. En el caso lo estamos mirando; de treinta años acá data, segun el autor, el movimiento de conversion, y apenas se halla en estado inicial.

Así es que aunque sea, como es verdad, que el retorno de Israel á su Mesías tendrá lugar en la última época del tiempo, se

puede sin temeridad conjeturar que esta época se dividirá en dos períodos, el primero de duración larga no conocida, y de corta relativamente el segundo, á la que pondrá término la venida del fin. En el primero de esos períodos tienen que reparar los judíos el espantoso escándalo que vienen dando al mundo siglos tras siglos, y dar las pruebas de su sincera conversión, repitiendo de unas en otras de sus generaciones los hechos del cristianismo. Trace quien pueda, pues el que esto escribe no osará ni intentarlo, trace quien pueda el cuadro inmenso de lo que tiene que hacer el pueblo judío contrito para lavar su crimen deicida. Baste asentar, por lo que hace al propósito de estas líneas, que todo lo que debe hacer pide largo, muy largo, trascurso de tiempo.

Reflexionemos en que repetidas veces fué anunciada por el Pontífice de la Inmaculada Concepción la vuelta de la paz á la Iglesia: esta paz ha de preceder al último y más recio combate que ella haya sostenido, y después del cual ya no habría paz del

tiempo, sino que entrará en posesión de la paz eterna; la prometida por Pio IX vendrá, porque la boca de aquel santo fué profética; ¿cómo no ha de venir, cuando la Iglesia tiene que celebrar no en las tristezas de la guerra como lo ha hecho hasta aquí, sino en los gozos del triunfo el glorioso dogma de la limpieza original de María? Esa paz no será de un día, porque la mano de Dios no se encoge al derramar sus dones; será larga, muy larga; vendrá á tiempo de obrarse lentamente la suspirada conversión de los judíos, y de consiguiente no debemos temer sea ésta el anuncio de que ya viene ahí el Juez de vivos y muertos.

Concluido ese primer período de la época final que estamos considerando, llegará su turno al último, y entonces sí temerán con sobrada razón los habitantes de la tierra que huyan de contaminarse del espíritu satánico que la denominará; esos serán los días en que desaparecerá la fe casi del todo, como lo anunció el Señor por San Lucas (XVIII, 8); esos los de la tribulación cual nunca fué

ni será, de que habla San Mateo (XXIV); los de aquellos enemigos de Dios que darán tales señales de poder y obrarán prodigios capaces de inducir en error á un á los escogidos, si esto fuera posible; los días, finalmente, de que habla San Pablo en su carta 2<sup>a</sup> á los Tesalonicenses, “cuando sea manifestado el hombre de pecado, el hijo de perdición; el cual se opone, y se levanta sobre todo lo que se llama Dios, ó que es adorado, de manera que se sentará en el templo de Dios, mostrándose como si fuese Dios.”

¡Cuál será, en lo general, la conducta de los cristianos en esos días de amarguísima prueba! Lo sabemos infaliblemente; prevaticarán é irán marcados con el signo de la bestia, supuesto que “el Hijo del Hombre no encontrará fe sobre la tierra, cuando venga á juzgarla.” ¡Cuál será en esos días de general defección la conducta de los judíos convertidos? Se puede conjeturar que la mayoría de ellos formará esa porción de escogidos cuya caída es imposible, porque

en esa sobre todas espantosa persecucion que sufrirá la Iglesia, les llegará la oportunidad de dar, con el martirio, la mejor prueba de su sincero arrepentimiento y de su vehemente contrición; saldará entonces la deuda que tienen viva. Todas las razas, todos los pueblos cristianos han contribuido voluntariamente con el tributo de su sangre á dar el testimonio de que habló Nuestro Señor Jesucristo al presidente romano, el testimonio á la verdad; faltaba el de la sangre del pueblo judío, y la dará gozoso para lavarse de la negra ingratitud con que se manchó en el Calvario.



---

SECRETARIA  
del  
**ARZOBISPADO DE MEXICO.**

---

El Señor Gobernador de la Mitra en esta fecha ha tenido á bien conceder á vd. la licencia que ha solicitado para imprimir y publicar la traduccion que del frances al castellano ha hecho vd. de la obra escrita por el Abate Lemann, titulada: "Las naciones enfurecidas contra Jesucristo y su Iglesia."—Y lo comunico á vd. para su inteligencia, reiterándole mi consideracion y aprecio.—Dios guarde á vd. muchos años. México, Mayo 2 de 1882.—Lic. *Ignacio Martínez Barros*, secretario.—Sr. Lic. D. Manuel García Aguirre.



El señor Obispo de León en esta  
carta ha tenido a bien manifestar  
la gran satisfacción que le causa  
por haber visto la presente obra  
y el gran provecho que de ella  
se puede sacar para el estudio  
de la teología y de las ciencias  
humanas.

Y como yo soy el Obispo de  
León, me es muy grato  
recomendarla a todos los  
señores Obispos y señores  
Pastores de esta diócesis  
para que la lean y se aprovechen  
de ella.

de Burdeos, arzobispo  
de Burdeos, arzobispo  
de Burdeos, arzobispo  
de Burdeos, arzobispo  
de Burdeos, arzobispo

**APROBACIONES.**

Habria sido para el autor un acto dulcísimo de gratitud publicar al frente de esta nueva edición todas las benévolas cartas que se han dignado dirigirle nuestros señores los Obispos; pero obligado por la multiplicidad de ellas á restringir la insercion, en-carga a esta primera hoja servir de un memorial de gratitud, conservando los nombres de los venerables prelados que se han dignado alentarle con sus simpatías.

- LL. EE. Cardenal Caverot, arzobispo de Lyon.
- Bilio, obispo de Sabina.
- Donnet, arzobispo de Burdeos.



- „ de Bonnechose, arzobispo de Ruan.
- „ Dechamps, arzobispo de Malinas.
- „ Regnier, arzobispo de Cambrai.
- „ de Canossa, obispo de Verona.
- „ Chigi.
- LL. GG. Mons. Bracco**, patriarca de Jerusalem.
- „ de La Tour d'Auvergne, arzobispo de Bourges.
- „ Paulinier, arzobispo de Besanzon.
- „ Langenieux, arzobispo de Reims.
- „ Lluch y Garriga, arzobispo de Sevilla.
- „ Forcade, arzobispo de Aix.
- „ Colet, arzobispo de Tours.
- „ de Langalerie, arzobispo de Auch.

- „ Rivet, obispo de Dipeu.
- „ Besson, obispo de Nimes.
- „ de Dreux-Brezé, obispo de Moulins.
- „ Le Hardy du Marais, obispo de Laval.
- „ Rota, obispo de Mantua. (1)
- „ Coullié, obispo de Orleans.
- „ Laborde, obispo de Blois.
- „ de Urquinaona, obispo de Barcelona.
- „ Perraud, obispo de Autun.
- „ Becel, obispo de Vannes.
- „ Goux, obispo de Versailles.
- „ Regnault, obispo de Chartres.
- „ Hasley, obispo de Beauvais.

1 Mons. Rota, obispo de Mantua, se dignó emprender personalmente la traduccion italiana de la obra, y hacerla imprimir en la Propaganda.

- „ Lelong, obispo de Nevers,
- „ Denechau, obispo de Tulle.
- „ Maret, obispo de Sura.
- „ Bourret, obispo de Rodez.

Carta de S. E. Mons. el Cardenal Caverot, arzobispo de Lyon.

Lyon, 16 de Abril de 1879.

Querido Sr. Abate:

Al escribiros con ocasion de la obra que acabais de publicar, bajo el título *Las naciones enfurecidas contra Jesucristo y su Iglesia*, no es mi designio recomendarla á los lectores cristianos; creo que para llamar la atencion que merece basta vuestro nombre. Lo que deseo es felicitaros una vez más por el celo verdaderamente sacerdotal con que servís á la Iglesia por vuestra palabra y por vuestra pluma y regocijarme con vos de los resultados que obtiene el apostolado para que Dios os escogió espe-

cialmente, resultados que me serán siempre queridos y preciosos.

Recibid, Sr. Abate, la seguridad de mi sincera y afectuosa adhesion.

L. M. Cardenal Caverot, arzobispo de Lyon.

Carta de S. E. Mons. el Cardenal Donnet, arzobispo de Burdeos.

Burdeos, 30 de Abril de 1879.

Señor canónigo:

No podeis dudar del grande afecto con que recibo la presentacion de un libro que tiene doble interes para mi corazon de obispo; el primero, tratar cuestiones vitales á la hora presente; el segundo, estar escrito por un apóstol á quien amo por tantos títulos.

Con emocion siempre creciente he leído esos discursos en que sondeais con toda la experiencia de un largo ministerio las llagas de nuestras sociedades contemporáneas y en particular las de nuestra querida Fran-

cia. El mal es grande, como lo mostráis en ese admirable discurso perfectamente titulado: "*Apostasia y descomposicion de las naciones;*" y viene de habernos separado del Cristo que nos trajo el doble beneficio de su palabra y de su gracia, y de la Iglesia que nos habia acercado á Aquel que es la Via, la Verdad y la Vida.

Pero por grande que sea el mal, sabéis siempre poner al lado de la llaga el bálsamo sagrado que debe aliviar los dolores y cicatrizar las heridas: en el fondo del abismo descubris la mano bienhechora que puede retirarnos de él, y en medio de las ruinas leéis el nombre de la libertadora que todo podrá repararlo. De esta manera vuestro libro es un himno en que la voz de la esperanza responde siempre á los llamamientos del dolor.

No dudo que estas páginas, todas encendidas en la flama que inspira vuestra palabra, encontrarán en los numerosos oyentes que habeis sabido atraer en rededor de la

cátedra cristiana, lectores tan inteligentes como convencidos.

Aprovecho esta ocasion, mi querido compatriota, para aseguraros de nuevo que la poblacion bordelesa guarda todavía un precioso recuerdo del apostolado que en ella ejercísteis. Continúe Nuestro Señor bendiciendo la pluma del Escritor y la palabra del Apóstol.

Todo vuestro en N. S. J. C.

Fer. Cardenal *Donnet*, Arzobispo de Burdeos.

Carta de S. E. Mons. el Cardenal Dechamps, arzobispo de Malinas.

Malinas, 1º de Mayo de 1879.

Mes de María.

Querido señor canónigo:

Sí, me acuerdo de los dos hermanos y gozo en verles misioneros por la palabra y por la pluma. Casi nunca encuentro tiempo de leer, teniendo apenas, en esta diócesis 1,500,000 almas, el de escribir lo que

estoy obligado á publicar en defensa de la Iglesia de Jesucristo en un país en que esta Madre de nuestras almas es tratada con satánica ingratitude. Sin embargo os he leído, y llegado muy pronto al fin del volumen, como llevado en vuestras alas de fuego.

El antiguo pueblo de Dios vive siempre sobre la tierra llenando, sin saberlo, su misión divina de guardian de las Escrituras en que están anunciados y descritos con un esplendor sin igual el Evangelio y la Iglesia de Jesucristo. El lugar de Israel en la historia del mundo, del antiguo y del nuevo, debería atraer todas las miradas. A ese pueblo está reservado un grande, un grandísimo oficio, en presencia de la apostasía de las naciones ó de las potencias.

¿No os parece que Jerusalem se apresta á las escenas del Anticristo? Los Padres han dicho que reconstruiría el templo de Jerusalem—con ayuda del judaismo racionalista, sin duda, y de todos los enemigos de Jesucristo.—Pero ¿cuándo tendrá lugar

la vuelta del verdadero Israel á la fe! ¿Cuándo el resto de las naciones aún no cristianas habrá entrado en la Iglesia plenitudo gentium?... .

Para mí, creo que las grandes profecías sobre el fin de los tiempos no serán bien comprendidas sino en los días de su cumplimiento. Pero todo se cumplirá, como se ha cumplido todo lo que se predijo de Jesucristo y de su Iglesia.

Anhelo á los dos hermanos la continuación de su apostolado, recomendándome á sus oraciones.

Recibid juntamente la expresion de mis sentimientos muy adictos.

V. A. Cardenal *Dechamps*, Arzobispo de Malinas.

Carta de S. E. Mons. De la Tour d'Auvergne, arzobispo de Bourges.

Bourges, 12 de Abril de 1879.

Mi querido Abate:

Bien me debiais uno de los primeros

ejemplares de vuestra nueva obra; el afecto que os tengo, el interes que tomo en vuestros trabajos, y acaso más vuestros triunfos tan completos en Bourges, en dos veces diferentes, me dan algun derecho de pasar inmediatamente despues de vuestro eminente arzobispo; ante todo os doy gracias de no haberlo olvidado.

*Las Naciones enfurecidas contra Jesu-  
cristo y su Iglesia* vienen en el momento requerido. Vuestras páginas están llenas de un espíritu poderoso en que el amor de vuestra nacion judia y el de nuestra querida Francia se mezclan á el amor de la santa Iglesia; pero lo que les da un mérito no ménos grande á mis ojos, es estar llenas de actualidad. Jamas acaso el Deseado de las naciones fué ni más necesario ni más rechazado que á la hora presente. El furor es general; la rebelion y la apostasia están casi en todas partes; lo haceis tocar con la mano, y á pesar de todo queda la esperanza: porque las naciones pueden rebelarse, pero no podrán formar sino vanos proyec-

tos; *meditati sunt inania!* La piedra fundamental y angular quedará, y solamente sobre ella encontrará el mundo su estabilidad y su salvacion. Bajo vuestra ardiente pluma, las observaciones elevadas, los recuerdos bíblicos, los acentos conmovidos se levantan en masa; se siente al poeta, se siente al orador; pero se siente aún más al sacerdote que ama, que quiere salvar las almas, que querria ser anatema por sus hermanos! ¡Que Dios bendiga vuestras palabras y les dé esa luz de gracia que alumbrá, convierte y vuelve al buen camino!

Recibid, mi querido amigo, con todos mis deseos por el éxito de vuestro libro, la seguridad de mis acendrados sentimientos en Nuestro Señor.

J. A., Arzobispo de Bourges.

Carta de S. E. Mons. Lluch y Garriga,  
Arzobispo de Sevilla.

Sevilla, 29 de Mayo de 1879.

Querido señor:

Leí con avidez y grande placer vuestro libro *Las Naciones enfurecidas contra Jesucristo y su Iglesia*. Vuestras páginas me recordaban las de mi antiguo amigo el Abate Balmes. En algunas he admirado vuestro genio religioso, sobre todo en el capítulo "La Libertadora de las naciones," y en todas vuestra fe, vuestra esperanza y vuestro amor. Os felicito de todo corazón por el buen empleo que haceis de los dones que recibisteis de Dios, y el celo que mostrais en vuestros escritos por la defensa de nuestra santa religion, y por la conversion de los israelitas.

Recibid, señor Abate, mi amistad *in corde Jesu*, y permitid me recomiende á vuestras oraciones.

Vuestro muy humilde y adicto servidor,  
Fr. Joachim, Arzobispo de Sevilla.

Carta de S. E. Mons. Bessons, Obispo de Nimes.

Nimes, 11 de Abril de 1879.

Señor:

Acabo de leer hoy viernes santo del año de gracia, 1879, vuestras advertencias dirigidas y dedicadas á lo que queda de católicos en las naciones. No podia hacer lectura más apropiada á las tristezas del dia, ni á las necesidades del siglo. Gracias de habermela procurado. Ella responde á todo lo que pienso y siento. Nuestra Pasion aumenta á medida que los furores de los pueblos redoblan y que la espada de separacion hiere en rededor nuestro. Nuestro consuelo es sufrir pensando que acaso reserva Dios á otro siglo la alegría del triunfo. ¡Plegue á Dios que Francia no sea excluida de él! Pero si la salvacion de las naciones es un misterio tan grande, la de los individuos depende de cada uno de ellos, y nada nos impide salvarnos en medio de pueblos en ruina. Vuestros discursos ayudarán á más

de una alma á escapar del diluvio. Ruego á Dios os recompense doblando vuestras fuerzas y multiplicando, para los que os oyen y leen, la ocasion de prodigaros con tanta facundia y elocuencia.

Recibid, con todos mis agradecimientos, la expresion de mi muy sincera y afectuosa adhesion.

Luis, Obispo de Nimes.

Carta de S. E. Mons. Le Hardy du Marais, Obispo de Labal.

Laval, 14 de Abril de 1879.

Querido señor canónigo:

No puedo resistir al deseo de deciros sin tardanza todo el bien que encuentro en la lectura de vuestro excelente libro: *Las Naciones enfurecidas contra Jesucristo y su Iglesia*.

Tiempo llevaba de no hacer una lectura que me haya llegado tan directamente al corazón.

Abrís nuevos horizontes, y al mismo tiempo que dais á la inteligencia una luz viva y penetrante, haceis entrar al fondo de las almas una emocion indecible de gozo de tristeza, de pesar y de esperanza.

Bendigo esas páginas inspiradas por una fe robusta y un amor intenso de Dios y de las almas. Me complace en bendeciros, señor canónigo, en bendecir tambien á vuestro excelente hermano y os renuevo el testimonio de mi piadoso y profundo afecto en Nuestro Señor.

Julio Dionisio, Obispo de Laval.

Carta de S. E. Mons. Rivet, Obispo de Dijon.

Dijon, 23 de Abril de 1879.

Señor canónigo:

He leído vuestros bellos discursos sobre *Las Naciones*. La seduccion que en mí ejercen el nombre amado del sabio autor, el asunto que trata y el raro talento que allí

desplega, hacen que me apresure á deciros lo satisfecho que estoy del fondo y de la forma de esos ocho discursos.

Habeis tenido en ellos, señor abate, una muy feliz inspiracion. Feliz no solamente por su *originalidad*, sino tambien por su propósito católico y social. "*A Domino factum est istud,*" es evidente: pero lo que no lo es ménos y que el entendimiento y el corazón no pueden dejar de admirar, es el cómo habeis respondido, *et est mirabile in oculis nostris*. Por ello os felicito con toda sinceridad.

Recibid, señor abate, la seguridad de mi alta y bien cordial consideracion en Nuestro Señor Jesucristo que tanto os ha favorecido.

Francisco, Obispo de Dijon.

Carta dirigida al autor en nombre del señor Conde de Chambord.

Frohildarf, 9 de Julio de 1879.

Señor abate:

La benevolencia, el interes y la satisfaccion con que el señor Conde de Chambord acogió vuestras obras precedentes, podian daros la confianza de que vuestro nuevo volúmen *Las Naciones enfurecidas, etc.*, seria bien venido.

No sin tristeza ha pasado Monseñor su vista por el sombrío y fidelísimo cuadro en que pintais las luchas de las naciones contra Jesucristo. Pero Monseñor espera y cree con vos que la Iglesia salvará á las naciones y tambien á los restos de Israel.

Su corazón de rey cristianísimo ha quedado vivamente movido de lo que decís de Francia. Francia no puede desaparecer, renaciendo á ella misma y volviendo á El, reanudando la cadena de sus antiguos destinos y tomando otra vez su lugar de hija primogénita de la Iglesia, será en la mano

de Dios el instrumento de salvación de las naciones.

Recibid, señor abate, la nueva seguridad de las felicitaciones y agradecimientos de Monseñor. No ceséis de trabajar y de rogar por la Iglesia, por las naciones, por Francia y por su Rey. Las pasiones humanas son hoy más violentas que nunca: atacan directamente al mismo Dios. ¡Tócanos hacer violencia al cielo y apresurar el momento en que sonará la hora de la misericordia.

Recibid, os ruego señor abate, la expresión de mis más distinguidos y simpáticos sentimientos,

*Baron de Raincourt.*

---

**Advertencias en forma de discursos  
dirigidas y dedicadas á lo que  
queda de católicos en las naciones.**

---

Generalmente se ignora que San Pablo sintió una tristeza punzante con motivo de las Naciones, de quienes se hizo Apóstol. Contradicho y maltratado por los Judíos, dijo: Yo paso á las Naciones (1). Un día que les explicaba el misterio de la trasposición de las gracias bajo la bella y atractiva imágen de un olivo (Jesucristo) á que se ha quitado una parte de sus ramas naturales (los Judíos) para enjertar en él ramas extrañas (las Naciones), repentinamente, lleno el corazón de emoción é inquietud ante una visión del futuro, exclamó:

1. Hechos de los Apóst., XVIII, 6.

ma: "Tened cuidado, ¡oh Naciones! no os enorgullezcáis, sino conteneos en el temor. Porque si Dios no perdonó á las ramas naturales que han sido rotas, debéis temer que tampoco os perdone. Considerad, pues, su severidad y su bondad.... De otra suerte sereis también arrancadas (1)."

¡Ah! las alarmas de San Pablo eran fundadísimas. El orgullo, y ¡qué orgullo! se ha apoderado de las Naciones; es una embriaguez nunca vista. ¡Los derechos del hombre son por donde quiera celebrados, exaltados, prescritos, impuestos, y los derechos de Dios por donde quiera ridiculizados, en espera de que en todas partes sean borrados! Pero también es necesario estar sordo para no oír el rechinar de las ramas; ¡gran Dios, qué ruido! Francia cruje, Italia se quiebra, Austria se rompe y así las otras Naciones. Son las ramas de la Gentilidad, que á su vez están amenazadas de que se las arranque. ¡Será que el olivo eterno va

1. Ep. ad Rom., XI, 20, 21, 22.

á cambiar otra vez de copa y de follaje!...

Pensando en esa tristeza de San Pablo, escribí estas páginas, ¡yo sentía pasar algo de su corazón al mío! ¡ojalá pueda yo hacer impresion! pero no se desaliente el querido lector, y léame hasta acabar: ¡junto á los tintes de tristeza, percibirá siempre los fulgores de la esperanza!

Reflexionando, en efecto, en el castigo y el estado de miseria de las Naciones, encontré en ellas y saludé con júbilo un principio de curacion y de salvacion que no se encontraba en el pueblo judío: La presencia de la Iglesia. La Iglesia salvará á las Naciones y también á los restos de Israel. Es la conclusion de San Pablo: "Dios, dice, encerró á todos en la incredulidad.—Israel y las Naciones, todos, en incredulidad, á fin de ejercer su misericordia con todos."

¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! (1)"

¡Oh magnífica síntesis del plan divino!

1. Ep. ad Rom., XI, 32, 33.

Dirijo este escrito más particularmente á los católicos, y áun únicamente á ellos, porque en definitiva nada más los católicos comprenden lo que seria el arrancamiento y la desaparición de no importa qué nacion cristiana, sobre todo de Francia; ellos adoran en los ojos de Jesucristo sus lágrimas sobre Jerusalem, tomando parte en ellas, ¡ojalá que este escrito contribuya á producir entre ellos el sacudimiento moral que les devolveria el gobierno de sus patrias respectivas!

Les hablo en forma de discurso, porque de esta manera quedará algun rastro del fuego que el Espíritu Divino ha querido darme en el santo ministerio de la palabra. Además es la forma mejor adaptada á las *advertencias*, la más noble y la más solemne.

En fin, he hecho partir estas páginas bajo la égida de dos virtudes: la caridad y la obediencia. Discípulo de una religion de amor, pesé cada palabra para tener la dicha de á nadie lastimar; y sumiso entera-

mente á mi Arzobispo y á la Cátedra infalible de San Pedro, espero cantar la victoria prometida á la obediencia (1).

Lyon, 25 de Marzo de 1879, dia de la Anunciacion de la Santísima Virgen.

1. Prov. XXI, 28.



---

### Discurso primero.

---

**EL DESEADO DE LAS NACIONES HA VENIDO  
A SER EL DESPRECIADO DE LAS NACIONES.**

Señores:

Hay un nombre de honor á Nuestro Señor Jesucristo en las Santas Escrituras, que no ha sido bastante meditado. Antes de su venida, se lo dieron vuestros antepasados, cuando formaban las naciones de la gentilidad. Cuando los patriarcas y profetas de nosotros, pueblo judío, oyeron ese nombre que le daban vuestros antepasados, lo registraron en las páginas de la Biblia que estaban escribiendo.

*El Deseado de las Naciones;* este era el nombre, el título, en honor del Cristo que debía venir, y cuya venida suspiraban con ardor. Jacob decía á sus hijos en su lecho

de muerte: "El será la espera de las naciones, *ipse erit expectatio gentium* (1)." Y mil años despues el profeta Ageo, oyendo los suspiros de los pueblos, exclamaba: "Va á venir el Deseado por todas las naciones, *veniet Desideratus cunctis gentibus* (2)." 

Y bien, señores, vino el que deseábais, el que aguardábais; y diez y nueve siglos han corrido despues de su venida. Permittedme ahora una suposicion:

Supongo que un descendiente de nuestros patriarcas y de nuestros viejos profetas se os presenta hoy á preguntaros si vosotras, Naciones, que tanto deseásteis á Aquel que debia venir, estais satisfechas de su venida; si estais contentas de lo que por vosotras ha hecho, si, en una palabra, ha correspondido á lo que de El aguardábais. Perteneciendo á ese antiguo pueblo, no es pueril la suposicion. Permittedme, pues, preguntaros, si el Deseado ha satisfecho vuestra expectativa.

1. Gen. XLIX.

2. Ageo, II.

Cuando considero lo que pasa en este momento, de la historia del mundo, cuando gritos de angustia llegan á mis oídos, cuando veo á las naciones cristianas vacilar y chocar entre sí, me pongo en lugar de esos espíritus semi-religiosos y semi-creyentes que con inquietud se preguntan si el beneficio de Jesucristo á las naciones ha sido verdaderamente completo, si no hay algun vacío en su obra, y si, ¡oh cielo! permítteme un instante esta dura expresion, teneis las Naciones motivo de quejaros de Aquel que tanto deseásteis.

Me atrevo, pues, naciones cristianas, á presentaros otra vez á Jesucristo, callado y cruzados los brazos tal como estuvo en la azotea del pretorio de Poncio Pilato: *Ece Homo*, ved ahí al hombre, no para ser juzgado ahora por los Judíos, sino por las Naciones. Pronunciad vuestro juicio. ¿Vuestro Deseado ha llenado vuestra expectativa, sí ó nó? Tal es la cuestion, y nadie puede permanecer neutral.

I.

Ante todo, importa preguntarnos de dónde venia al Salvador el nombre de *Deseado de las Naciones*. Los doctores de la Iglesia dan esta razon: las naciones le desearon, no porque le conocieran, no le conocian en manera alguna ántes de su venida, sino porque *tenian necesidad de él*. Le deseaban á la manera que la tierra seca aguarda y desea en cierto modo la lluvia del cielo. Mirad la tierra cuando esta seca; se hiende, y las grietas que forma parecen desear el beneficio de la lluvia. A este modo era aguardado el Mesías, y por esto los profetas exclamaban: *Cielos, envidad vuestro rocío* (1). Las naciones necesitaban de El para salir de sus abismos; para ser libradas de sus miserias; así es que suspiraban por su venida, exactamente como la tierra seca de que acabo de hablar, que, abierta en mil hendiduras, parece decir al cielo: *Compadécete de mí y envíame la lluvia* (2).

1. *Norate cali, desuper.*

2. Ellas suspiraban por él, ménos por ra-

Tal es la explicacion de este nombre, *Deseado de las Naciones*.

Sentado esto, para resolver la cuestion de si vosotras, naciones que habeis venido á ser cristianas, teneis motivo de estar satisfechas de Aquel que deseásteis y vino, naturalmente hay que examinar cuáles eran vuestros abismos y si él os sacó de ellos suficientemente.

Comenzaré por enumerar esos abismos (3).

zón que por instinto, pues que no le conocian ménos por apetito intelectual, dice muy bien un doctor de la iglesia, que por apetito natural, *non rationali, sed naturali appetitu eum desiderabant* (Martin de Roë en Cornel á Lapide, t. XIV, p. 336). En una palabra, el género humano tenia necesidad de un libertador, y le anhelaba.

3 El lenguaje inspirado de las Escrituras se ha servido de la palabra *abismo*, para designar las calamidades que agobiaban á las naciones. Se habian perdido en los abismos: en efecto, es el término propio. El abismo tiene significacion más vasta que el precipicio ó el remolino. Se cae en el precipicio, se es envuelto en el remolino, pero se pierde en el abismo. El precipicio trae consigo la idea de

El primero era el *abismo del error*, y habia en él como dédalos: la idolatría, el politeísmo, el culto de los demonios, los sacrificios humanos, el fatalismo, la negación de la inmortalidad del alma, la duda, la risa de la impiedad, el suicidio.

Segundo abismo con sus dédalos: *el de la corrupcion y el crimen*: en él estaba el desórden, la corrupcion bajo todas sus formas, corrupcion privada, corrupcion doméstica, corrupcion pública, corrupcion legal, misterios y saturnales abominables: allí habia orgullo, locura, incendio; habia Tiberio, Calígula y Neron.

Tercero: el *abismo del egoismo*. ¡Qué abismo el del egoismo! se puede nombrar-

un vacto escarpado de todas partes, del que es casi imposible salir cuando se ha caído. El remolino encierra una idea particular de voracidad insaciable que arrastra, hace desaparecer y consume todo lo que á él se acerca. Pero el abismo importa la idea de una profundidad inmensa, incierta, sin fondo, en donde se pierde igualmente el punto de vista de que se partió, y aquel á que se puede ir. Las naciones se habian perdido en los abismos.

lo; pero es imposible enumerar todo lo que contenia. Es insondable hasta perderse.

El cuarto abismo era el de lo *arbitrario*, y ¡qué abismo! jamas se le podrá encontrar el fondo: en él habia el capricho en lugar de regla, la fuerza sobrepuesta al derecho; el aplastamiento de los débiles, la poligamia, el infanticidio legal ó asesinato aprobado de los hijos; la esclavitud, la venta de la persona humana como una mercancía: habia, en fin, la servidumbre de todas las conciencias, bajo el Estado adorado como un Dios.

Quinto abismo el de *la malicia y la crueldad*. Allí estaba la venganza, todo los géneros de suplicios; los combates de gladiadores; leyes criminales que hacen estremecer por su dureza; estaba allí el implacable derecho de guerra, excesos sin nombre, ejecuciones sin comprobacion, represalias sin límites, ferocidad.

Y todavía, señores, ¡qué de abismos con sus dédalos habria que numerar! el abismo del odio, el del espanto, el de la misera-

social, el de la desesperación, y en fin el abismo de la nada. Pero aquí hago alto; y notad que nada más he nombrado los abismos, sin descubrir alguna de las escenas que pasaron en sus sombras. No ensayé ninguna descripción, primero porque no os faltan libros sobre el paganismo; y luego, porque todo hombre que entra dentro de sí mismo, aun el cristiano más perfecto, siente en su propia personalidad bramar esos abismos. Señores, ¿no oís mugir vuestras pasiones en profundidades conocidas de vosotros solos? es el abismo; y ¿qué de dédalos, tal vez y de sombríos corredores no descubris en vuestro propio corazón!

Tales eran los abismos en que vosotras, naciones de la gentilidad, estabais descarriadas y perdidas. Y ¿qué pasó al presentarse Jesucristo? ¿Cómo se presentó en vuestro abismos, y os sacó de ellos? Hé aquí la cuestion.

Se puede decir que el Cristo se presentó en todos ellos á la vez, porque, siendo Dios, podia hacerlo así. En el abismo del error,

se presenta como vision de la *verdad*. En el de la corrupcion, se presenta como vision del *santo de los santos*. En el del egoismo, como vision del *sacrificio* y de la *abnegacion*. En el de la miseria, como vision de la *misericordia*. En el abismo del odio, como vision del *amon*. En el de la desesperacion, como vision de la *esperanza*. En el abismo de la nada, como vision de *El que es*. Y todos vuestros abismos se estremeron á su vista, ¡oh naciones de la gentilidad! la historia hace contar la emocion general de las pasiones humanas así visitadas en sus profundidades por el Cristo. Las naciones tendieron los brazos hácia el libertador; ¡es El, nuestro Deseado! (1) Habitados como estais, señores, á los beneficios del cristianismo, os es difícil daros cuenta exacta de la emocion que se apode-

1 El profeta Rey habia anunciado: "El abismo me rodeó como un vestido." Bajando al abismo para arrancar á las naciones, Cristo hizo de él como su vestidura honorífica *abyssus sicut vestimentum amictus ejus* (Ps. CIII). No son las estrellas las que forman el más ri-

ró de vuestros antepasados al descendimiento del Salvador á sus abismos. Cuando, por ejemplo, en el abismo de la *corrupeion y del crimen*, apareció ese semblante purísimo y duleísimo de Cristo, el candor perfecto, ese semblante del *santo de los santos*, cuál no debió ser el pasmo, la emocion de vuestros antepasados á la vista de ese semblante tan deseado como inesperado, apareciéndoseles por la vez primera sobre todos los fangos, en los dédalos de la corrupcion de que venia á sacarles; ¡cuál no debió ser su arrobamiento! Igualmente, cuando en el abismo de la desesperacion resonó esta invitacion dulcísima: *Venid á mí todos los que estáis fatigados y trabajados*, y yo os aliviaré, ¡oh! ¡qué sacudimiento debieron sentir, al oirla, las generaciones que, silenciosas y desmoralizadas, estaban sentadas en el fondo del abismo de la desesperacion!

co manto del Eterno. La luz, las estrellas son en cierta manera su vestido corriente. Pero Dios descendiendo al abismo y diciéndole: tú me rodearás, hizo de él como su vestidura triunfal.

Y cuando en el abismo del *odio* sonaron repentinamente los acentos de esta oracion: *Padre nuestro que estás en los cielos, perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos á nuestros ofensores*, ¡quién pondria ponderar las dulces, las deliciosas lágrimas que corrieron á este anuncio del perdon recíproco, del perdon universal! Debió haber entónces, me imagino, un gran respiro, un ¡ah! ¡inmenso, que se escapó del pecho del género humano. ¡Ah es él, es él, nuestro Deseado! No, nada podria expresar el sacudimiento de nuestra pobre tierra al encontrarse, en fin, con su Salvador y tomar posesion de él. Por último, habian enviado los cielos su rocío, y volviendo á la comparacion de hace poco, así como la tierra seca, entreabierta, hendidada en abismos bebe con avidez la agua que por fin le envia el cielo, se abreva, se penetra de ella, se refrigera; de la misma manera el pobre género humano escuchado despues de cuatro mil años de espera, en posesion finalmente de su Deseado, bebia

8

su doctrina, sus palabras, sus virtudes; bebía su sangre, comía su carne, bebía toda su persona. Hé aquí lo que pasó en medio de los siglos: vosotras, naciones, vosotras fuisteis esas naciones perdidas en los abismos y libertadas, esas naciones moribundas de sed y refrigeradas, decid ahora: ¿vuestro Deseado ha correspondido, si ó no, á lo que de él aguardabais? (1)

Ha correspondido, ¿no es verdad? casi convenís en ello. Pues bien, yo hijo de Israel, no vacilo en decir que ha superado á lo que aguardabais y voy á probarlo.

I M. de Chateaubriand terminó su inmortal obra del *Genio del cristianismo* con este capítulo: "¿Cuál sería hoy el estado de la sociedad si el cristianismo no hubiera aparecido en la tierra?" Hé aquí una de esas conjeturas, "Sin la aparición del Deseado de las naciones el naufragio de la sociedad y de las luces habría sido total. Seríamos hoy esclavos turcos ó todavía peor." Esta conclusion es incontestable. De consiguiente, con toda verdad se puede llamar a Jesucristo, en el sentido material, el Salvador de las naciones, como ha sido en el sentido espiritual el Salvador del mundo.

II

De manera triple ha superado á lo que aguardabais. Hé aquí la primera. Al arrancaros de los abismos, os trasportaba á una esfera inesperada *de luz y de vida sobre-naturales*.

En efecto, comprendedlo bien. Librandos de los abismos del paganismo, podia perfectamente el Libertador contentarse con volver á poneros en el orden natural, es decir, podia contentarse con devolveros la moral natural, *honra á tu padre y á tu madre, practica la justicia, socorre á tu prójimo*; en una palabra, podia contestarse, despues de sacaros del abismo, con reponeros en las condiciones de la vida razonable, bajo horizontes puramente naturales. A obrar de esta manera Jesucristo, se habría parecido á un salvador que arranca del remolino, del torrente, al desgraciado que en él cayó y vuelve á ponerle en tierra firme. Reducido á esas solas proporciones el beneficio de Jesucristo á las naciones, áun así

habia sido inapreciable; y habriais debido, hijos de las naciones, presentaros ante El con la actitud agradecida del pobre naufrago que dice al valiente que se precipitó en su socorro: vos sois mi salvador, nunca os olvidaré. Pero el Libertador lo hizo mejor, ¡ah! sí, mucho mejor. El es llamado *águila de las colinas eternas*. Águila de las colinas eternas cuando se lanza de la eternidad para penetrar en los abismos en donde os encuentra, os toma, y remontándose, le quedaban fuerzas, todas sus fuerzas—era el Verbo, la omnipotencia—por lo que, pasando de la tierra, del orden natural, os lleva y deposita, ¡en donde? en el orden sobrenatural.

En efecto, notad en dónde estais desde entónces.

Las verdades que contemplais no son ya solamente, miradlo bien, verdades naturales, son tambien verdades sobrenaturales. Teneis el conocimiento de un solo Dios, verdad natural; pero tambien teneis el co-

nocimiento de la Santísima Trinidad, verdad sobrenatural.

Lo mismo es respecto de vuestras virtudes: las que más florecen entre vosotros no son ya solamente, notadlo bien, virtudes naturales, sino tambien y sobre todo virtudes sobrenaturales. Estais en posesion de la castidad, de la bondad, virtudes naturales; pero tambien lo estais de la virginidad y de la caridad, virtudes sobrenaturales. Decidme, naciones, cuando yaciais en el fondo del abismo de la inmundicia, si se hubiera venido á anunciaros que habria un dia en vuestro seno tipos celestes como los de san Luis Gonzaga y santa Teresa, y si allá á distancia se os hubiera hecho entrever legiones de almas limpias y de Hijas de la Caridad que os habian de pertenecer un dia, ¡habriais dado crédito á esa metamorfosis, á una transicion tal? Pues esa transicion, esa distancia, vuestro Deseado os la ha hecho atravesar. Decidme tambien, cuando yaciais en el fondo del abismo de lo arbitrario, entregadas á los caprichos de

amos duros é implacables, os habriais atrevido á esperar que un día, á la cabeza de las libertades del género humano, habria pontífices como Pio IX y Leon XIII, que dirian á los potentados: "Señor, las conciencias no os pertenecen; sois por vuestro poder, ¡oh grande emperador! por vuestra majestad, por vuestro encargo, terrible como el Océano; pero ved aquí el grano de arena, la conciencia; no ireis más adelante." Comparad con esta actitud del Papa y de los Obispos, el miedo, la esclavitud de las conciencias bajo Tiberio, y ¡decid si la transicion no es sorprendente sobrenatural!

Así es que vuestro Deseado, águila de las colinas eternas, verdaderamente os ha salvado con magnificencia.

Mirad lo bajo en que estabais, considerad la altura en que os hallais, es decir, las deslumbrantes verdades y las virtudes sobrehumanas á que os ha traído, y ved de un extremo á otro el vuelo de la águila. Su punto de partida fué de más arriba del sol; su punto de llegada, á lo más profundo

del abismo. (1) Y del abismo os trajo al punto de donde partió la águila á las regiones inconmensurables de la verdad pura y de la caridad. ¡Ah! ¡no tengo razon de sostener que vuestro Deseado superó lo que aguardábais!

### III

Tambien lo superó de otras dos maneras. Hé aquí la segunda.

Superó lo que aguardábais, ¡oh naciones. cuando, *por causa vuestra, consentia en el abandono indefinido de la nacion judía.*

Escuchad bien lo que voy á deciros.

Sabeis cuánto amó Jesucristo, hijo de la Judea, su noble patria. ¡Oh! sí, mucho la amó. La Palestina, su hermoso cielo, sus lagos, sus villas, sus habitantes provenientes como él de la sangre de Abraham, Jerusalem, Jerusalem sobre todo. Jesucristo amó estas cosas con trasporte, casi diria yo

1 "Yo salí de la boca del Altísimo. . . y yo perentré la profundidad del abismo, *Ego en are Altissime prodivi. . . et profundum abyssi penetraui.*" *Eclesiast. CXXIV.*

con celo. Sabeis igualmente que despues de diez y nueve siglos de separacion, áun ama al pueblo judío á causa de sus padres, y que una de las esperanzas más dulces á su sagrado corazon en la tierra es la espera de su retorno y de su conversion. Todo esto lo sabeis.

Y bien, ¿sabeis ahora á qué lugar, á qué rango entre los pueblos fué anunciado ese retorno del pueblo judío? ¿A qué rango?... al fin de todas las naciones. No digo al fin de los siglos, no, sino al fin de todas las naciones. Vais á comprenderme.

Hé aquí la sentencia de castigo pronunciada por san Pablo sobre el pueblo judío. Fué san Pablo el encargado de pronunciarla; porque los labios de Jesucristo, ¡ah! nunca se habrian determinado á hacerlo. Esta es la sentencia.

“Israel no volverá de su ceguedad sino despues de la plenitud de las naciones, es decir, todas las naciones habrán entrado en la Iglesia. *Cecitas in Israel donec plenitudo gentium intraret.*” (1)

(1) Rom., XI, 25.

Tal es la sentencia: el retorno del pueblo judío despues de la entrada de todas las naciones.

Pues ved ahora lo que me pregunto: ¿qué es lo que nos impide á nosotros, pueblo judío, entrar por fin en la Iglesia, qué es lo que nos lo impide? ¿Es siempre la sangre de nuestro hermano y de nuestro Dios derramada por nuestras manos en el Calvario? Y ahora que conozco la Teología, me respondo: No, no es ya su sangre el obstáculo. Cuando se oyeron repentinamente en el Calvario estas palabras suplicantes: *Padre mio, perdónalos*, la súplica de Jesucristo no fué vana; desde entónces esa sangre que derramamos, vino á ser precisamente para nosotros el medio del perdon y de la vuelta á la gracia. De consiguiente, no es ya la sangre de Jesucristo el obstáculo al retorno del pueblo judío. Pues siendo esto así, ¿qué es lo que nos impide nuestra entrada en la Iglesia? ¿Qué es ello, qué es lo que nos retarda?

Sois vosotras, naciones. Nosotros aguar-

damos, según la sentencia fulminada contra nosotros por san Pablo, que todas vosotras hayais entrado, para entrar á nuestra vez; Israel no volverá hasta que la plenitud de las naciones haya entrado, *cœcitas in Israel donec plenitudo gentium intraret*. El pueblo judío está á la puerta; todas las naciones deben entrar antes que él; asiste, como testigo humillado, á su desfile, y cuando éste habrá acabado, cuando todas habrán entrado, á una señal de Dios le llegará su vez y podrá ponerse en movimiento.

¡Ah! debéis comprender ahora, así lo espero, como vuestro Deseado ha superado vuestra expectativa. Decidme, ¿os acordais de esa extranjera que solicitó de Jesucristo la gracia de ocupar cerca de él, no el lugar de los hijos—los hijos de Israel—sino *el de los perritos que comen las migajas que caen de la mesa de sus amos*? (1) Esa mujer erais vosotras la gentilidad, pidiendo humildemente un lugar ínfimo en la Iglesia de Dios. Y bien, ved lo que sucedió: no

1 La Cananea.

pediais otra cosa más de las migajas que caían de la mesa, y se os entregó todo el festin; pediais un humilde lugar en la casa, y toda ella os pertenece; entre tanto, el pueblo judío está clavado á la puerta aguardando que todas enteramente hayais entrado, para entrar él á su vez. Erais los últimos, y venisteis á ser los primeros; nosotros éramos los primeros y entrarémos los últimos. En verdad, con la mano sobre mi corazón, celoso de los retardos y de la humillación de nuestro pueblo, comprendedme y excusadme si afirmo que vuestro Deseado ha superado con mucho lo que de él aguardábais.

#### IV.

En fin, lo ha superado de un tercer modo: sirviéndose de vosotras únicamente, naciones cristianas, para hacer *la obra admirable de la civilización*. (1).

1. Antes del advenimiento de Jesucristo y precisamente en vista de él, hubo, es indudable, pueblos civilizados y actos de civilización. Pero no se puede decir que hubiera propiamente una civilización que se desenvolviera

Me extenderia demasiado si quisiera desenvolver como convendria este tercer favor de vuestro Deseado. Me contentaré con un simple punto de vista.

Sois las naciones adquiridas por Jesucristo. Pues bien, la Providencia ha permitido que cierto número de naciones jamas hayan entrado en el concierto de esas adquiridas, ó que ellas voluntariamente se hayan salido de él despues de haber entrado: la Providencia, digo, lo ha permitido, á fin de dejar probado de una manera clara como la existencia del sol, que el que no tiene á Jesucristo es absolutamente incapaz de hacer nada por la civilizacion. ¿Qué ha hecho por ella la China? Nada. ¿Qué ha hecho el Oriente? Nada. ¿Qué han hecho las Indias, los grandes centros de la Africa y de la Asia? Nada. ¿Y vosotras, naciones cristianas? Todo. ¿Quién ha orga-

ra universal, continúa, progresiva, majestuosa. Esta civilizacion universal, continúa, progresiva, data del Cristianismo. Ved por qué se llama naturalmente y sin ostentacion la civilizacion cristiana.

nizado el honor del hogar doméstico? Vosotras solas. ¿Quién ha organizado las ciudades, las escuelas, las legislaciones célebres, los municipios, las franquicias, los Estados? Vosotras. ¿En donde se ha concentrado todo el inte e de la historia desde hace diez y nueve siglos? En vosotras. ¿Por quién se ha hecho el descubrimiento de continentes, el de la imprenta, el del vapor, todos los descubrimientos? Por vosotras, por las naciones cristianas. Las artes han florecido bajo vuestro cielo. Las grandes arterias del comercio han partido de vuestros mercados. Solas vosotras habeis tenido una agricultura inteligente y fecunda; instituciones de caridad numerosas como las estrellas; y así como éstas, sembradas en toda la extension de la miseria, que se ha iluminado y trasfigurado (1). Cítad una

1. Si hubiéramos de hacer el catálogo completo de los servicios prestados por el Cristianismo á la humanidad, comenzariamos por hacer la lista de las calamidades que agobian el alma y el cuerpo del hombre, y colocariamos bajo cada dolor la institucion cristiana

sola institucion, un solo libro útil, un solo descubrimiento, en una palabra, un solo diamante que no lleve la cifra entrelazada de Cristo y de las naciones cristianas. Os desaffo á citar uno solo que no os pertenezca. Lo repito, en todos los descubrimientos, verdaderos diamantes de la civilizacion, está la cifra entrelazada de Cristo, y de sus naciones amadas. En una, es el nombre de Cristo y de Italia; en otra, el nombre de Cristo y de España; pero lo más frecuente, y en los diamantes más hermosos, están los dos nombres entrelazados de Cristo y de Francia. ¡Ah! podeis envaneceros de la fidelidad de vuestro Deseado. ¡Al daros á él, pusisteis vuestra mano en la suya, y su mano depositó en la vuestra las riendas del mundo, durante diez y nueve siglos!

De cualquiera parte que me vuelva, to-

que se consagra á su alivio. No hay en esto exageracion: puede un hombre pensar la miseria que quiera, y no habrá una de mil que el Cristianismo no haya adivinado y preparado el remedio

do me grita que Jesucristo superó vuestra expectativa, y que os amó como Jacob á Raquel. Encuentro en el Evangelio una comparacion que expresará bien como, Deseado por vosotras, correspondió á lo que aguardabais: la medida de que se sirvió para con vosotras, fué verdaderamente esa buena medida de que habla el Evangelio, medida apretada, colmada y que se derrama, *mensuram bonam, et confertam et supereffluentem* (1).

Por tanto, puedo resumir en honor de Jesucristo cuanto llevo expuesto, de la manera siguiente:

El Deseado de las naciones ¡ha llenado sí ó nó, la expectativa de las naciones? ¡Oh! sí. La ha llenado, arrancándolas primero de los abismos en que estaban perdidas.

Y no solamente la llenó, sino la superó (2).

1. Luc., VI, 38.

2. Cuando Dios viene á alguna parte, no solo colma lo que espera la criatura, sino lo supera.

Primero, no dejándolas tierra á tierra, sino trasportándolas á una esfera de claridad y de vida sobrenaturales:

Segundo, consintiendo, á causa de ellas, en el abandono indefinido de su nacion querida, la nacion judía:

Tercero, haciéndolas acabar por sí solas la obra más vasta y más fuerte que se haya hecho en seis mil años, la civilizacion.

No pienso que se pueda levantar la menor objecion contra lo que acabo de establecer, contra vuestros títulos de honor, ¡oh naciones cristianas! Voy, pues, ahora á sacar mi conclusion.

V.

¡Por qué he tratado este asunto? ¡Por qué he formado en cierto modo la hoja de servicios de Jesucristo en favor de las naciones? La hoja de servicios de Jesucristo, ¡ah! es la expresion exacta y verdadera. Y bien, ¡por qué la formé? Fué para llegar á esta conclusion: ¡Jesucristo es Dios? No fué tal mi objeto. Todo judío convertido, que se

presenta en una cátedra cristiana, no necesita probar que Jesucristo es Dios; su persona, por débil y miserable que sea, es un testimonio mejor y más fuerte que su palabra.

Pues entonces, ¡por qué puse tanto cuidado en mostrar la hoja de servicios de Jesucristo en favor de las naciones!..... Era por llegar á esta conclusion.

¡Oh cielos! escuchadla, y tú, tierra, pon el oído:

*El Deseado de las Naciones* ha venido á ser hoy el rechazado por las naciones.

Sí, no partí del comienzo de la era cristiana, atravesando diez y ocho siglos de servicios prestados por El, sino para llegar, judío errante y peregrino espantado, á esta noche del siglo XIX, en donde encuentro este contraste: el Deseado de las Naciones, convertido en el rechazado, el despreciado, el vilipendiado de las naciones....

¡Es esto posible, ¡oh! naciones! Aquel que tanto deseásteis, ¡venir á ser un rechazado, un vilipendiado!

Pero tal vez exagero, y el dolor me lleva demasiado lejos, Estaría yo más en la verdad distinguiendo, como lo hacía Pío IX, dos naciones en cada nación, dos Francias en Francia, dos Italias en Italia, dos Españas en España, dualismo solemne, cuyo desenlace aún no se puede adivinar. Si miro una de esas dos Francias, una de esas dos Italias, me espanto, y con razón. ¡Oh! naciones, les diría, el amor de Jesucristo os envuelve por todas partes, y ya no sabéis lo que es el amor (1).

Me acuerdo de que nuestros antiguos profetas, profetizando la vocación de la gentilidad, describieron del modo siguiente vuestra gratitud y vuestros aplausos: "Naciones, alabad al Señor, pueblos, batid palmas, porque el Señor ha reinado en las

1. Un santo inquieto de no amar bastante á Jesucristo, exclamaba un día con cierta especie de espanto: El amor me envuelve de todas partes, y no sé lo que es amor, *undique circumdat me amor, et nescio quid sit amor* (S. Bonav.) Para las naciones el reproche es á la letra verdadero.

naciones." Todavía más, como si nuestros profetas hubieran querido excitar y daros auxiliares en vuestra gratitud, dirigiéndose á la naturaleza inanimada, prorumpieron en una de esas valientes y magníficas imágenes que les eran tan familiares: "*Ríos y bosques, batid palmas, porque el Señor manifestó su justicia á los ojos de las naciones* (1)."

Pues ahora, si miro, si escucho..... ¡Ah! los aplausos continúan sin duda, más, oh espectáculo inesperado y lúgubre, ¡es para celebrar cada separación de Jesucristo y para dar esfuerzo á cada nueva ofensa á la persona de Jesucristo! Jesucristo rechazado del poder público, aplausos..... Jesucristo rechazado de la enseñanza, ya no se le quiere en las escuelas; aplausos..... Rechazado del lecho de los muribundos, de los funerales, aplausos, aplausos!..... ¡Oh! naciones, me espantáis: ¡es este Aquel que tanto habíais deseado!

1. Isaías, LV, 12. Psalm. XCVI, 10, 11; XCVII, 2, 7, 8.

Pero aparto mi vista de ese lado nefasto de las naciones, la vuelvo hácia el otro, y encuentro hombres que combaten enérgicamente esas tendencias que les espantan, que no quieren la separacion de Jesucristo, y esos sois vosotros, ¡oh católicos!

*¡Jerusalem, Jerusalem, qué de veces quisiste reunir á tus hijos, como la gallina reúne sus polluelos bajo sus alas y tú no lo has querido!..... ¡Oh! vosotras, naciones cristianas, que, en lugar nuestro, habeis sido reunidas bajo las alas del Deseado, no las dejeis, no las dejeis. Basta que nosotros, desgraciados judíos, hayamos pasado por la desolacion de no estar cubiertos bajo ellas, no paseis á vuestra vez por esta desolacion.*

No las abandoneis, porque los abismos de que fuisteis arrancadas, se enseñorearian nuevamente de vosotras: ¡no oís sus mugidos, no veis sus dédalos, como si por segunda vez estuviereis empeñadas en ellos, y más profundamente?

¡No dejeis esas alas! Como las de la ga-

llina, se sacuden sobre vosotras, se sacuden llenas de inquietud y de ternura.... ¡Oh Jesucristo! guardad vuestras naciones, guardadlas, es un hijo de Israel quien os lo pide; Jesucristo, guardad vuestras naciones.

Y vosotros, señores, hijos de las naciones, guardad á Jesucristo; estrechad su corazon contra el vuestro. Guardad, sí, á Jesucristo. A los que os aconsejen deshaceros de él, dadles esta simple y sublime respuesta: *El fué largo tiempo nuestro Deseado, él quedará siendo nuestro muy amado.*

¡Ah, sí, vuestro Deseado y vuestro muy amado!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO  
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS

### Discurso segundo.

#### EL PRECEPTOR DE LAS NACIONES DESPEDIDO POR ELLAS.

Señores:

Quando Jesucristo estaba en Judea, uno de los nombres que más habitualmente le daban sus interrogantes era el de *maestro*, *preceptor*. "Maestro, ¿qué debemos hacer?" "Maestro, os seguiré á donde fuéreis." Dos pobres leprosos lo encuentran y gritan: Jesús nuestro preceptor, compadeceos de nosotros, *Jesu praeceptor, miserere nostri*.

Se le daba igualmente el nombre de *Rabbi*, que en hebreo significa maestro ó preceptor. Cuando Magdalena le reconoce despues de su resurreccion, le dice esta simple palabra: *Rabbani*, mi buen maestro.

Este nombre de preceptor, rabbi, maestro, unánimemente conferido á Jesucristo

por las multitudes de Judea, bastaria por sí solo, señores, para probar que era el Cristo, el Mesías esperado. Efectivamente, entre otras señales dadas por los profetas al Mesías venidero, habia esta indicacion de Isaías: el Señor le presentará como preceptor á las naciones, *testem populis ac praecceptorem gentibus*. (1) ¿Quién mejor que Jesucristo se presentó como preceptor de las naciones ó del género humano? Luego es el Mesías esperado.

Y bien, hijos de las naciones que habeis permanecido creyentes y agradecidos, recojámonos á los piés de ese preceptor de semblante dulcísimo. *El Preceptor de las naciones* es continuacion del *Deseado de las naciones*.

Me pareció que para tratar á fondo tan importante asunto, convenia distribuirlo de este modo: describir primero las *cualidades* del preceptor que se os dió; decir en seguida el *cuadro de su enseñanza*; y mos-

1 Isaías LV., 4.

trar en fin una cosa particular á Jesucristo llamada por la Escritura *exposicion del preceptor*. Y así:

Cualidades del preceptor,

Cuadro de su enseñanza.

Exposicion del preceptor,

Hé aquí el asunto precisado y distribuido.

I

*Cualidades del preceptor.*

Cuando alguno se presenta á enseñar, su auditorio se hace inmediatamente estas dos preguntas: ¿la ciencia de este hombre es profunda? ¿enseña bien lo que sabe? Profundidad de la ciencia y talento de comunicarla, es en cierto modo el preámbulo de toda enseñanza, sus credenciales. Y si queda probado que la ciencia es profunda, y que la acompaña el dón de hacerse comprender, ¡oh! entonces la confianza en ese maestro es ilimitada.

Jesucristo se presentó como preceptor del género humano; luego nos es permitido tomar la respetuosa libertad y tambien el

delicado placer de examinar la profundidad de su ciencia y su manera de comunicarla.

*La profundidad de su ciencia.* Cuando quiero representármela de un modo sensible, gusto de considerar á Jesucristo junto al pozo de Jacob, conversando con la dichosa mujer de Samaria, la Samaritana, sobre las aguas de ese pozo y en seguida sobre las aguas de la gracia. Me lo represento, pues, junto á ese pozo célebre y me digo: ¡él era ese pozo misterioso! Un pozo de ciencia, ¿quién no ha oído ó empleado esta expresion de uso popular para designar á un hombre de ciencia profunda? La expresion viene ciertísimamente del Oriente, donde escaseando más las aguas que en otras partes, son una riqueza y proveen al lenguaje oriental de sus más bellas comparaciones. Así cuando la pobre Agar errante por el desierto encuentra el manantial que refrigera á Ismael moribundo de sed, por gratitud y un movimiento profético da á ese manantial el nombre de *pozo del Vi-*

*viente y del Vidente*, es decir, el pozo del Dios de la vida que habia visto y socorrido la angustia de la pobre madre. Pues ahora, á ejemplo de Agar, cuando contemplo al Mesías instruyendo junto al pozo de Jacob á la feliz Samaritana, exclamo: El mismo era el verdadero pozo de Jacob, era no solamente un pozo de ciencia, sino el origen de esta que venia á revelarse y entreabrirse para salvar al género humano moribundo de sed. ¡Oh Jesucristo, pozo de ciencia infinita, pozo de Jacob, pozo del viviente y del vidente, dejadme otra vez saludaros con estos nombres del Oriente; me parecen tan exactos, tan propios! ¡Dejadme inclinarse con respeto en vos mismo para adorar vuestra profundidad, y afirmar, con san Juan, que solo vos estais lleno de gracia y de verdad, y que todos hemos bebido de vuestra plenitud! (1)

1 La Teología enseña que Cristo en cuanto Hombre-Dios tuvo toda la ciencia infusa. *Todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia*, dice san Pablo, *se encerraron en él*. El es el único que no fué enseñado, el único que

Hemos partido de este principio, señores, que á un maestro, un preceptor lo constituyen excelente la profundidad de su ciencia y el talento de exposicion. Veamos ahora si tambien tuvo Jesucristo el *talento de exposicion*. Primeramente, en su tiempo, cuando enseñaba en los pueblos de Judea, todo el mundo le comprendia. Las turbas se admiraban de lo que decia y de la manera de decirlo. No era el lenguaje solemne y aterrador de los profetas, los relámpagos de Isaías, por ejemplo; tampoco eran los acentos líricos de los salmos de David. No. Todo el mundo no comprendia del mo-

nada aprendió de otros hombres. Así es el único que haya podido realizar, bajo el punto de vista de la ciencia, este precepto del libro de los Proverbios: *Bebe de la agua de tu pozo y de los derrames de tu fuente*. Todo maestro ha bebido en la fuente de otro, ántes de abrir él un curso, una fuente, es decir, que todo maestro ha sido enseñado ántes de poder enseñar. Jesucristo solo es la excepcion. Todo lo ha encontrado en sí, de nadie ha aprendido. *Bebe de la agua de tu pozo y de los derrames de tu fuente*.

mento quanto decian David y los profetas, y sí comprendian á Jesucristo. ¡Era el suyo un lenguaje aparte, grande y sereno como el dia, al mismo tiempo que profundo como la eternidad! El habia dicho: *Yo soy luz del mundo*; y se sentia, al oirle, que era en efecto la claridad en persona quien exponia la luz irradiando en palabras; ¡cada una de ellas era una gota de luz que caia de sus labios! Cuando tomaba comparaciones de la naturaleza, cuando hablaba de flores y de plantas, plantas y flores parecian encontrar en sus labios mayor desarrollo, más brillo, más vida que en sus propios tallos, porque era el autor mismo de las plantas y de las flores quien hablaba de ellas. En resumen, las turbas de Judea estaban entusiasmadas de un lenguaje tan puro y tan sencillo; los buenos israelitas de aquel tiempo bebian su doctrina exactamente como sus padres habian bebido en el desierto la agua de la roca.

Su talento de exposicion en Judea fué, pues, incontestable, ¡incomparable! Des-

pues queda el Evangelio, continuacion para vosotros, cristianos, de la misma claridad. El Evangelio es sin contradiccion el libro más claro que existe: él satisface á todas las inteligencias; las águilas encuentran en él toda la profundidad de que necesitan; y las palomas toda la claridad del arroyo que les conviene. Todo el mundo comprende el Evangelio, y no es así con los otros libros de la Biblia. Para comprender el Antiguo Testamento he necesitado del Evangelio, y vosotros, para comprender el Evangelio, no habeis tenido necesidad de recurrir al Antiguo Testamento. Privilegio de claridad que solo pertenece á dos obras de Dios, el Evangelio y el sol: el sol, al mismo tiempo que alumbrá á la naturaleza, es asimismo su propia claridad; y el Evangelio al mismo tiempo que explica todo el resto de la Biblia, es asimismo su propia explicacion.

Ciencia profunda, talento de exposicion, aquí podria limitarme sobre las cualidades del preceptor divino: sin embargo, me quedaba una última en reserva, que quiero de-

cir tambien, porque es el complemento de un maestro excelente; la *amistad*.—Es necesario que un preceptor sea al mismo tiempo un amigo (1). En punto á educacion, se puede resueltamente formular este axioma: que no se dirige bien el entendimiento, sino es siendo al mismo tiempo dueño del corazon. Quien quiere impresionar profundamente, debe interesar el co-

1. Hay ademas relaciones íntimas entre la ciencia y la amistad. El lenguaje popular, profundamente filosófico, dice los secretos de la amistad y los secretos de la ciencia. Parece que solo tiene derecho de conocer y ser instruido el que está ligado por la amistad. Esto es verdad respecto del cielo, en el que solamente serán admitidos á conocer á Dios los que fueron sus amigos en la tierra. Tambien en lo antiguo fué verdad, siendo la ciencia patrimonio de un corto número; solamente los iniciados, los privilegiados, eran admitidos á las lecciones de los sabios. La historias en efecto, no nos muestra otra cosa que grupo, rodeando á Platon, á Sócrates, á Aristóteles: esos grupos los presentaba la amistad á la ciencia. Jesucristo quiso para sus lecciones no grupos, sino el género humano, porque era el amigo de todos los hombres.

razon. Bien lo sabia Jesucristo, que habia formado el corazon del hombre: así es que nadie como él presentó el conjunto del preceptor y el amigo: en cierto modo cifró la ciencia que nos traia, en la amistad que nos mostró: la amistad fué la vara, y la ciencia el fruto. Cómo gusto de contemplarla Jesus enseñando bajo las palmas del Oriente en las laderas de las colinas de Judea: ¡Ah! el buen Maestro rodeado de sus discípulos, les iniciaba en todo lo que sabia. De ordinario no se descubre un secreto sino al amigo: y bien, Jesucristo en sus lecciones se complacia en hablarles de esta manera: "Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; sino os llamaré mis amigos, porque todo lo que se de mi Padre os lo he comunicado." La amistad que sentia por sus discípulos, le hizo descubrir todos sus divinos secretos. Esa amistad del preceptor divino quedó igualmente consignada para vosotros, cristianos, en las páginas del Evangelio. ¡No es verdad que cuando se lee el Evangelio

por la uncion que de él corre se reconoce que es un amigo el que habla? El autor del "Genio del Cristianismo" hace esta nota exacta y tierna sobre el carácter del estilo evangélico: "Es, dice, un tono de autoridad paterna mezclado á no sé qué indulgencia de hermano, á no sé qué consideracion de un Dios que, para rescatarnos, se dignó hacerse hijo y hermano de los hombres."

Así es que amistad, claridad de exposicion, ciencia profunda, tales son las cualidades que aparecen en el celeste preceptor. ¿Queréis que las resuma bajo una imagen bíblica? Yo diria que por la manera en que enseñó Jesucristo, resolvió el famoso enigma que propuso un dia Sanson á sus amigos en medio de un festin. Yendo al festin Sanson, cuenta la Biblia, encontró en el camino un leon muerto, en cuya boca habia formado su panal un enjambre de avejas. Llegado Sanson al festin, propuso á los convidados este enigma: la dulzura salió del fuerte, *de forti egressa est dulcedo.*

Este es el emblema de la enseñanza de Jesucristo. Por la majestad de su doctrina, era el fuerte, el leon de la tribu de Judá. El leon ama las profundidades del desierto, las conoce, las domina. Jesucristo conocia todas las profundidades de la ciencia, disponia de ellas como dueño; pero al mismo tiempo seducia, encantaba; él seducia por la limpidez de su exposicion, por su talento de hacerse comprender, por la uncion de su lenguaje, por la atraccion de su amistad: y de esta manera tenemos el panal en la boca del leon: la dulzura salió del fuerte.

Hé aquí las cualidades del preceptor del género humano, y pues no se inquietan las cualidades de un maestro sino porque se quiere, segun digimos, acordarle confianza, Jesucristo merece bien la nuestra, ¿no es así? Podemos confiar en Jesucristo. Este-temos, pues, atentos y favorablemente dispuestos á lo que va á enseñarnos. El cuadro de su enseñauza, tal es la continuacion de nuestras investigaciones.

## II.

### *El cuadro de su enseñanza.*

¿Qué ha enseñado el Preceptor del género humano? Voy á decirlo, estableciendo una comparacion:

Existió un hombre, uno solo cuya ciencia fué no tan vasta como la de Jesucristo, pero despues de esta, la mayor. Ese hombre fué el príncipe célebre que recibió de Dios el dón de sabiduría. “Acordadme la ciencia y la sabiduría,” respondió al Señor que le daba á escoger una recompensa. Y el Señor le dijo: “Os concedo lo que me pedís. Os doy la ciencia y un corazon tan lleno de sabiduría y de inteligencia, que jamas hubo ántes de vos hombre que os iguale, ni lo habrá despues.” Salomon, rey de Judá, fué, pues, la más vasta inteligencia de hombre que haya aparecido: en el dominio de la ciencia, viene inmediatamente despues de Jesucristo: Jesucristo era la

Sabiduría misma, y Salomon fué el primero de los sábios (1).

Introducidos los dos personajes, agrandemos ahora la comparation. Hé aquí lo que la Escritura cuenta de la ciencia de Salomon:

"Sus conocimientos, dice, eran tantos como los granos de arena que hay en la rivera de los mares. Fué gran poeta, compuso mil cinco cánticos (2). Fué moralista de una agudeza y de una variedad imagnables, porque pronunció tres mil parábolas.

1. San Pablo dijo: "El Cristo es la sabiduría de Dios, *Christus Dei sapientia*." En Oriente se llama sábios á los que penetran los secretos de la ciencia. Pues bien, Jesucristo no era simplemente un sabio, era la Sabiduría misma. Cuando el Evangelio nos la representa á la edad de doce años, sentado en medio de los doctores de Jerusalem, y asombrádoles con sus respuestas, lo que hace es ofrecernos el grande espectáculo de la Sabiduría rodeada de sabios. Le rodeaban sabios, pero él era la misma Sabiduría; había allí doctores, pero él era la Doctrina.

2. *Fuerunt carmina ejus quinque et mille.* (Reg. III, IV, 32.)

las (1). Fué un naturalista maravilloso, pues que trató de toda la naturaleza desde el cedro del Líbano hasta la plantita que sale de las hendiduras de la muralla (2). Fué astrónomo y geómetra sin rival, superior á todos los Orientales y á todos los Egipcios que sobresalian en estas ciencias (3). Fué consumado político, á quien todos los reyes de la tierra despachaban enviados para ser instruidos por su sabiduría (4). En una palabra, no ignorando nada de lo que el entendimiento humano puede aprender, apareció como el meteoro más brillante que haya atravesado el cielo de la ciencia.

Pues ahora, ¿qué ha quedado de una

1. *Locutus est tria millia parabolis.* (Id.)

2. *Disputavit super lignis á cedro que est in Libano, usque ad hyssopum que egreditur de pariete.* (Id. 32).

3. *Præcedebat sapientiâ omnium Orientalium et Aegyptiorum.* (Id. 30).

4. *Veniebant ab universis regibus terra, qui audiebant sapientiam ejus.* (Id. 34).

ciencia tan vasta, de esas tres mil parábolas, de esos mil cinco cánticos y de todos esos descubrimientos preciosos en física, en medicina, en astronomía, qué ha quedado? Casi nada, casi nada. La religion ha conservado cierto número de máximas morales de ese príncipe, con las que ha formado el libro de los Proverbios y el del Eclesiástico. Ella atribuye igualmente á Salomon el Cántico de los cánticos. Pero á excepcion de esto, todo lo que era coleccion de poesías, descubrimientos preciosos en historia natural, en medicina, en astronomía, en física, todo pereció: de tal suerte, que si la religion no hubiera cuidado de conservar algunas pepitas en el Código de las Escrituras, nada se sabria hoy de la vasta ciencia de Salomon.

Veamos, ahora, señores, levantarse sobre estas ruinas la figura del Preceptor del género humano.—Ciertamente, habia sido fácil á Jesucristo, que era la sabiduría misma, la ciencia infusa, dar luces y datos espléndidos sobre tantas artes y ciencias

que ocupan á los hombres; parece que si lo hubiera hecho, los sabios de todos los siglos habrian sido ganados á su causa y á su persona. Pues con todo, no dijo una palabra, una sola, referente á la ciencia humana. ¡Asombrosa diferencia entre Salomon y Aquel que fué más grande que Salomon! ¿Qué fué entónces lo que enseñó el Hijo del Hombre? . . . ¡Oh sabios! escuchad ignorantes, escuchad; todos, contened vuestra respiracion: ¿qué enseñó, cual fué su cuadro? . . .

Únicamente la salvacion y la vida eterna. ¡No otra cosa!

Sí, es una observacion que produce inmenso asombro cuando se medita en ella: Aquel que era el pozo de la ciencia, no habló más que de salvacion: fuera de ahí, nada; no dijo una sola palabra capaz de contentar la curiosidad de los sabios, ni que pudiera ilustrar la menor materia. Un silencio tan profundo y tan exacto, cuando poseia la ciencia infinita, es, señores, á mi juicio, una prueba de que él era Dios.

En efecto, la ciencia humana, nuestra ciencia, notadlo bien, está sujeta á mil digresiones: ¡cuán frecuente no es al hombre que compone ó al hombre que enseña, perderse en digresiones! ¿Qué de penas, qué de precauciones, no se requieren para encerrarse en un asunto, y no obstante ellas, se sale de él, se aparta uno, se pierde. Para unos es la causa la distracción; para otros, las dificultades mismas del asunto que tratan; y para el mayor número la vanidad, sí, la vanidad: el deseo de mostrar todo lo que se sabe arrastra fuera del asunto. ¡No hay libro, no hay enseñanza que no lleve más ó menos las señales de esos éxtasis desdichados!..... Jesucristo sólo no cayó en ellos. Como no se aparta jamás la naturaleza de las leyes que le fueron prescritas por el Arquitecto eterno, Jesucristo, Hijo de este Arquitecto, tampoco se apartó del asunto que tenía que tratar, en él se contuvo, de él no salió: os desafío á citarme una frase que refleje la tierra y no el cielo. ¡Ah! si alguien se ha-

bria tenido por feliz de una digresion, de una sola, seriamos nosotros los hijos de la nacion judía. Preguntáronle un dia los circunstantes: "*¿Señor, será en este tiempo cuando restablecereis el reino de Israel?*"

(1) Querian saber, por esta pregunta, si el reino terrestre de David, la monarquía de Israel seria restablecida. Si alguna digresion se permitiese á Jesucristo, habria sido esta: El, hijo de Judea, amantísimo de su patria, él, que lloraba por Jerusalem, como no se habia apartado por un instante de su asunto, parece que los hijos de Israel dispersados más tarde á través de los siglos, habriamos aplaudido esa digresion; pues bien, no se la permitió. Lo mismo que huyó en la montaña cuando se quiso hacerle rey, con igual sabiduría descarta la digresion política que se le propone, y replica: *No os toca saber los momentos que el Padre ha dispuesto en su poder.* (2) No habiendo querido responder Jesucristo,

1 Hechos, I, 6.

2. Hechos, I, 7.

continúa dominando la incertidumbre sobre el restablecimiento del reino de Israel. No ha salido, pues, de su cuadro una sola vez el Preceptor del género humano, y esto es, lo repito, una prueba de que era Dios. El retenía, contenía su ciencia, como contenía su omnipotencia. Partido del cielo, no se ocupó sino del cielo. Salomon, nacido de la tierra, se ocupó principalmente de la tierra. De aquí es que, mientras sobre las ruinas de la vasta ciencia de Salomon veo esta inscripción, que él mismo dejó: *Vanidad de vanidades, la ciencia misma es vanidad*; (1) por contraposición, en la enseñanza de Jesucristo veo y adoro esta otra inscripción: *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*. (2)

Sería incompleto, señores, si después de haber determinado el cuadro de la enseñanza, no hiciera sobresalir á lo ménos las grandes líneas de su magnífico asunto.

Jesucristo presentó la salud y la vida

1.º Eccle. t. 2.

2. Math. XXIV, 35.

eterna bajo la forma de una florecencia, de una germinación. (1)—¿Habeis reflexionado en que todo aquí abajo está sometido á la grande ley de la germinación y del progreso? Se puede decir de todo lo terrestre que primero es plantado, después crece y florece y finalmente se dilata. El hombre, la historia, las sociedades se desarrollan de la misma manera que la planta: primero un germen en el punto de partida, después una floración, y en fin el desarrollo completo. Esto mismo pasa con la salud y la

1. Jesucristo no adoptó divisiones en su asunto. Nosotros que enseñamos, profesores, predicadores, maestros imperfectos, necesitamos del socorro de las divisiones: de otra manera somos difusos. Nuestra enseñanza necesita ser encausada, contenida, correr en cierta manera entre riberas y por chorrillos. La enseñanza de Jesucristo se parecía á la lluvia del cielo que cae de todos los puntos del horizonte á un tiempo, pero con orden y majestad. El preceptor divino no adoptó divisiones, y hay que guardarse de prestárselas: con todo es permitido reconocer que presentó la salud y la vida eterna bajo la forma de una florecencia, de una germinación.

vida eterna; esto es lo que Jesucristo vino á enseñar; así es que toda su enseñanza puede distribuirse conforme á las tres faces de la germinacion. En efecto, ved.

Primeramente el punto de partida ó el germen de la vida eterna. Jesucristo lo revela, y es él mismo. *Yo soy el camino, la verdad y la vida. Yo soy el principio. Nadie puede venir al Padre sino por mí. Yo soy la puerta. Yo soy el buen Pastor. Yo soy la vinya y vosotros sois las ramas;* y otras palabras semejantes que ponen bien de manifiesto el punto de partida. Sigue la *florencia* ó crecimiento de la vida eterna. Plantada esta con Jesucristo, tiene por teatro de su florencia la alma de cada uno de nosotros y la Iglesia católica. La alma y la Iglesia deben florecer en virtudes celestes, fe, esperanza, humildad, pureza, caridad. Para hacer comprender esta florencia, pronuncia el Preceptor las bellas y célebres comparaciones siguientes: la del grano de mostaza: *El reino de los cielos es semejante á un grano de mostaza*

*que un hombre planta, que crece y llega á ser un grande árbol, y las aves del cielo vienen á abrigarse en sus ramas. La comparacion de la levadura: El reino de los cielos es semejante á la levadura que hace fermentar la masa. La comparacion del tesoro escondido: El reino de los cielos es semejante á un tesoro escondido y que se descubre;* graciosas parábolas desarrolladas por el divino Maestro para hacer comprender que la vida eterna debe partir de aquí abajo, ¡florecer en virtudes celestes, crecer con nuestros esfuerzos! Casi todo el Evangelio, notadlo, es una exhortacion urgente á este crecimiento del reino de Dios en nosotros. El Evangelio es verdaderamente un tratado de agricultura celestial: Jesucristo, Hijo de los patriarcas, habló el lenguaje de la vida patriarcal, el lenguaje de los campos y de la naturaleza. Esto por lo que hace á la florencia.

Y en fin, la dilatacion de la vida eterna. En ella colocó el Divino Preceptor: el juicio universal en que aparecerá el Hijo del

hombre con grande majestad, y los ángeles que serán los segadores, y los elegidos que serán recogidos como espigas, y la zizaña que será arrojada al fuego: y en fin, Dios que se descubrirá á sus elegidos, y despúes la eternidad.....

Tales son en resúmen las grandes líneas de la enseñanza de Jesucristo. ¡Cuán claro, verdadero, sencillo, eucantador y temible es todo esto! Ya debeis comprender ahora cómo en asunto de tal natureleza no podia haber lugar para la geometría, para la historia natural, para la oratoria, para la política, para no importa qué ciencia. No es que Jesucristo las haya despreciado, siendo el Dios de las ciencias, sino que por amor nuestro se limitó á la ciencia de la salvacion: siendo su designio curar la corrupcion de los hombres, y no estando en esas ciencias el remedio, las pasó en silencio: no bajó al mundo para formar poetas, oradores, astrónomos, naturalistas; vino para formar elegidos, para hacer florecer bienaventurados. ¡Qué le importaban, señores,

las flores de las otras ciencias, con tal que tuviera vuestras almas como flores eternas! la salvacion, hé aquí lo que enseñó, y lo hizo con todos los temores de una madre. ¡Ah! una madre teme para su hijo todos los escollos de la ciencia: una madre es la persona del mundo que mejor comprende estas palabras de Cristo: "¿De qué sirve al hombre ganar todo el universo, si pierde su alma?" ¿qué importa á una madre el brillo de las ciencias para su hijo, la fama en las letras, en la política, si su hijo debe perder en ellas su alma? Pues bien, Jesucristo enseñó con todos esos temores, como madre todavía más que como maestro. ¡No es verdad que no llevais á mal su proceder? Siendo águila que podia llevarse las inteligencias hácia todos los soles, prefirió compararse á la gallina que nunca deja á sus pollos extraviarse. El no se apartó de su asunto, no habló más que de salvarse: ¡salvad vuestras almas, salvad vuestras almas! y por esto, dejando á un lado las alas de la águila, miéntras enseñaba, extendió

las de la gallina: ¡Jerusalem, Jerusalem, que de veces quise reunir á tus hijos como la gallina reúne á sus polluelos bajo sus alas! Temia ver escapársele nuestras almas, y perecer..... Maestro bueno, divino Preceptor, ¿he hablado de vos como convenia? ¡No desenvolvisteis más de un solo asunto! ¡la vida eterna!

III.

*Exposicion del Preceptor.*

Señores, cuando ha terminado una enseñanza, cuando un maestro ha concluido su curso, se retira; no así Jesucristo; pues ¡qué ha hecho de más que los otros maestros! ¡Ah! aquí va á descubrirse su mision de Preceptor del género humano en toda su grave magnificencia y su magnífica gravedad. Atendedme.

¿Habeis profundizado el sentido de la palabra *exponer*? [Exponer! se expone sus ideas, se expone su asunto, su doctrina, lo que quiere decir que se les pone en perfecta evidencia. Pero tiene otra significación

la palabra exponer. Se expone su vida, su persona, es decir, que así como se pone en evidencia sus ideas, su asunto, se puede poner tambien en evidencia sus brazos, su pecho, su cabeza.

Pues Jesucristo, á la exposicion del asunto unió la exposicion de su persona. Durante tres años habia enseñado el Preceptor divino la salvación y la vida eterna. Solamente grupos privilegiados de hijos de Israel habian oido su plabra: solas las palmas de la Tierra prometida se habian sacudido á sus acentos: nada mas el lago de Genezareth habia llevado la barca que figuraba la salvacion, en una palabra, los habitantes de Judea eran todavía los únicos que conocian el camino que conduce á la vida eterna. Al cabo de tres años su curso estaba concluido: pero llegado al fin de su enseñanza, terminada la exposicion de su doctrina, no se retira el Preceptor, no desaparece, no vuelve al silencio; no, sino extiende sus brazos y se fija con su doctrina; hé aquí la exposicion del Preceptor

El Calvario se levantó como una cátedra de verdad, y todos los pueblos y todos los siglos fueron convocados como oyentes.

De suerte que, en la enseñanza ya tan original, tan excepcional, de Jesucristo, áun hay que distinguir esta sublime particularidad, que no hubo solamente de su parte *exposicion de la doctrina*, sino tambien *exposicion del Preceptor*. Todos los otros maestros, he dicho, se retiran, desaparecen despues de la exposicion de su doctrina: Jesucristo se fijó con la suya. Es la sola vez que esto se ha visto. ¡Ah! ahora comprendo en fin en la Biblia una expresion del profeta Isaias que me habia parecido siempre misteriosísima, es esta: el Señor hará que aquel que te enseña esté siempre á tu vista: y TUS OJOS VERÁN Á TU PRECEPTOR *et erunt oculi tui videntes praeceptorem tuum* (1). Yo no comprendia el sentido de esta prediccion. “Tus ojos verán á tu Preceptor.” ¡Oh profeta! me decia yo, ¿no te han engañado? ¿no has engañado? ¿no quisiste decir:

(1) Isai XXX, 20.

*Tus orejas oirán á tu Preceptor?* Porque cuando se trata de enseñanza es el oido y no la vista la facultad puesta en ejercicio . . . . Pues bien, no se engañó el profeta, no. Esa cosa insólita, extraña, sublime, la exposicion del Preceptor mismo con su doctrina, vedla realizada, vedla es Jesucristo. *Tus ojos verán á tu Preceptor*. No solamente están nuestros oidos llenos del sonido de su enseñanza, sino que nuestros ojos, nuestros propios ojos están tocados del espectáculo de su persona expuesta. El Preceptor exhibido con su doctrina, ¡es la primera y única vez que esto se ha visto!

Pero, ¿porqué la exposicion del Preceptor? ¿no basta la exposicion tan clara, tan neta de su doctrina? No, no bastaba, primero á causa de nuestra ligereza, de nuestra poca memoria: somos tan ligeros y tan olvidadizos! Despues, y sobre todo, no bastaba al amor y á la ansiedad del Corazon de Jesus: pensó que exponiéndose él mismo con su doctrina sobre la salvacion la haria más atractiva, más urgente, inolvidable. Y así fué.

En efecto, os pregunto, ¿cómo podrá olvidar jamás el hombre que debe hacer su salvación, cuando sus ojos ven á cada instante á su Preceptor expuesto? imposible. Notad que no solamente no nos enseñó Jesucristo más de la salvación, que no solamente nos instó, nos conjuró á hacerla, sino que esta necesidad de salvarnos la escribió sobre sí mismo con caracteres brillantes, con letras rojas. El Crucifijo es una escritura resplandeciente, en letras encarnadas, que significa, que grita: "Obrad vuestra salvación (1)." Basta tener ojos para estar instruido del grande negocio que se tiene que tratar en la tierra (2). ¡Oh! verdade-

1. "Jesucristo nos ha gritado con una voz de trueno por todas sus acciones, por todas sus palabras, por su muerte, su resurrección, su ascensión, él nos ha gritado, él nos grita: volved á mí." *Tonat clamans dictis, factis, morte, vita, descensu, ascensu; clamans ut redeamus ad eum.* (S. August., lib. IV, Confess., C. II).

2. El Crucifijo es un resumen breve y completo. Su vista sola todo lo explica y dispensa de todo razonamiento (Duguet).

ramente solo un Dios y su misericordia pudo inventar un medio tal de recordar la vida eterna á nuestra frágil memoria, Solo un Dios y su misericordia encontrar el medio de perpetuarse á nuestros ojos. Así, no lo olvidarán los hombres. Se podrá olvidar todas las otras ciencias; lo que se aprendió en la juventud cuando se contaba con una memoria fresca y feliz; lo que se aprendió penosamente en edad madura; la historia, las matemáticas, olvidar hasta la religión y la moral..... Siempre habrá una cosa que no se podrá olvidar, la ciencia de la salvación, porque allí está expuesta, clavada con el Preceptor: "Tus ojos verán á tu Preceptor, erunt oculi tui videntes praeceptorem tuum."

¡Oh! Jesucristo, buen preceptor, gracias gracias por haber sido tan claro y tan bueno; gracias de haberos puesto á nuestro alcance de todos modos. ¡Oh! Jesucristo, bien sois la evidencia: habeis sido claro como la evidencia exponiendo vuestro asunto, y sois la evidencia en el Gólgota.

IV.

Y ahora, señores, ¿qué conclusion vamos á sacar de lo expuesto? es la de que debemos trabajar sin tardanza y sin debilidad en el grande negocio de la salvacion. Sí, verdaderamente esta es la conclusion natural. No habiendo enseñado el Preceptor divino sino la salvacion, es natural y lógico que no saquemos de su leccion sino lo contenido en ella. Obrad, pues, vuestra salvacion, señores, id á la vida eterna.

Pero hay otra conclusion que es preciso sacar á causa de las circunstancias presentes, y me atrevo á decir que es tan importante como la primera. ¿Cuál es? Una palabra de explicacion ántes de enunciarla.

Estando en el siglo XIX de los beneficios del Cristianismo, acontece que, por una ingratitud que hace estremecer, se agita, no ya solamente en asambleas secretas, sino abiertamente y áun en asambleas nacionales, se agita la cuestion de despedir al

Preceptor del género humano. Todas las ciencias, excepto la del cielo, tal es la consigna; y de esta manera se está en visperas de dar á Jesucristo las gracias y despedirle. ¡Gran Dios!

Pues ved ahora esa segunda conclusion tan importante como la de salvarse. En vuestro nombre, señores, católicos invrédicos y decididos, yo pronuncio, ó más bien mi corazon, todo mi corazon profiere esta vibrante afirmacion. JESUCRISTO ES INAMOVIBLE en la enseñanza del género humano..... Un preceptor tal no se despide, no se reemplaza.

Apelo á vosotros, señores de San Vicente de Paul, hermanos de las escuelas cristianas, miembros de los círculos católicos, de operarios, vosotros que habeis sido criados y organizados para el pueblo, ¿no es verdad que si por una parte el pueblo aspira á saber, á instruirse en la historia, la física, el cálculo en todo lo que se nombra progreso moderno, si aspira á conocer los secretos del vapor y de la química; por

otra parte? quiere conocer tambien el camino del cielo, quiere salvarse?

Que no se lisonjeen pues los enemigos de Jesucristo, que son al mismo tiempo los envenenadores del pueblo, de que los trahadores, de que las chozas, de que las pobres madres cargadas de hijos, hagan jamas voluntariamente el sacrificio del muy amado Preceptor. ¡Oh! no. Supongo que engañando al pueblo, como se procura con encarnizamiento, que engañándole con mentira, y el cebo de intereses groseros, supongo, digo, que se lograra un dia encerrar al pueblo en una enseñanza puramente terrestre, en una doctrina toda materialista, sin horizonte ni abertura al cielo: pues bien, esto no podrá durar.

Como Sanson encerrado y prisionero en la ciudad de Gaza quitaba durante la noche las puertas de la ciudad y las llevaba en su espalda á la cumbre de la montaña vecina, el pueblo con su robusta espalda no tardaría en hacer saltar las puertas, las trabas de la estúpida enseñanza en que se pensaba

encerrarle; y reparador sublime, llevando todos los reglamentos impíos á la montaña de Aquel que tiene los brazos extendidos, caería ante él de rodillas, prorumpiendo en esta exclamacion de los pobres leprosos del Evangelio, que fué siempre tambien la exclamacion del pueblo: Jesus nuestro preceptor, tened piedad de nosotros, *praeceptor noster, miserere nostri.*

Y bien, señores, que teneis la inteligencia y llevais la direccion, os conjuro á hacerlo, alentad al pueblo á sostener así á Jesucristo. Sostened á Jesucristo, señores, es un hijo de Israel quien os lo pide con manos suplicantes; ¡ah! impedid que las naciones despidan al Preceptor que les fué dado. ¡Que por vuestros consejos, que por vuestra influencia no se pierda la leccion del cielo! Que por vuestra influencia vuestros hijos y los hijos del pueblo puedan siempre conocer el camino que conduce arriba. ¡Os lo pido en nombre de dos patrias, en nombre de Francia y en nombre del cielo! ¡Salvad vuestras almas y salvad al pueblo!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

---

### Discurso tercero.

---

LA PIEDRA FUNDAMENTAL Y ANGULAR  
RECHAZADA POR LOS JUDÍOS,  
LO ES SEGUNDA VEZ POR LAS NACIONES.

Señores:

Se ignora generalmente que el Heródes rey de Judea á la venida del Salvador del mundo, guiado por un espíritu de fasto y de ostentacion, destruyó desde sus cimientos el antiguo templo de Jerusalem, únicamente por tener el mérito á los ojos de sus contemporáneos y de la posteridad, de haber levantado otro más soberbio y magnífico, y lo consiguió, no obstante sus crímenes, recibiendo á causa de la magnificencia de sus construcciones, el dictado de "Heródes el Grande." (1)

1. El templo de Jerusalem fué construido

Levantábase, pues, un templo nuevo y soberbio en lugar del antiguo, en tiempo de Jesucristo. Los materiales del antiguo fueron dispersados, y aún se veía, relegada en un patio, una inmensa piedra tallada, que había sido la fundamental del antiguo templo. Todo quiso Heródes arrancarlo, renovarlo, rejuvenecerlo, hasta la piedra que servía de base. (1)

tres veces; la primera por Salomón, la segunda por Zorobabel, porque el antiguo templo de Salomón fué incendiado por Nabucodonosor. El monumento de Zorobabel, aunque notabilísimo, era muy inferior al de Salomón.

La tercera vez por Heródes el Grande. Con objeto de reconquistar una popularidad que sus crímenes le habían hecho perder, y de fijar á su nombre una gloria inmortal, Heródes el Grande, muy amante de edificar, y que lo entendía, emprendió la obra gigantesca de la reconstrucción del templo de Zorobabel. Quería igualar y aún superar la obra de Salomón. Los trabajos comenzaron el año 18 antes de Jesucristo. Fueron ejecutados por diez mil operarios.

1. "Fueron quitados los antiguos cimientos, y puestos otros sobre los cuales se levantó el templo." Hist. Josefo. Bell. Jud., I, CXXI, 1.  
— "Todo fué destruido para renacer rejuve-

Evidentemente, al ver un día esta antigua y venerable reliquia desechada, fué cuando el Salvador pronunció las siguientes memorables palabras, referidas por tres evangelistas: *La piedra que fué desechada por los constructores, ha venido á ser la piedra angular. Es el Señor quien lo dispuso, y la maravilla está á nuestra vista.* (1)

¿Qué quería decir el Cristo por estas palabras! En primer lugar partiendo de la imagen que le daba la piedra, la piedra fundamental del antiguo templo, aludía á su propia persona; porque, como Mesías prometido á toda la raza humana, ¿no es la piedra fundamental en los designios de Dios

hecho y agrandado; el santuario interior fué arrancado de cimientos, lo que, sea dicho de paso, no fué muy difícil, porque estaba levantado sobre roca." De Vogüé. *El templo de Jerusalem*, p. 22

1. Esta imagen la presentó sin duda á Nuestro Señor Jesucristo la piedra fundamental del antiguo templo que había sido arrojada á un patio. *La vida de N. S. Jesucristo*, por el Dr. Sepp, t. II, p. 38.

En segundo lugar, diciendo que la piedra despreciada y hecha á un lado vendria á ser en otra parte piedra fundamental y angular, queria anunciar, que así como Heródes y sus arquitectos habian desechado la piedra del antiguo templo, el Cristo seria igualmente desechado; pero sucederia que por esto mismo vendria á ser la piedra fundamental y angular de un edificio inesperado é incomparable.

Y bien, esto se ha verificado, y por dos veces: la primera, hace diez y nueve siglos, cuando los judíos rechazaron á Jesucristo. La segunda, en nuestro siglo, en que los gobiernos de las naciones modernas le han rechazado á su turno.

En los dos casos, en los dos rechaces sucesivos ha brillado la maravilla anunciada; Jesucristo rechazado ha venido á ser la piedra fundamental y angular de un edificio inesperado. Hé aquí, señores, el doble espectáculo que quiero desenvolver á vuestras miradas.

Son, pues, dos los puntos de vista parale-

los á desenvolver. Primero, Jesucristo, rechazado por la nacion judía, vino á ser una primera vez piedra fundamental y angular. Segundo, Jesucristo, rechazado una segunda vez por las naciones modernas, viene á ser, por lo mismo, piedra fundamental y angular.

I.

*Jesucristo primera  
vez rechazado, y primera vez convertido  
en piedra fundamental y angular.*

A la época en que el humilde hijo de María se presenta en Judea, los judíos esperaban y aguardaban un nuevo estado de cosas: una trasformacion política que, segun sus cálculos, debia ir acompañada de una grande prosperidad temporal; lisonjéábanse de que primero seria libertada Jerusalem del yugo de los romanos, y convertida despues en la ciudad más opulenta y magnífica del Universo. Así es que cuando el humilde Jesus se presenta para ser el

centro del nuevo estado de cosas aguardado, produjo, sobre todo en los fariseos, príncipes orgullosos de la nación, un desaliento general, un sentimiento de repulsión que llegó hasta la rabia. "¿El nuestro rey?..... gritaron á Pilato, quítale, *tolle, tolle eum.*" (1)

El profeta Isaías predijo este desaliento y este grito de repulsión: "Nosotros le miramos y nos pareció como un leproso, el último de los hombres, *putavimus eum quasi leprosum..... novissimum virorum* (2)." ¡Cómo! un leproso, un hombre de nada ser el punto de partida del nuevo estado de cosas, vaya. Y este leproso fué rechazado, despedido á puntapiés. Así como la piedra fundamental del antiguo Templo fué arrancada de su lugar por Heródes y relegada á un rincón del patio, Jesucristo, el Mesías arraigado en la nación, fué literalmente arrancado, arrojado fuera de

1. Joan, XIX, 15.

2. Isaías, LIII, 3, 4.

Jerusalem, porque el Calvario estaba entonces fuera de la ciudad, y se creyó entre nosotros que no se volvería á hablar de él.

Pues ved la maravilla. Con grande asombro de los Judíos, ese Jesus, rechazado del estado de cosas que aguardaban, vino á ser lo que las Escrituras llaman la piedra fundamental y angular de un nuevo estado de cosas más majestuoso.

En efecto, ha venido á ser, primero, la piedra fundamental en religion.

Pueden mis antiguos correligionarios conservar el desprecio y hasta el odio contra Jesucristo; sin embargo, tienen que hacer una confesion, y es, que Jesucristo es la base de la religion en el mundo. Con amor y admiracion lo reconozco. Sí, despues de lo que pasó en Jerusalem, toda la religion descansa en el pobre Crucificado. Cada alma se apoya en él, y todas las almas se apoyan en él. No hay en religion otro fundamento que Aquel que rechazamos como un leproso. Diez y ocho siglos hace, cada alma en particular le dice: "Mi Jesus," y

todas juntas dicen: "Nuestro Señor Jesu-  
cristo." En una palabra, Aquel que nos  
pareció impropio, un hombre de nada, vi-  
no á ser la base de ese espléndido edificio  
espiritual, que se nombra la Iglesia católi-  
ca ó universal. Hé aquí la maravilla.

Y lo que hay en ella de más maravillo-  
so es, que por nuestros procedimientos pa-  
ra con El en Judea, le preparamos á unir-  
se á todas las almas. ¿Cuáles fueron nues-  
tros procedimientos? No solamente le re-  
chazamos, sino tambien le maltratamos, le  
herimos de tal manera, que la Escritura,  
que le habia llamado piedra fundamental,  
le dió igualmente el sobrenombre de pie-  
dra probada, lapidem probatum (1). El  
dolor fué el cincel que la labró. ¡Oh! lo  
que sufrió para venir á ser la piedra pro-  
bada. . . . Y bien, ¿qué resultó de aquí? es-  
ta maravilla, adaptarse como por sí mismo  
á todas las almas que sufren, y éstas incli-  
narse á él. Entre Cristo, piedra fundamen-

1. Isaias, XXVIII, 16.

tal, y las piedras vivas que son las almas,  
hubo desde luego, por medio del dolor, afi-  
nidad y atraccion. Basta sufrir, estar en  
desgracia, en trabajos, para sentirse solici-  
tado interiormente de entregarse á Jesus.  
¡Oh! ¿no es verdad esto? . . . El que sufre,  
parece ya un cristiano comenzado; y si su-  
fre con amor, si inclina dulcemente su ca-  
beza sobre Aquel que fué la piedra proba-  
da, es un cristiano perfecto. Lo pregunto  
al más incrédulo, ¿no es todo esto maravi-  
lloso, admirable, consolador, obra de la  
Divinidad? Pobre crucificado, pobre lepro-  
so, fuisteis en otro tiempo el desecho de la  
Sinagoga, y sois ahora la base preciosa de  
la religion universal. Se os arrojó de Je-  
rusalem, y sobre el rechazado de Jerusa-  
lem se apoya y se dilata esa sublime ar-  
quitectura de Dios, que se llama en la tier-  
ra Jerusalem de las almas, y allá arriba  
Jerusalem de los cielos (1).

1. La más bella y exacta imagen que se  
puede hacer de la sociedad religiosa, es la de  
una arquitectura de un templo que se eleva,

Ade más de haber venido á ser el rechazado de la Sinagoga, la piedra fundamental es religion, añádo, con los profetas que le anunciaron, que también vino á ser la *piedra angular, quem reprobaverunt, hic factus est in caput anguli.*

¿Qué es la piedra angular en un edificio

teniendo por base á Jesucristo y por piedras vivientes las almas. Si ese templo viviente que se construye es la expresion más exacta y más consoladora de lo que las almas tienen que hacer en la tierra, de sus relaciones y del objeto á que van. Ellas entran en relaciones de arquitectura, se emplean en formar piedra por piedra, alma por alma, la casa de Dios. Piedras vivas trabajadas aquí por la prueba ó por los golpes repetidos de la penitencia. ¡Cuán exacto y bello es considerar esas almas como piedras talladas por el sufrimiento! De todas esas almas así talladas y pulidas, apoyándose todas sobre la base que es el Cristo, debe formarse un día la sublime arquitectura de Dios, la Jerusalem majestuosa de la eternidad. Es lo que canta la Iglesia en esta muy conocida estrofa: "¡Oh Jerusalem, ciudad celeste, oh bienaventurada residencia de la vision y de la paz eterna que os elevais hasta los astros, sobre piedras vivientes!"

¿cuál es su juego? y cómo Jesucristo rechazado por los Judíos, ha hecho el servicio de piedra angular? Permitidme una observacion de arquitectura. Ved lo que es en un edificio la piedra angular. El ángulo de una casa, á cada paso lo veis, se forma por la union de dos paredes, encontrándose una con otra. La piedra angular es la piedra sólida cortada que, enterrada en el suelo, soporta las dos paredes y les permite reunirse: gracias á ella los dos muros de derecha á izquierda se encuentran, se unen y persisten en su union. Tal es el oficio de la piedra angular, un oficio de reunion.

Veamos ahora, cómo Jesucristo ha venido á ser la piedra angular. ¡Ah! dejadme primero exhalar un suspiro, una queja israelita. Todos cuantos habeis leído la historia santa no ignorais, que despues de la muerte de David y de Salomon, sus Estados casi inmediatamente se dividieron en dos partes. El profeta Ahías, partiendo su capa en dos porciones, dijo: así será partido el reino de Salomon. Roboam permaneció

rey de la tribu real de Judá; pero Jeroboam, á la cabeza de diez tribus cismáticas, se hizo rey de Israel. Desde entónces esos dos reinos de Judá y de Israel, sin cesar odiándose y en hostilidad, jamas se acercaron uno á otro. Y bien, es de presumir que si Jesucristo hubiera sido aceptado como Mesías, habria venido á ser la piedra angular que hubiera unido una á otra esas dos partes considerables del pueblo judío, esas dos paredes, y de su union habria resultado la recomposicion de la casa y reino de David. Sí, es mi conviccion profunda, autorizada ademas por los suspiros de nuestros antiguos profetas, que si el Cristo no hubiera sido rechazado por nosotros, él, tan amante de su patria, habria empleádose gustoso en religar las partes separadas del pueblo judío: comenzara por ser piedra angular entre nosotros ántes de serlo en cualquier otra parte: nuestras tribus separadas se habrian acercado en él: la distincion que áun dura despues de treinta siglos entre Judío y Samaritano, es decir, entre el reino de

Judá y el reino de Israel, habria cesado; y la nacion judía vuelto á encontrar toda su fuerza en esa reunion procurada por la piedra angular: el sitio de Jerusalem habria sido imposible (1)..... ¡Ah! estas ventajas se nos escaparon desde el momento que no quisimos á Jesucristo, que rechazado por nosotros, fué libre para ejercer en otra parte su oficio de piedra angular.

Ved cómo lo ha ejercido en otra parte. Esto es más extenso y maravilloso. Concebid por el pensamiento, señores, las distancias más opuestas, los contrastes más visibles, las castas más antipáticas, los extremos más lejanos..... Esas distancias, esos contrastes, esas castas, esos extremos, Jesucristo los ha acercado y llevado hácia sí

(1) Fueron ménos las legiones de Tito que las divisiones interiores las que hicieron tomar á Jerusalem.—Léase el libro tan palpitante de interes y de actualidad: *Roma y la Judea*, por el conde de Champagny, de la Academia francesa. Un día oí estas palabras de Monseñor Dupanloup, obispo de Orleans: "De cuantos libros he leído, es acaso este el que me ha hecho mayor impresion."

para componer con ellos las murallas de la Jerusalem de las almas. Vais á comprender esta hábil y misericordiosa arquitectura.

Decidme, ¡qué habia de más extraño, de más opuesto, de más distante que los Bárbaros que habitaron los bosques del Norte, y esos Griegos, y esos Romanos que representaban los pueblos civilizados? cierto que no habia entre ellos nada de comun. Pues bien, Jesucristo atrajo dulcemente los unos á los otros, y les hizo encontrarse y unirse en su Iglesia, exactamente como el ángulo junta y liga dos paredes en una casa.

Otro ejemplo. ¡Qué de más desigual, de más opuesto que la raza negra y la raza blanca, los hijos de la maldicion y los hijos de la bendicion? Sin embargo, en el Corazon de Jesus, como en un ángulo de amor, ¡la raza blanca y la pobre raza negra se han encontrado, se han amado, y ya no hay para todos sino bendicion!

Todavía otro ejemplo. ¡Qué de más opuesto, de más extremo que los ricos y

los pobres, los que lo tienen todo y los que nada tienen? ¡Pues no veis cómo en Jesucristo los unos se han inclinado hácia los otros y unido sus manos de tal manera que en la Iglesia, casa de Dios, pobres y ricos tienen el mismo rango, los mismos derechos, los mismos honores, exactamente como dos paredes ligadas por un ángulo tienen la misma elevacion y el mismo destino?

En una palabra, notadlo, ¡todo lo que era extranjero en el mundo, todo lo que estaba aislado, sin relacion, áun lo opuesto—siempre que la oposicion no fuera esencial, como el bien y el mal, las tinieblas y la luz—en resúmen, todo lo que se llamaba los extremos, todo esto ha entrado en relacion, en conjuncion, en construccion por medio de Jesucristo atrayente piedra angular!

¡Ah! he comprendido—y saltado de gozo al comprenderlo—por qué la Iglesia católica tiene proporciones tan vastas y majestuosas: he visto la piedra angular que prolongaba su oficio de reunion más allá de

los confines de este mundo, ligando lo que el caos parecía separar. A ella, en efecto, á la piedra angular debeis, vosotros los vivos, estar en relacion, en union con vuestros muertos: Jesucristo descendido á los infiernos, se hizo la piedra angular entre los vivos y los muertos, entre esas dos paredes de una misma Iglesia, la Iglesia militante y la paciente. Sois igualmente deudores á la piedra angular de poder estar en relacion con los espíritus celestes, con los ángeles, que son criaturas de otro orden que vosotros, porque Jesucristo ascendiendo al cielo vino á ser la piedra angular entre las naturalezas humana y angélica, entre la Iglesia militante y la Iglesia triunfante. Ved cómo Jesucristo, Dios omnipotente, lo ha aproximado y ligado todo. De levante á Occidente, del septentrion al mediodía y de los infiernos hasta el cielo ha llamado á sí los extremos, y formado con ellos las murallas de la Jerusalem de las almas!..... ¡Ah! vosotros católicos, pacíficos habitantes desde vuestra infancia

del interior de esta Jerusalem, tal vez no habeis reflexionado en la maravilla de su construccion. ¡Pero nosotros, pobres judíos que estábamos fuera y que hemos rodeado el exterior de sus murallas ántes de entrar en ellas por la puerta del bautismo, hemos admirado y admiramos su construccion y el arrojó de sus obras reunidas por la Piedra angular!..... Y despues un contraste de otro género aumentaba nuestro asombro. Escuchad ese contraste.

El Templo de nuestra Jerusalem no existe ya. Todos los viérnes en la noche, durante diez y nueve siglos, cuando el viajero cristiano se dirige, al caer de la tarde, hácia el sitio en que estuvo el Templo, ve grupos de pobres judíos llorando. De un lado las mujeres sentadas en círculo en actitud de dolor, recuerdan esas medallas acuñadas por Tito, que representan una mujer envuelta en un manto, sentada al pié de una palma, inclinada la cabeza y apoyada en la mano, con esta inscripcion: *la Judea cautiva*. Mas léjos los hombres

reunidos sobre los restos del Templo, besan restos de paredes, apoyan allí su cabeza, meten sus manos, con una especie de frenesí en las hendiduras de la piedra, á manera de esos muchachos insoportables que una madre irritada habria puesto de parte de afuera y que empujarían la puerta para volver á entrar. Se les oye recitar las lamentaciones de Jeremías y todos gimen repitiendo este grito de dolor: "*¿Cuánto tiempo todavía, Dios mio!*" El cristiano que por allí pasa podría responder fácilmente á esta pregunta (1).

¿Qué espectáculo el de esta escena de los

1. En los seis meses primeros de la era cristiana, venían los Judíos á llorar al sitio mismo en que habia sido enterrada la piedra fundamental de su Templo: se llama este lugar *la piedra sagrada*; la untaban de aceite y la regaban con sus lágrimas. Hoy este sitio de *la piedra sagrada* está enclavado y oculto en la mezquita de Omar, levantada sobre las ruinas del Templo de Salomon. Ahora lloran los Judíos en un antemuro del Templo ó muro de circunvalacion que ha quedado en pie.

Judíos llorando en las ruinas del Templo, y sobre todo, qué contraste con la suerte de Jesucristo triunfante! ¡Ah! ¡cómo no habia de conmovernos este contraste! Hé ahí un pueblo que soñaba un soberbio estado de cosas, del que desechó á Jesucristo, dándole el sobrenombre de leproso. Repentinamente ese pueblo es barrido con las piedras de su Templo: diez y nueve siglos hace que viene á regarlas con sus lágrimas todos los viérnes en la noche: y durante todo ese tiempo el rechazado, el leproso, Jesucristo, aparece con su oficio majestuoso de piedra fundamental y angular; aquí trozos de piedras calcinadas y lágrimas; allá la Piedra viviente, sosteniendo la Iglesia católica con todas sus almas, con todas sus razas, con todos los extremos llamados y aproximados. ¡Oh Dios mio, qué contraste! ¡oh Dios mio, qué elocuencia! ¡oh Dios mio, cuánta maravilla que anunciasteis! Por esto, cuando las cataratas caen de los ojos de un judío, exclama trasportado: *Vos sois mi Señor y mi Dios.*

Señores, he acabado de contar cómo Jesucristo, una primera vez rechazado, vino á ser una primera vez la piedra fundamental y angular. Habeis compadecido y condenado á los judíos; pues bien, ahora vais á hacer caer sobre otros esa compasion y esa condenacion.

II

*Jesucristo rechazado segunda vez,  
y viniendo á ser segunda vez la piedra  
fundamental y angular.*

Volvamos un instante á nuestro punto de partida: la reconstruccion del templo emprendida por Heródes. Dije al comenzar, que algunos años ántes del nacimiento del Salvador, Heródes el Grande, poseedor pacífico de Jerusalem, derribó el antiguo templo, únicamente para proporcionarse la vanidosa satisfaccion de reconstruirlo con mayor magnificencia, y que se dijese de él en la historia que habia igualado en esplendor y aún superado al primer templo

levantado por Salomon. Tal fué nuestro punto de partida.

Permitidme ahora, señores, una confrontacion. La conducta de los gobiernos modernos desde 1789, ¿no es en todos puntos conforme á la de Heródes el Grande? En 1789 dijeron los gobiernos: Rechazamos la sociedad, y atacando el antiguo orden social, lo trastornaron desde sus cimientos, para procurarse la orgullosa satisfaccion de reconstruirlo de nuevo. En efecto, una sociedad nueva ha aparecido.

El templo de Jerusalem, construido por Heródes en el lugar del antiguo, era, hay que reconocerlo, de una majestad y un lujo sin iguales. El historiador Josefo nos conservó la descripcion detallada de ese suntuoso edificio.

“El exterior del templo, dice, atraia tanto las miradas como el espíritu. Cubríanlo por todas partes macisas placas de oro, de manera que parecia arder al herirle el sol saliente y rechazaba todas las miradas, como si estuviese impregnado de los rayos

del astro del día. De léjos semejaba una montaña de nieve, porque en donde quiera que desaparecia el oro, brillaba un mármol de deslumbrante blancura." La construcción de Heródes el Grande era, en una palabra, una obra magnífica, suntuosa.

Otro tanto se puede decir, señores, de la obra emprendida por vuestros gobiernos modernos. La sociedad nueva, esa sociedad que se hace partir de 1789, presenta, preciso es reconocerlo, aspectos verdaderamente suntuosos y arrebatadores. Por ejemplo, todo en ella es vasto, de un acceso fácil y permitido á todos, ¡el derecho comun! Siguen grandes líneas como nunca existieron: grandes líneas abiertas, por el vapor, por la electricidad, grandes líneas abiertas por la ciencia, abiertas por la caridad, grandes líneas abiertas por el libre cambio. No hablo del oro, de las comodidades y de esos mil detalles de lujo que circulan por todas partes. En resumen, la sociedad moderna es muy á propósito para seducir, y seduciría si, considerándola con atención de arriba

abajo, no se percibiera la misma ausencia, el mismo vacío que los ojos de Jesucristo descubrieron en el edificio reconstruido por Heródes, la falta de la piedra fundamental y angular. Heródes, segun vimos, la arrancó y reemplazó; y esa falta que consistió en quitar de su lugar la antigua piedra y desecharla; esa falta cometida materialmente por Heródes, pero moralmente por toda la nacion judía, cuando del soberbio estado de cosas que soñaba arrancó y rechazó á Jesucristo; esa falta, ese sacrilegio que consiste en prescindir de Aquel que Dios puso como base eterna del mundo, son los cometidos á su vez por vuestros legisladores modernos en la reconstrucción de la sociedad en 1789; en efecto, ya no está Jesucristo en la base, la antigua piedra fundamental fué arrancada y puesta en el desecho, y lo que ahora veis en la base son los *Derechos del Hombre*. Así comienza la constitución social de 1789: *Declaracion de los derechos del Hombre*; de la cual se ha dicho muy bien, que la *declaracion de lo*

*derechos del Hombre fue la supresion de los derechos de Dios.*

Señores, no me toca llevar más adelante mi apreciación sobre la constitucion de vuestra sociedad moderna: lo que entra bien en el plan de mi discurso es indagar qué ha sido de Aquel que los arquitectos de 1789 desecharon? ¿Qué ha sido?

Respondo sonriendo con la antigua expresion de la Escritura: maravilla. Vedla: el Rechazado de 89 ha venido á ser la piedra fundamental y angular, no ya de la religion, esto es inconcuso, sino de la sociedad.

En primer lugar, ¿cómo ha venido á ser la piedra fundamental?

En medio de la tempestad universal que envuelve hoy al mundo, á esta hora en que nada hay seguro, en que las instituciones más firmes se mueven y vacilan como en un temblor de tierra, decidme, os ruego, señores, ¿en dónde veis la piedra fundamental y sólida del orden social? Mostradme la base que no cojea, la base imperturbable.

¿Son las leyes? ¡Ah! las leyes, sí, sin duda fueron ellas largo tiempo como esas piedras cuadradas, que una vez puestas no se las vuelve á mover, porque son cuadradas. Así fueron las leyes, las venerables, las imponentes leyes. Así fueron mientras se apoyaron en la piedra fundamental, en Jesucristo, pero hoy que ellas, vuestras leyes francesas están separadas de él, ¡ah! desaparecen en el torbellino de la revolucion, á manera de piedras, que de intento se hiciera rodar al abismo. Atrevedos á decirme que no es verdad.

“El Decálogo es la piedra fundamental del orden social,” me gritará triunfalmente un hijo de Israel, entusiasta de revivir y de ser *alguno* en el orden de cosas actual, es el Decálogo; y muchos cristianos, retrógrados hasta el judaismo, repetirán con él: es el Decálogo, y él basta.

Yo respondo: no es el Decálogo la base imperturbable. El Decálogo, esa piedra del Sinaí, esas tablas de piedra que sostuvieron dos mil años la sociedad judía y que aún

retienen los restos, las beso con respeto, pero las declaro insuficientes para proteger hoy el orden social. *Tú no robarás*: se roba hoy como nunca se robó. Mirad vuestras calles cuando viene la noche, presentan en pleno siglo XIX los peligros de las selvas y de los bosques. *No matarás* ¡ois en Europa los pasos de siete millones de hombres que se alinean y solo aguardan una señal para comenzar una carnicería, que nada más pensarla hace estremecer? *No cometerás adulterio*: no oso decir otra cosa, sino que se comete hoy el adulterio como acaso no se cometió jamas. El Decálogo, ¡ah! recuerdo que al ver la danza de los hijos de Israel en rededor del becerro de oro, el legislador que bajaba de la montaña, quebró las tablas en que estaba escrito. Y ante el vértigo que atrastra hoy como en una danza fúnebre á gobiernos y pueblos, Moisés, si reapareciera con sus tablas de piedra, volvería á quebrarlas como insuficientes para salvar á vuestra sociedad. . . .

No son, pues, ni las leyes, ni aún el Decálogo quienes forman en esta hora la base sólida del orden social. Pero entónces, ¿cómo voy á mostraros á mi vez que es el Rechazado de 1789? Escuchad:

Un dia que Jesucristo, fundador eterno, caminaba á lo largo de un lago de Galilea encontró un grano de arena, y escogiéndolo, le hizo este juramento célebre: "tú eres piedra, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. ¿Cómo, exclaman los comentadores, habria en la Iglesia de Dios dos piedras fundamentales, Jesucristo y Pedro? No lo penseis, señores. No hay más que una piedra fundamental, Jesucristo. Pero habiendo sido prodestinado Simon Pedro para ocupar el lugar de Jesucristo en la tierra, el Hijo de Dios, que era la omnipotencia, comunicó al grano de arena sus propias cualidades de piedra fundamental: la creó base con él mismo. Segun la admirable teología de San Leon, Pedro vino á ser por comunicacion lo que Jesucris-

to es por esencia, y los dos son la misma base (1). Examínese la figura de Pedro y de todos los papas: ¡calmada, cuadrada, tranquila, todas las propiedades de la piedra fundamental!

1. El mismo Santo hace también esta notable observación: Jesucristo se presentó en la tierra con tres títulos particulares: él es la verdadera luz del mundo, la verdadera sal misteriosa que preserva á los hombres de la corrupción: es al mismo tiempo la piedra viva y angular sobre que se eleva el edificio de la casa de Dios. Pues ahora, el Salvador dió á todos los apóstoles sin excepción los dos primeros nombres y les comunicó las prerogativas anexas, cuando les dijo: "Vosotros sois la sal de la tierra y la luz del mundo." Mas cuanto al último nombre, el más célebre en las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento, el más magnífico y el más glorioso, el nombre de piedra viva, solo á su jefe lo dió. A solo él confirió ese título tan grande que le pertenece y le conviene en propiedad. El le transmitió la dignidad de ser después de él la piedra fundamental, la cabeza de su Iglesia. Entre ellos dos solamente estableció una comunidad perfecta de títulos y de dignidad, por estas palabras: "Tú eres piedra, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia."

Pues ved ahora la maravilla que anunció y que resplandece á nuestra vista: mientras que las leyes no tienen ya vigor ni duración, que el Decálogo no es observado y que todo lo que servía de asientos á la sociedad desaparece pieza por pieza, arrebatado por la tempestad; Jesucristo y Pedro, la roca y el grano de arena, aparecen juntos como la base imperturbable del orden social. ¿Queréis saber lo que ha sido de Aquel que desechasteis, gobiernos de 89? Considerad lo que pasaba en San Pedro de Roma en el momento de ir á desencadenarse la grande tempestad del mundo. "Tú eres infalible," se dijo á Aquel que tenía el lugar del Desechado, tú eres infalible, es decir, tú no puedes caer. Todo es mentira, excepto tú; todo puede desarraigarse y reemplazarse excepto tú, tú eres infalible. Aquel día, legisladores de 89, á vuestros derechos del hombre opusieron los obispos los privilegios de Pedro.... Y después vino la tempestad, y se renovó entonces la grande escena del lago de Gene-

sareth. Jesucristo, cuenta el Evangelio, caminaba sobre las aguas y decia á Pedro que viniera á reunírsele..... á Pio IX, á Leon XIII, al papa que se tuviera en pié á su lado: y ahora, los dos, Jesucristo y el papa están en pié, serenos sobre las olas. Todo lo absorbe la tempestad, príncipes y reinos al rededor del papa; pero porque él es la base, se hace sólida bajo sus piés, sosteniéndole y mostrándole á todas las miradas. Para los otros, la tempestad es un *remolino*, para él es un *pedestal*! Allí, señores, junto del Desechado de 89 y del prisionero del Vaticano, se encuentra la base del Decálogo, la base de la justicia y de sus leyes, la base de la paz, la base del porvenir. ¡Ah! bien lo sienten las almas, áun las más indiferentes, áun las más apegadas á la materia, áun las más hostiles. Se siente, lo sentimos todos, que en ese grano de arena sentado por el Hijo de Dios está como el eje de la tierra, y al mismo tiempo que él es el sol: el eje de la tierra y el sol, esas dos solas cosas fijas del mundo y que se

corresponden. Y así como el eje de la tierra es imperturbable, y así como el sol está tranquilo en su luz en lo profundo del cielo, el papa es imperturbable, está tranquilo sobre sus destinos y los del mundo que él conduce y alumbra: hé aquí la maravilla.

Luego he mostrado cómo el Desechado de 89 traspirando á través de Pedro, era en este momento la piedra fundamental. Notareis que no he dicho una palabra de su oficio de piedra angular. ¡Por qué? porque no puedo.

El oficio de la piedra angular en un edificio consiste, segun hemos visto, en unir dos paredes, la derecha y la izquierda. Hemos visto tambien que Jesucristo ha venido á ser piedra angular en religion, porque ha unido y ligado en su Iglesia las almas con las almas, los pueblos con los pueblos. ¡Porque lo que ha obrado en religion, no lo haria ahora en la sociedad? Respondo: áun no ha venido la hora de esta maravilla; y es la razon por qué no puedo hablar de ella.

Hasta aquí, señores, es preciso ser franco, la maravilla, hoy por hoy, consiste únicamente en que el Rechazado de 89 se manifieste como piedra fundamental del orden social, y lo he probado: únicamente, lo repito, como piedra fundamental, todavía no como piedra angular.

Contemplad pues, vuestra obra, arquitectos de 89. Las enemistades, las separaciones, las castas, las antipatías, los odios, se han hecho más profundos y vastos que lo eran hace diez y nueve siglos. El Hijo de Dios había acercado los extremos y vosotros los habeis arrojado á distancia y hécholos casi irreconciliables: extremos en políticas extremos entre el trabajo y el capital, extremos entre las naciones, extremos entre las razas. Arrancasteis la piedra angular, soberbios é imprudentes arquitectos: la anarquía y el odio os han respondido.....

Contemplad, pues, vuestra obra: hora es de hacerlo: la Providencia se calla, no se da prisa. Es preciso que tengais tiempo de daros cuenta de lo que habeis hecho, y que

los pueblos que os han dejado hacer os feliciten, os admiren, os bendigan..... Os bendigan, dije: no, ellos os maldecirán: ya se les oye maldeciros y reclamar sordamente á Jesucristo; ¡Jesucristo, la piedra angular! ¡devolvednosla!..... Señores, os lo juro, cuando este grito se extenderá y resonará más, cuando los pobres pueblos vueltos en sí y desilusionados volverán á llamar al Salvador, no se hará aguardar la segunda maravilla; y el Rechazado de 89, ya piedra fundamental incontestable del orden social, se manifestará tambien como piedra angular.

¡Cuán dulce espectáculo! El Evangelio lo deja entrever: el espectáculo de la gallina que reúne á sus polluelos bajo sus alas.

De todos los suspiros exhalados por Jesucristo, este fué el más tierno, el más penetrante: "Jerusalem, Jerusalem, qué de veces quise reunir á tus hijos como la gallina á sus pollitos bajo sus alas, y tú no quisiste."

Comentando San Agustin esta angustio-

sa queja del Salvador, hace notar que cuando una gallina tiene cria, aunque no se vea ni sea seguida de ella, se conoce, sin embargo, que es madre. "Tan abatida está, dice, tan cambiada, que por sus plumas erizadas, su voz enronquecida, sus alas caídas, se conoce desde luego que es madre, aunque no aparezcan sus pollos." ¿No es esta la más expresiva figura de la tristeza y de la ternura del Desechado de 89, desde que perdió sus hijos las Naciones?

Añadiré que cuando haya vuelto á encontrarlas, será esto también la más viva expresión de su oficio de piedra angular. Si consideráis esa gallina que extiende sus dos alas en torno de su pequeña familia; esas dos alas extendidas una á la derecha, otra á la izquierda, como dos muros de amor, y la feliz madre en medio, ¿no tenemos lo que he contado de la piedra angular, su más viva y seductora expresión?

Pues bien, no lo dudeis, ese bello espectáculo de la gallina reuniendo sus polluelos, de la piedra angular, reuniendo una úl-

tima vez los extremos, ese grande espectáculo está reservado al mundo.

Sí, los pueblos de Europa dejarán caer sus armas; sí, los hijos de Francia se estrecharán las manos; sí, igualmente los restos del pueblo judío y los restos del pueblo cristiano se acercarán, el uno bajo una y el otro bajo la otra ala; y esta vez el suspiro de la viviente piedra angular será éste: "Jerusalem, quise reunir á tus hijos. . . . y tú también quisiste, Jerusalem (1)."

1. Los profetas bíblicos anuncian ese tiempo de retorno universal al Señor, y de paruniversar, gracias al oficio de la piedra angular. "Hé aquí la piedra que puse. . . . Yo la halaré y la grabaré con el cincel, dice el Señor de los ejércitos; y borraré en un día la iniquidad de la tierra. En aquel día el amigo llamará a su amigo bajo su viña y bajo su higuera" Zach , III, 9, 10.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

#### Discurso cuarto.

EL MURO DE SEPARACION SUBSISTE, DESPUES DE DIEZ Y NUEVE SIGLOS DE CRISTIANISMO ENTRE EL ORIENTE Y EL OCCIDENTE.

Señores:

Cuando Nuestro Señor Jesucristo bajó á la tierra, fué su mision hacer caer los muros de separacion que dividen á los pobres humanos. Es lo que San Pablo declara en esta bella y entusiasta frase: "Es El, Jesucristo, nuestra paz, haciendo caer el muro de separacion, *ipse est pax nostra medium parietem maceriae solvens* (1)."

Vino pues Jesucristo á hacer caer todos

1. Epist. ad Ephes.

los muros de division, y en particular el antiguo que separó siempre al Oriente y al Occidente. Cuando, reconciliador universal, fué levantado en el Calvario, sus brazos se extendian al Oriente, pero al mismo tiempo su rostro estaba vuelto hácia el Occidente, como para empeñar á Oriente y Occidente á reunirse en su amor (1).

¡Ah! pronto comenzará el siglo veinte del Cristianismo, y aún no se han reunido esas dos grandes partes del mundo, como lo deseaba Jesucristo. El sol que se levanta en Oriente para ponerse detras del horizonte de Occidente, llegado á la mitad de su carrera, á ese mediodía que mira á la vez á los dos mundos, jamas ha derramado sus torrentes de luz sino sobre un muro imparable de antagonismo y de separacion. Tal es el estado lamentable del Oriente y del Occidente en sus relaciones.

Yo os propongo, señores, profundizar es-

1. Jesus fué crucificado, vuelta la cara al Occidente. . . . Sobre Europa cayeron sus miradas compasivas. Dr. Lepp. *Vie de Jesus Christ*.

te asunto de las relaciones del Oriente y del Occidente: asunto de actualidad, tan capital, tan grandioso, que se puede llamar el asunto de Dios por excelencia, porque encierra toda la marcha de su plan, y para las naciones cristianas asunto lleno de dolor y de remordimientos, pero tambien de horizontes reparadores y de esperanza.

Hé aquí la distribucion del asunto: Buscaremos primero cuál es la causa de que continúe subsistiendo el muro de separacion entre el Oriente y el Occidente; aspecto sombrío y acusador. Despues, aspecto consolador, arrojando con San Pablo una mirada de confianza en el porvenir, recordando el anuncio del Apóstol, que el muro debe caer para obedecer á Jesucristo, os diré lo que me parece debe contribuir tarde ó temprano á su caida. Así es que, subsistencia del muro de separacion, su caida, tales son las dos grandes ideas que vamos á profundizar.

I.

*Lo que mantiene todavía el  
muro de separacion entre el Oriente  
y el Occidente.*

Señores, si existe siempre un muro de division entre esas dos grandes regiones del mundo, la falta es de ambas. Examinemos la parte de responsabilidad que cada una lleva; pero cuál es la más culpable.

I.—*Parte de responsabilidad que toca al Oriente.*

De todos los vicios de nuestra pobre humanidad, el que más contribuye tal vez á perpetuar las divisiones entre los hombres es la ignorancia. ¡Cómo engendra, y sobre todo, eterniza la ignorancia las divisiones! Haciendo nacer con frecuencia y conservando siempre las preocupaciones las malas inteligencias; las preocupaciones, señores, son causa de que no se hagan las reconciliaciones, que aquel de quien es la falta permanezca en su juicio falso, aceptado desde el nacimiento ó adquirido por

que se ha juzgado ántes de conocer: el que hariga ese juicio, se encierra en él como en un recinto amurallado, tras del cual se ven las razones del adversario por entre una hendidura, para servirme de una expresion de la Escritura, *videntes per foramina*, los que miran por agujeros, dice el libro del Eclesiástico, serán cubiertos de tinieblas (1), se juzga á través de una hendidura, y no en la extension del horizonte católico. A esto llevan las preocupaciones, y por consiguiente la ignorancia madre de las preocupaciones: ella impide que se derribe la pared y que vayan unos á otros á encontrarse tendiéndose la mano.

Grande país del Oriente, volviéndome hácia tí, permítame decirte que si el muro de separacion subsiste de tu lado, la primera causa es la ignorancia. La ignorancia oriental ¡ah! la mayor parte de los orientales están sumidos en ella desde su infancia, y en ella permanecen; esta es la razon por

1. Tenebrescent, *videntes per foramina* (Eccles., XI).

qué las preocupaciones les alejan de nosotros: preocupaciones contra Roma, preocupaciones contra los cristianos, preocupaciones contra la Europa. Ignorancia excusable sin duda hasta cierto punto, porque proviene en parte de la indolencia y de la pereza de espíritu casi invencible bajo un clima tan ardiente, y cuyos grandes desiertos y rutilantes noches invitan, arrastran la inteligencia á una especie de contemplacion estéril más bien que á la actividad del raciocinio. Pero de otra parte, la ignorancia culpable y sin excusa, porque ha hecho positivamente alianza con el cisma y el error. (1)

1. El Oriente ha venido á ser juguete de arrianismo, despues del cisma griego y en fin del cisma ruso. El cisma, ese legado terrible que Constantinopla dejó á San Peterburgo, y por cuyo medio quiere San Petersburgo tener todo el Oriente! A esos países infelices de Oriente que la maldicion divina no ha cesado de perseguir un solo instante desde que despedazaron á Jesucristo en miserables disputas, presentará la Rusia el fruto mismo de su crimen como medio de salvacion. Traerá el cisma al cisma, la muerte á la muerte, les dirá: "Ved aquí la copa en que perocísteis, sen-

El cisma ha hecho más denso el muro de separacion en esos países. Observad bien esto, señores, el cisma y el error buscan los atrincheramientos; la verdad, al contrario, no quiere murallas: á fin de ser abordada con más facilidad, querría todos los países libres y descubiertos. (1) El cisma y el error son los que sienten necesidad de fortificaciones. Mirad lo que pasa en Oriente. Todos los viajeros que vuelven de Tierra-Santa, no cesan de repetirnos que bajo pretexto de construir conventos y cúpulas, el cisma ruso construye allí verdaderas fortalezas. Sí, esta es una advertencia sobre la que conviene insistir: nosotros católicos estamos á descubierto, y el cisma y la herejía levantan por todas partes formidables atrincheramientos!

La ignorancia con sus preocupaciones, auxiliada del cisma y de sus fortalezas, tal

témonos á la misma mesa, bebamos y vivamos." Lacordaire, Méi., p. 213.

1. La verdad es como la justicia que, segun la expresion de Bossuet, no sufre retiradas, sino quiere el país descubierto.

es el primer reproche que se debe hacer al Oriente en el mantenimiento del muro de separacion. Hoy hay que hacerle otro: *el cielo*.

En efecto, jamas pudo resignarse el Oriente á ver al Occidente, cuando se manifestó el Cristianismo, tomar en sus manos las riendas del mundo y de la civilizacion.

El Señor, en su sabiduría, habia distribuido de esta manera los oficios entre el Oriente y el Occidente: al Oriente debia pertenecer el honor de que allí naciera el Mesías, el de llevar su cuna; al Occidente debia pertenecer el de conducir su reino y llevar su Iglesia hasta los extremos de la tierra. Al Oriente serán tambien confiados todos los gérmenes del mundo. De él han salido, en efecto, los principios de las familias, de las razas, de los pueblos; los principios de las legislaciones, de las ciencias y de las artes; en fin la Biblia y el Evangelio. En una palabra, del Oriente todos los gérmenes. Pero al Occidente será confiado el cuidado de desarrollar todos esos gérmenes. El extenderá la Biblia, el Evangelio, las

ciencias, las artes, las legislaciones, los pueblos, y hará salir de ahí la civilizacion cristiana. Es del Occidente el desarrollo. (1)

No me engaño, señores, señalando esta particion. Desde los primeros años del mundo anunció el Señor esas dos grandes vocaciones del Oriente y del Occidente en la magnífica bendicion dada por el patriarca Noé, pasado el diluvio. Voy á recordarosla. Cham, que se habia burlado de su padre, no es bendito. Pero Noé dice á Sem, y en la persona de Sem á toda la raza semítica, al Oriente: *Bendito sea el Señor, Dios de Sem; Benedictus Dominus Deus Sem*. Despues volviéndose á Japhet y por él hácia toda la raza japhética, hácia el Occidente, exclama: *Extienda Dios la posesion de Japhet, y habite Japhet en las tien.*

1. Segun una ley misteriosa, pero incontestable, siempre han ido de Oriente á Occidente el progreso, la luz y la fuerza. A la manera que la luz del dia, nacen en Oriente, mas para subir y brillar más y más á medida que avanzan hácia Occidente " Montalembert, *Moines d'Occident*, t. I, p. 134.

*das de Sem; habitet in tabernaculis Sem.*

Hé aquí el sentido de las dos bendiciones. *Bendito sea el Señor Dios de Sem.* Esto quiere decir que el Señor se dará á Sem; se dará primero en el Sinaí en su Decálogo y su majestad, después en Bethleem en su carne y su humildad; nacerá de Sem, se le llamará el Dios de Sem, el Emmanuel de Sem: *Bendito sea el Señor Dios de Sem; Benedictus Dominus Deus Sem.* Pero después de la bendición añade: *Extienda Dios la posesion de Japhet, habite Japhet en las tiendas de Sem.* Es decir que Japhet se desarrolle, que se extienda, que entre como vencedor en las tiendas de Sem, que tome allí los gérmenes, los frutos de la fecundidad de Sem, la Biblia, el Emmanuel, las ciencias, las artes, las legislaciones, y los lleve como civilizador hasta los extremos del mundo. ¡Bendito sea el Dios de Sem, pero que Japhet habite en las tiendas de Sem! Tal fué el sentido de la doble bendición del viejo Patriarca.

Ved ahora señores, cuál fué la falta del

Oriente. El Oriente, posteridad de Sem, jamás pudo resignarse á dejar al Occidente habitar en sus tiendas. Sem rechazó siempre á Japhet de la entrada de sus pabellones. Estuvo celoso (1). En este celo hay falta, esto es incontestable; pero acaso también excusa. Hay falta, porque jamás es permitido abrigar celos en el servicio de Dios, sobre todo cuando un Dios tan justo y bueno había cuidado de dar al Oriente una parte grandísima. Debía, pues, el Oriente, al comenzar la civilización cristiana, subordinarse al Occidente, director de esta civilización. Pero también hay excusa, porque no ser más del segundo, habiendo sido largo tiempo el primero, y no sentir cierto celo, es cosa bien difícil á la pobre naturaleza humana.

1 "El Oriente, cuna del hombre y de sus razas, tierra religiosa pero servil, no ha cesado de aspirar á la dominación de toda su posteridad. La Biblia nos lo muestra fundando los primeros imperios y amenazando del fondo de sus capitales al resto de la tierra. Dios, que tenía otras miras, le opuso la Europa." Laordaire, *conf. de Tebeuse*, p. 192.

Hay excusa igualmente, si se atiende á que el Oriente vive, sobre todo, del corazon. Unos pueblos, señores, viven más de la cabeza, miéntras que otros viven más del corazon. Vosotros, pueblos del Occidente llamados al gobierno del mundo á dirigir la civilizacion, vivís más de la cabeza, teneis de ventaja la reflexion. Pero el Oriente, que tiene algo de femenino, precisamente por haber sido destinado á dar á luz el Cristo, á producir los gérmenes del mundo, el Oriente, repito, vivió siempre más por el corazon. Ahora, os pregunto, cuando se liene más de corazon y se posee un natural más sensible, ¿no hay hasta cierto punto excusa en resentir ese mal terrible del celo? Me apresuro á repetir: excusa hasta cierto punto, porque, hablando en absoluto, no es permitido encelarse en el servicio de Dios, y porque bajo el cristianismo, con el auxilio de la gracia, se debe saber triunfar de los celos.

¡Ah! no tuvo el Oriente esta fuerza. Cuantos más esfuerzos hacia el Occidente

para venir á habitar en las tiendas y los pabellones de Sem, más lo rechazaba con despecho el celo oriental. No podria hacer aquí la historia de ese despecho lamentable: solamente diré que así como el cisma habia explotado la ignorancia, sobrevino Mahoma, que explotó el celo; y el mahometismo, como el cisma, ha reforzado el muro de separacion. Con verdad se puede decir que Mahoma encerró al Oriente en las paredes de un serrallo (2). Y de esta manera, señores, ignorancia y celo, consolidados por el cisma y el mahometismo, son los defectos imputables al Oriente en el mantenimiento del muro de separacion. Veamos ahora lo que hay que reprochar al Occidente.

II.— *Parte de responsabilidad que toca al Occidente.*

La desgracia alumbra, y tambien acerca. Cuando se está en desgracia, descubre uno

2 Mahoma explotó hábilmente los defectos del carácter femenino del Oriente: la inclinacion al placer, á la indolencia, al fatalismo.

en sí faltas que la prosperidad no habia permitido percibir: y cuando se está en desgracia, se siente la necesidad de acercarse y de reconciliarse.

Naciones católicas de Occidente, miraos desgraciadas; estais, pues, mejor dispuestas á escuchar la verdad, y tambien á hacer cuanto sea necesario para volver á la obra de la reconciliacion del mundo. Inclinad la cabeza y escuchad; naciones católicas. Si al ir á cumplirse veinte siglos de Cristianismo, aun subsiste el muro de separacion entre Asia y la Europa, á vosotras principalmente se debe acusar.

Ved de qué manera el viejo patriarca vuestro padre definió vuestra vocacion: entenderos, desenvolveros y venir á habitar en las tiendas de Sem, *que Dios extienda la posesion de Japhet, y que Japhet habite en las tiendas de Sem.* La Providencia os dotó admirablemente, en vista de esta vocacion.

Os dió audacia, en primer lugar. La re-

za audaz de Japhet, decia de vosotros el poeta, *audax Japeti genus* (1).

Os dió en seguida la fuerza bajo todas sus formas: la que resiste á la fatiga, y luego la fuerza de la espada y la fuerza de voluntad.

Os dió algo más precioso que la fuerza. Habia creado en medio de vosotros dos grandes instituciones, la monarquía y la cristiandad: la monarquía, que de príncipe y pueblo hacia una sola nacion; y la cristiandad, que hacia de todas las naciones europeas un solo cuerpo en marcha hácia el Oriente.

¿Qué más os habia dado? Puertos y flotas incomparables. Puertos en riberas que miraban todas al Oriente, como para invi-

1 Horacio.—“El reposo es el suplicio del europeo, y ese carácter contrasta maravillosamente con la inmovilidad oriental. Es preciso que obre, que emprenda, que cambie todo aquello á qué puede tocar. La política, sobre todo, no ha dejado de ejercer el genio innovador de los *audaces hijos de Japhet.*” De Maistre.

taros á partir: riberas de Italia, riberas de España, riberas de Francia! Y flotas cuyos blancos pabellones parecian recordaros los pabellones de Sem que os habian sido prometidos!

En fin, otros muchos dones os habian sido prodigados: navegantes arrojados para encontraros caminos; hábiles y valientes capitanes para dirigiros, la pólvora y la artillería para derribar la muralla..... ¡Ante este concierto de tantas fuerzas, ante el Occidente entero así armado caballero por el mismo Dios, debía caer el antiguo muro de separacion! Pues no ha caido, no; subsites en pié.

¿Quién, pues, lo ha mantenido en ese estado? ¿es la resistencia del Oriente?..... Son vuestras *divisiones*, naciones cristianas (1). Sí, si el muro de separacion que-

1. Las divisiones por el protestantismo y la revolucion. "La cristiandad dividida permanece no obstante señora del mundo, tanta era la superioridad que habia adquirido sobre el resto de las naciones; pero llevando sus discordias con sus victorias á los extremos de la

da impasible, vuestras divisiones son la causa de ello. Vuestras divisiones primero de nacion á nacion, de reino á reino; despues vuestras divisiones en el interior de cada reino; divisiones que se han hecho tan numerosas y punzantes que es imposible y que no se tiene el valor de numerarlas. En verdad, os pregunto, cómo habria venido abajo el muro de separacion del otro lado de los mares, cuando aquí el seno de la Europa se erizaba de muros de separacion? Escuchad, naciones cristianas, vuestras divisiones os han hecho olvidar vuestra vo-

tierra, llevó un apostolado disminuido y un proselitismo que se despedazaba por sus propias manos." Lacordaire, *conf. de Paris*, t. IV p. 545. Balmes, en su magnífica obra "Protestantismo comparado con el catolicismo," que todos los hombres inteligentes deberian releer hoy, tiene un capítulo titulado *La expansion universal contrariada por la aparicion del protestantismo*: allí muestra la accion civilizadora del Occidente interrumpida por el cisma de Lutero; la revolucion acabó de paralizar esta mision civilizadora. Los individuos, como católicos, propagan la verdad y el bien, pero más las naciones.

cacion de apostolado respecto del Oriente: sufrid que os diga con respeto, pero con verdad, lo que de ahí ha resultado para vosotras.

Un día, en uno de sus transportes proféticos, David, el real Profeta, arrebatado de la belleza de Jerusalem que acababa de conquistar y adornar, y cuyos engrandecimientos futuros preveía, exclamó: *Que mi mano derecha se seque, y mi lengua se pegue á mi paladar, si alguna vez llego á olvidarte, Jerusalem.* Todos los comentaristas reconocen que al pronunciar este juramento imprecatorio hablaba el santo profeta en nombre de los dos pueblos de Dios de quien él era real mandatario, en nombre del pueblo judío y del pueblo cristiano.

Pues desde luego nosotros pueblo judío, podemos afirmar que no hemos olvidado á Jerusalem. Si, despues de diez y nueve siglos de destierro y desdichas áun subsistimos, es porque siempre pensamos en Jerusalem. Este nombre despierta en nuestras almas sublimes esperanzas, y en nues-

tros corazones indecibles ternuras. Yo afirmo que en todas las partes del mundo en que andan dispersos mis antiguos correligionarios, aman todavía á Jerusalem, que oran con frecuencia volviéndose hácia Jerusalem, que practican entre sí la caridad en nombre de Jerusalem y esperan volver á verla. Y sé de países en que Judíos pobrísimos ó muy avanzados en edad para emprender el viaje sagrado, ver por sus ojos á Jerusalem y pegar á ella sus labios, se hacen venir saquitos de tierra de Jerusalem. En su lecho de muerte recomiendan á sus hijos los sepulten con esa tierra de la patria sobre el corazon. No, lo juro en nombre del pueblo judío, nosotros no hemos olvidado á Jerusalem (1)!

1 Recuérdese igualmente lo que dijimos en el discuso precedente de los *Llantos de los Judíos* que corren todos los viérnes en la tarde, hace diez y nueve siglos, sobre las ruinas del templo en Jerusalem. *Los Anales de Nuestra Señora de Sion* en Tierra Santa, (Diciembre de 1878) cuentan así esta escena de las lágrimas: "El viérnes, á las tres de la tarde, al pié de una alta pared ennegrecida

¿Quién pues la ha olvidado? Vosotras, naciones cristianas.

La ciudad santa, que fué varias veces reconstruida y agrandada bajo nuestros reyes, habia recibido de Jesucristo, el último Rey de los Judíos, su engrandecimiento definitivo. En efecto, desde Jesucristo, ved lo que ella comprende:

La Jerusalem de Oriente situada á orillas del Cedron.

La Jerusalem nueva y universal ó la Iglesia católica.

por los siglos, solo resto de las piedras que sostienen la explanada del Templo de Salomon, una centena de desdichados Israelitas, Biblia en mano, recitan en voz alta las lamentaciones de Jeremías; algunos sollozan de manera que destrazan el alma: otros se aprietan convulsivamente sobre las piedras del antiguo muro y las besan con amor: algunos meten sus manos en las hendiduras de esas ruinas venerables y despues las pasan sobre sus ojos y sus labios: todos levantan sus miradas y sus brazos hácia el cielo, llamando con instancia el socorro de Dios y la venida del Mesías!!...” No, nosotros no hemos olvidado á Jerusalem.

Y la Jerusalem de los cielos ó la ciudad eterna.

Tales eran las proporciones dadas por Jesucristo, Rey soberano, á Jerusalem. Y por consiguiente vosotras, naciones de Occidente, esa Jerusalem triple y una, era la que estabais obligadas á no olvidar jamas.

Habeis olvidado la Jerusalem de Oriente despues de las cruzadas. De tiempo en tiempo ocurren á ella algunas caravanas al acercarse la Semana Santa; pero de parte de las naciones y de sus gobiernos, nada.

¡La Jerusalem nueva ó la Iglesia católica!..... ¡Qué encarecimiento contra ella. gran Dios, de parte de los impíos! Y ningún príncipe se ha levantado, ninguna nación se levanta en Europa á defenderla. Está olvidada.

En cuanto á la Jerusalem de los cielos ¡ah! muy largo tiempo hace que lo que llamais el Estado no se cuida de encaminar hácia ella á los pueblos, pretendiendo no ser de su incumbencia. Está, pues, [olvidada la Jerusalem de los cielos.

Luego sois vosotras, naciones católicas

vosotras como naciones, ¡ah! no hablo de los individuos, vosotras sois quienes habeis olvidado á Jerusalem. Pero tambien en vosotras se ha realizado el castigo que invocara el real Profeta en su juramento imprecatorio: "Que mi mano derecha se seque, y que mi lengua se pegue á mi paladar si llego á olvidarte, Jerusalem." El profeta tomó por testigo á la parálisis, y la parálisis, ¡oh naciones, se ha apoderado de vosotras! mirad vuestra mano, se ha secado..... carece ya de fuerza, las riendas del mundo se le han escapado; tocad vuestra lengua, se ha pegado á vuestro paladar.....

Nada podeis decir, la prudencia la inmoviliza.

¡Ah! sois vosotras en quienes ha caido parálisis, en quienes la profecía se ha realizado. Naciones cristianas, pobres naciones cristianas, ¡oh! ¿por qué habeis olvidado á Jerusalem?.....

II.

*Lo que puede contribuir á hacer caer el muro de separacion.*

Está, pues, en pié el muro de separacion entre el Oriente y el Occidente, por falta del Oriente y por falta mayor del Occidente. ¿Hay que desesperar de verlo caer? No lo quiera Dios, señores. Es el caso de repetir esta consoladora exclamacion de San Pablo: ¡la infidelidad del hombre aniquilará la fidelidad de Dios! De ningun modo (1). Jesucristo vino para hacer caer el muro de separacion, él caerá. Me parece que para este derribo hay que contar con una triple accion: con la providencial y con la francesa en el presente; con la accion israelita en el porvenir. La accion providencial,

1. *Num quid incredulitas illorum fidelitatem Dei evacuabit Absit Est autem Deus verax. Rom. III, 3.*—"Si non credimus, ille fidelis permanet, negare seipsum non potest." 2, Tim., II, 18.

que se muestra cuando todo parece desesperado. La acción francesa, de que Dios se servirá siempre. La acción israelita, que él tiene en reserva.

Se puede afirmar, sin temor de ser temerario, que la Providencia prepara algo de solemne, y me atrevo á decir de espléndido para el Oriente como para el Occidente: hay de ello signos precursores como los hay para la planta que debe brotar. Cuando ésta va á hacerlo, la víspera nada se ve, se presiente, pero todo está velado: á la mañana siguiente es la sorpresa y la admiración. Lo mismo es con los acontecimientos que se preparan. Dejemos obrar á la Providencia, que es paciente en la florecencia de la historia como en la de la planta: un día estaremos en el entusiasmo de la sorpresa: hay signos precursores que voy á mostraros.

El primer signo precursor son los caminos maravillosos que han sido trazados pa-

I.—*La acción providencial.*

ra que el Oriente y el Occidente puedan en fin reunirse y reunirse en Roma. Ha comenzado la Providencia por hacer los caminos, porque para la Iglesia de Dios como para las ciudades de los hombres, los caminos inauguran las comunicaciones. Hé aquí los caminos maravillosos de que hablo: dos grandes vías triunfales, y Roma precisamente en medio: la una que á través de las montañas perforadas de los Alpes conduce por el vapor á Roma, á todas las naciones del Occidente: la otra que á través del famoso canal de Suez, abreviando los mares, lleva á Roma á todas las naciones del Oriente. El profeta Isaías, anunciando para la conclusion de los siglos, un grande reino de paz y de amor, dió por signo que entónces toda la tierra sería llana.

“En ese tiempo, dice el Señor, cambiaré todas mis montañas en plano, *panam omnes montes meos inviam* (1) La cosa es-

1 Isai XLIX, 11.

tá hecha, las montañas recibiendo caminos en sus laderas, han obedecido á las miras de Dios: mirad, toda la tierra es plana (1).

1 La tierra habrá sido llana dos veces: 1.<sup>a</sup> á la venida del Salvador del mundo: 2.<sup>a</sup> para el gran triunfo de su Iglesia que se prepara en la conclusion de los siglos.

A la venida del Salvador, toda la tierra estaba plana. Hasta un pagano, Plutarco lo habia anunciado: "Entónces la tierra seria toda plana, unida é igual." ¿Cómo es en ese momento? Por estar enteramente sometida á la dominacion romana, y que grandes vías, por donde pasaban las legiones, se tendian por todo el imperio. Quién no ha oido hablar de la famosa vía *Apia* uno de los monumentos de la grandeza de Roma, formada de anchas piedras llevadas con grande coste de la montaña de Pouzzdes, cortadas, pulidas y ajustadas con tanto arte, que apenas se veian las juntas, no obstante la ausencia de mezcla: durante varios siglos no necesitaron reparacion, ninguna de las piedras se habia desviado, ni separado, ni roto. Esta reina de las vías romanas se prolongaba por otras vías en toda la extension del imperio. Ved cómo era llana la tierra en esa época.

Hoy vuelve á ser plana y de un modo más maravilloso. Vuelve á ser plana por el derribamiento ó la perforacion de montañas y por

Trasados los caminos de la reunion, la Providencia ha pasado á un segundo signo

vías férreas que surcan toda la tierra y por donde pasan carros de fuego.

El P. Lacordaire, aproximando una á otra estas dos épocas solénnies del mundo, decia en Nuestra Señora de Paris: "¡Oh! vosotros, hombres del tiempo, príncipes de la civilizacion industrial, sois sin saberlo, los peones de la Providencia. Esos puentes que suspendeis en los aires, esas montañas que abris ante vosotros, esos caminos en que os lleva el fuego, los creéis destinados á vuestra ambicion: vosotros no sabéis que la materia es el canal por donde corre el espíritu. El espíritu vendrá cuando habreis cavado en alveo. Así hacian los Romanos, vuestros predecesores; ellos emplearon setecientos años en aproximar los pueblos por sus armas, y en surcar con sus largos caminos militares los tres continentes del antiguo mundo; ellos creían que eternamente sus legiones pasarían por ellos para llevar sus órdenes al universo; no sabian que preparaban las vías triunfales del consuelo de Jesus. ¡Oh! vosotros, pues, sus herederos, y tan ciegos como ellos; vosotros, Romanos de la segunda raza, continuad la obra de que sois instrumentos: abreviad el espacio, disminuid los mares, sacad de la naturaleza sus últimos secretos, á fin de que la verdad no sea ya detenida por los rios y los montes, que

precursor. ¡Cuál? La tempestad que se ha levantado ahora gigantesca y envuelve al mundo, pero á los católicos no debe asustarnos. ¡Por qué? porque brama y trabaja por nosotros. En efecto, la tempestad, como todo el resto de las criaturas, obedece á Dios. No es Dios quien desencadena las tempestades, son las pasiones, es el mal; pero una vez que rompe el huracan, el Señor se sirve de él para sus designios. En el lenguaje de las escrituras, Dios, que es inmutable en su paz, es representado sin embargo "estableciendo su trono entre los torbellinos y las tempestades. El huracan es su mensajero." Fuertes imágenes que deben dar á los cristianos la consoladora certidumbre de que las tempestades, una vez desatadas, remolinean en provecho de los designios providenciales. Sí, á la hora sombría que atravesamos, el campo de la humanidad se cubre de escombros. Sí, el

ella vaya derecho y pronto. ¡Cuán bellos serán entónces los piés de los que evangelizarán la paz!" (T. II, p. 198).

Occidente es sacudido en su base, el Oriente está inmóvil de miedo: un último choque inmenso se prepara: pero el día en que habrá cesado la tempestad que envuelve á la vez á los dos mundos, mirando de cerca todas esas ruinas mudas, los católicos harán constar con admiracion que esas ruinas no habrán sido sino los restos calcinados de los viejos muros de separacion que nos dividian y eran un obstáculo al redil de Jesucristo.

¡Qué será entónces lo único que se vea quedar en pié y más majestuoso?

Ese redil. Este, es, en efecto, el tercer signo precursor que se dibuja con proporciones verdaderamente despejadas, insólitas y regocijadoras. Primer signo precursor, hemos dicho, los caminos. Segundo, la tempestad que hace desplomar los muros de separacion. Tercero, el redil que debe reunir todo.

¡El redil! el mismo Jesucristo lo describió en dos palabras de admirable dulzura: Conozco mis ovejas y mis ovejas me cono-

cen. *Cognosce oves meas; cognoscunt me meae.* Este gozo recíproco del pastor que conoce sus ovejas y se sabe hacer conocido de ellas; y de las ovejas que conocen á su pastor y se saben hacer conocidas de él, constituye propiamente el interior y el encanto del redil. Ved ahora, señores, las atractivas proporciones que este conocimiento recíproco del pastor y de las ovejas ha tomado en nuestros días. El Papa conoce á Francia, conozco mis ovejas; los católicos de Francia vienen á visitar al Vaticano, mis ovejas me conocen. El Papa conoce la España, la Irlanda, la Siria, conozco mis ovejas; los católicos de España, de Irlanda, de Siria vienen á visitar al Vaticano, mis ovejas me conocen. El Papa conoce el Oriente y el Occidente, conozco mis ovejas; todo el Oriente y todo el Occidente van al Vaticano, mis ovejas me conocen. Es verdaderamente el interior del redil que se revela al mundo con ternuras nuevas, tanto así son de suaves, y tanto así estaban olvidadas de los pueblos.

Pues ahora este redil, que es tan dulce, que es la concordia, la reconciliación, una sombra del cielo en la tierra, ¡creéis que no tendrá un día, en medio de las naciones conturbadas, un triunfo público y universal. Lo tendrá, es mi convicción profunda.

En el triunfo inesperado del día de Ramos, Jesucristo, refiere el Evangelio, estaba colocado en el centro de una grande multitud dividida en dos grupos, uno de los cuales iba por delante, y el otro le seguía; y todos juntos los de adelante y los de atrás gritaban, agitando las palmas: "Hosanna al Hijo de David!"

No sé si me engaño, pero entreveo para la Iglesia mi madre el triunfo del día de Ramos en el mismo orden que en tiempo de Jesucristo. Roma, redil de las naciones; estaría en el centro del triunfo, topográfica y providencialmente: delante de Roma, las naciones occidentales que han marchado á la cabeza de la civilización; detrás de Roma, las naciones orientales, que habrán aceptado en fin la civilización. En los dos ca-

minos, las multitudes agitando sus palmas al grito de: "Hosanna á la Iglesia romana nuestra madre!" Hé aquí lo que aguardo de la Providencia; de la Providencia misericordiosa para el Oriente, porque llevó la cuna de Jesucristo, y misericordiosa para el Occidente, porque el Occidente lleva el Papado.

II.— *La accion francesa.*

En la reconciliacion del Oriente y del Occidente, despues de la accion providencial, saludé tambien la accion francesa. ¡No dije que Dios nunca prescindiria de la accion de Francia? Sí; lo dije y lo sostengo. Pero ¡qué es lo que me autoriza á hablar con tanta seguridad, cuando, por el contrario, todo hace temer que los grandes negocios de la humanidad se traten en adelante sin el concurso de Francia?

Escuchad, señores. Hay una cosa de que nunca ha prescindido Dios, y de que no puede prescindir si quiere que sus obras se lleven á cabo. Antes de nombrarla, permi-

tidme enumerar las cosas ó las fuerzas de que el Señor prescinde sin que lo resientan sus obras. Prescinde de la espada; prescinde del oro; prescinde de la inteligencia, del genio. Pero de lo que no prescinde, de lo que no puede hacer el sacrificio para el cumplimiento de sus obras, es del amor ó la caridad.

Si Dios prescindiera del amor, el mundo acabaria como una lámpara agotada, porque el amor lo crió, lo rescató, lo conserva y lo mantiene. La caridad ó el amor es la sublime operaria de todas las obras. La inteligencia, el genio, la habilidad, la riqueza, la espada, pueden preparar las obras pero solo el amor las junta y les continúa la vida. Así es que Dios deja perder entre los hombres, sin emplearlas, muchas riquezas, muchos grandes pensamientos, muchos relámpagos de genio, y no se inquieta de esas pérdidas; pero ¡jamás dejará perderse un solo acto de amor! Si el acto de amor de una pobre mujer ignorada en el fondo de una aldea estuviera en peligro de per-

derse, Dios revolvería los mundos para encontrarlo, porque necesita de ese acto de amor. Tal es la cosa sublime y más rara que todo lo demás de que Dios no prescindiera en el cumplimiento de sus obras: el amor ó la caridad.

Y bien, Francia, pobre Francia, siento indecible satisfacción en repetírtelo, Dios no prescindiría de tu acción, de la acción de tus hijos. porque en la acción francesa ha quedado la caridad ó el amor! Vuestra espada, oh franceses, no montaba ya su guardia á las puertas de la verdad; de aquí es que Dios prescindió de vuestra espada. Mas habeis conservado el amor, y á causa de él, nunca Dios prescindirá de Francia. Quedais siendo la nación conquistadora y predominante por el amor: nadie os venció en caridad!..... Al hablar así me siento intérprete del Oriente, de esos países lejanos que han guardado el recuerdo de vuestros beneficios y de vuestra delicadeza; intérprete de esas escuelas que allí fundasteis, de esas religiosas y de esos misioneros que

habeis enviado, de esos niños que arrancásteis á la ignorancia y que han aprendido á no conocer sino á vosotros, á vosotros y á nadie más! y á bendeciros; el intérprete de la Iglesia de Armenia, de la Iglesia de Siria, de la Iglesia de Tierra Santa. de todas esas Iglesias y de todas esas regiones que todas juntas no forman mas de una voz para decir á Dios y con Dios: *No podemos pasarnos sin la Francia!*

### III.—*La acción israelita.*

Escuchad ahora mi suprema esperanza. En la reconciliación definitiva del Oriente y del Occidente, he dicho que entreveía igualmente un lugar para la acción israelita.

¿Habeis observado la semejanza y simpatía admirables que existen entre el estado del pueblo de Israel y el estado del Oriente? Ved: de una parte el pueblo de Israel aletargado en su incredulidad; de la otra, la letargía y somnolencia orientales. Cosa singular; desde la dispersión y la ausencia del antiguo pueblo de Dios, la tierra

de Oriente ha caído en la tristeza y el duelo, como el viejo Jacob después de la pérdida de José. Ella se aletargó á su vez, y parece aguardar para salir de su letargo, que el antiguo pueblo amado de Dios vuelva á habitar bajo sus cedros y sus palmares. En el Concilio del Vaticano tuvimos la honra de interrogar á todos los obispos del Oriente sobre esta simpatía de situación, y de todos recibimos esta unánime consoladora respuesta: la conversión de vuestro pueblo será un día la resurrección del Oriente.

Y bien, entreviendo el oficio futuro del pueblo de Israel en Oriente, ved cuál es mi última y muy dulce esperanza. Hijo de Judea por la sangre, pero hijo de Francia por adopción, espero ver un día de lo alto del cielo, si Dios me hace la gracia de recibirme en él, al pueblo de Israel y al pueblo de Francia encontrarse juntos en la tierra de Oriente. El Oriente, cuya débil memoria femenina ha olvidado tantos nombres, jamás ha olvidado estos dos: de una

parte el de Israel, de la otra el de Francia. *Israel*, poned cuidado, el más bello nombre del pueblo de la raza de *Sem*. *Francia* poned cuidado, el más bello nombre del pueblo de la raza de *Japhet*! Espero, pues, y saludo en la conclusión de los siglos la síntesis ó la alianza de estos dos nombres gloriosos. Si un día el pueblo de Israel y el pueblo de Francia se encuentran juntos en tierra de Oriente, no diré al servicio de un reino temporal, sino al de Jesucristo y su Iglesia, ese día, señores, el antiguo muro de separación habrá venido enteramente abajo; y ese día también la profecía de los primeros días del mundo habrá recibido su entero cumplimiento; porque *Sem*, personificado en el pueblo de Israel, habrá abierto á su hermano *Japhet*, personificado en el pueblo de Francia, le habrá abierto, repito, fraternalmente la entrada de todas sus tiendas y de sus pabellones.

*¡Bendito sea el Dios de Sem; pero que Japhet habite en las tiendas de Sem.*

de Oriente ha caído en la tristeza y el duelo, como el viejo Jacob después de la pérdida de José. Ella se aletargó á su vez, y parece aguardar para salir de su letargo, que el antiguo pueblo amado de Dios vuelva á habitar bajo sus cedros y sus palmares. En el Concilio del Vaticano tuvimos la honra de interrogar á todos los obispos del Oriente sobre esta simpatía de situación, y de todos recibimos esta unánime consoladora respuesta: la conversión de vuestro pueblo será un día la resurrección del Oriente.

Y bien, entreviendo el oficio futuro del pueblo de Israel en Oriente, ved cuál es mi última y muy dulce esperanza. Hijo de Judea por la sangre, pero hijo de Francia por adopción, espero ver un día de lo alto del cielo, si Dios me hace la gracia de recibirme en él, al pueblo de Israel y al pueblo de Francia encontrarse juntos en la tierra de Oriente. El Oriente, cuya débil memoria femenina ha olvidado tantos nombres, jamás ha olvidado estos dos: de una

parte el de Israel, de la otra el de Francia. *Israel*, poned cuidado, el más bello nombre del pueblo de la raza de *Sem*. *Francia* poned cuidado, el más bello nombre del pueblo de la raza de *Japhet*! Espero, pues, y saludo en la conclusión de los siglos la síntesis ó la alianza de estos dos nombres gloriosos. Si un día el pueblo de Israel y el pueblo de Francia se encuentran juntos en tierra de Oriente, no diré al servicio de un reino temporal, sino al de Jesucristo y su Iglesia, ese día, señores, el antiguo muro de separación habrá venido enteramente abajo; y ese día también la profecía de los primeros días del mundo habrá recibido su entero cumplimiento; porque *Sem*, personificado en el pueblo de Israel, habrá abierto á su hermano *Japhet*, personificado en el pueblo de Francia, le habrá abierto, repito, fraternalmente la entrada de todas sus tiendas y de sus pabellones.

*¡Bendito sea el Dios de Sem; pero que Japhet habite en las tiendas de Sem.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

**Discurso quinto.**

*Apostasía y descomposicion de las Naciones.*

Señores:

Evité hasta aquí servirme de la palabra *apostasía*. ¡Es tan triste ser apóstata! Pero la Biblia la pronunció: las naciones apóstatas, dijo, *gente apostratices* (1). Preciso es, por tanto, servirse de esta triste palabra con el libro sagrado, para poder explicar el actual lúgubre fenómeno de las naciones que se descomponen.

¿Qué es, teológicamente hablando, la *apostasía*? El abandono público de la verdad el acto del ángel orgulloso y rebelde, de quien está escrito que no se conservó en

1. Isai. XXXIII, 3.

la verdad, *in veritate non stetit*. Apostasía, palabra derivada del griego, significa exactamente lo mismo; alejarse de la verdad, renegarla. Y como la verdad tiene en la tierra un nombre concreto, á saber: Jesucristo y Iglesia, un apóstata es aquel que se separa pública y totalmente de Jesucristo y de su Iglesia.

¿No es este vuestro estado, pobres naciones cristianas? He descrito suficientemente cómo os habeis puesto léjos de Jesucristo, renegándole: réstame describir cómo os habeis puesto léjos de la Iglesia, *fuera de la Iglesia*, y lo que de esto ha resultado para vosotras.

### I.

#### *La apostasía.*

Para darse cuenta exacta de la extensión y de la gravedad de esta apostasía, importa mucho comprender bien que para las naciones hubo sucesivamente dos clases de nacimientos ó formaciones: Primero, un

nacimiento ó formación por la naturaleza. Segundo, un nacimiento ó formación en la Iglesia.

La *naturaleza* formó primero las naciones. El carácter distintivo de esta formación primitiva fué la *dispersion*, encontrándose todas esparcidas, la una al septentrion, la otra al mediodía, aquí en los bosques del centro, allá entre montañas, allí abajo en las islas: *dispersae sunt gentes*, dice uno de los profetas, todas las naciones fueron dispersadas. ¿Cuál fué para ellas el resultado de esta primera formación dispersiva?

Siguióse fatalmente que se hicieran vagabundas, nómades, salvajes, feroces, fué un estado de *naturaleza* en relacion con la manera de formarse; fué la época de la fuerza brutal: una nación desaparece toda entera bajo otra que la invade, como una cosecha que es cortada para hacer lugar á otra cosecha (1).

1 Así es como el imperio de Azur ó

Es la época de los trabajos hercúleos, extravagantes, caprichosos, como todo lo que hace la naturaleza: la torre de Babel, las pirámides de Egipto, los templos de la India. En fin, es la época de las grandes depravaciones: Sodoma, Sardanápalo, las costumbres de Oriente.

Era aquel verdaderamente un estado de naturaleza en que lo gigantesco competía con lo monstruoso, y lo exorbitante con lo desordenado. La Biblia resumió ese estado en esta palabra: *la gentilidad*. Señor, vosotros, fuisteis en otro tiempo la gentilidad, es decir, las naciones en estado de naturaleza. Esas naciones vagabundas semejantes á niños corrompidos en la primera edad, iban á perecer, cuando se presenta una madre para salvarlas haciendo-

de Nínive es devorado por el de Babilonia: el de Babilonia por el de Ciro ó de los Persas; los Persas por los griegos; y el imperio romano lo devora todo. En este momento anhelaba Calígula que el género humano todo entero no tuviese sino una cabeza para poder cortarla.

las renacer. Esta madre fué la Iglesia. ¡Cómo tuvo lugar para las naciones este segundo nacimiento ó formación?

La naturaleza las había dispersado, y la Iglesia venía á recogerlas, porque este es el oficio sublime de la Iglesia como madre; recoger todo lo disperso, todo lo nómada, todo lo huérfano, todo lo errante, todo lo que está afuera; todo lo recoge en su seno, para todo presentarlo á Jesucristo en su segunda venida. ¡Todos somos dispersos; señores, tarde ó temprano todos huérfanos, con frecuencia todos extraviados, y la Iglesia nos recoge! Ved por qué la Iglesia es semejante, dice Bossuet, á una divina viajera, que viene á la tierra á recoger á los hijos de Dios bajo sus alas: ved también por qué el lenguaje católico se sirve de estas expresiones tan verdaderas y tiernas: entrar en el seno de la Iglesia (1).

1 La Iglesia viniendo á ser madre, dice todavía admirablemente Bossuet, engendra sus hijos á Jesucristo, no á la manera de las otras madres, produciéndolos de sus entrañas, sino sacándolos de afuera para recibirlos en sus entrañas, incorporándoseles.

Esta manera de renacer que se aplica á cada individuo en particular, debia igualmente aplicarse á las naciones. El renacimiento de éstas inspiró los más grandes acentos del profeta Isaías: él anunció la entrada de caravanas de pueblos en la Iglesia. Levantad vuestros ojos, dijo por anticipacion á la Iglesia, y mirad en derredor de vos. Todos esos que veis aquí reunidos vienen para ser vuestros hijos. Vuestros hijos vendrán de muy léjos, y vuestra hijas se levantarán de vuestros lados. *Filii tui de long e venient..... filiae tuae de latere surgent.* Voy á extender mi mano hácia las naciones; dice el Señor, y los pueblos os traerán sus hijos en sus brazos y sus nietos sobre sus espaldas (1). ¿Oyendo estas alegres palabras, no parece divisarse caravanas de pueblos, una larga fila de tribus, trayendo de fuera al seno de la Iglesia todas sus familias, para que la Iglesia haga de ellas sus hijos? En efecto, señores, esas caravanas de pueblos tuvieron lugar. Vino

1 Isaí LX.

Francia la primera trayendo en sus brazos todos sus hijos á la Iglesia, “¡os traerán sus hijos en sus brazos!” y una vez que así dispuso el lugar de sus propios hijos en la Iglesia, tenia Francia el corazon bastante grande para ir á buscar los hijos de otras naciones. Levantóse entónces Inglaterra de esos lados de que habia hablado el profeta, *de latere surgent*, y entró en la Iglesia. Alemania á su vez; despues las otras naciones, ¡las caravanas se sucedian! Pero todavía quedaban cortas poblaciones, á quienes se dificultaba mucho el venir; eran las islas, que al producirlas la naturaleza, parecia haberlas dispersado más que á los otros pueblos: rodeadas por todas partes del Océano, no tenian camino alguno para llegar á la Iglesia. Pues bien, en las páginas de la misma profecía hay un grito sublime. El profeta representa á la Iglesia entonando, á la llegada de todas esas caravanas, el cántico de su fecundidad: repentinamente se interrumpe y arroja este grito: “las islas me aguardan, las islas me aguardan,”

y parte. Se presenta á las islas, y las islas entran en la Iglesia al lado de las otras naciones. Y cuando todas están así reunidas en su seno, las cortas poblaciones al lado de los grandes pueblos, mirándolas la Iglesia satisfecha y enternecida, y buscando entre los mayores nombres el que pueda darles, impónelos el nombre mismo de su Esposo y su Dios: ya no se llamarán en adelante la "gentilidad," sino la "cristiandad." Cristo, la Iglesia, y su hija la cristiandad.

No describiré, señores, esta cristiandad ó la vida de las naciones en la Iglesia, es inútil: solamente haré dos anotaciones honoríficas, una para las naciones, la otra para la Iglesia. Para las naciones fué un estado de gloria y de felicidad. El resultado de su formación por la naturaleza habia sido un estado de naturaleza, es decir, la vagancia con todos los vicios de afuera. El resultado de su formación en la Iglesia fué un estado de reunion: la reunion con todas las virtudes del hogar. Entónces conocieron las naciones por la vez primera estas

virtudes: el órden, la concordia, la honradez, la paz, la cortesía, la alegría y las fiestas. Siendo Francia la primera que nació en la Iglesia, como hija mayor daba el tono en la casa de su madre; las otras naciones sus hermanas la reconocian este derecho. El rey de Francia era el hijo primogénito; su máxima era esta: "Todo lo que es injusto es imposible." Con esta máxima y con su espada guardaba el órden en la cristiandad. Vuestra nación, señores, oídlo bien, fué como nuestra tribu real de Judá entre las otras tribus de Israel. Y en aquel tiempo, nosotros judíos, del fondo de nuestros *ghetos* de nuestras callejuelas en que viviamos aparte y despreciados, mirábamos con asombro esa florecencia de la cristiandad. ¡Cuán bellas apareciais, oh naciones! á vosotras habia pasado la belleza de las tiendas de Jacob: "¡Cuán grandes son tus pabellones, oh Jacob! ¡qué bellas son tus tiendas, oh Isae!" y estábamos celosos.... ¡Ah, sin duda habia aún mucho que reprender y que censurar en la conducta de las

naciones; porque en los siglos VIII, IX, X, XII, se veía todavía en ellos guerras, acciones injustas, rasgos de ferocidad; pero la falta, señores, no era en modo alguno de vuestra santa madre la Iglesia? ¿A depender solamente de ella, tiempo habría que la cristiandad hubiera visto la realización de esta profecía: "Las naciones harán de sus espadas arados, y un pueblo no desenvainará más la espada contra un pueblo (1)." ¡Oh! no, la falta no era de la Iglesia, era simplemente los últimos restos de vuestro estado de naturaleza (2).

A causa de la libertad humana y á causa también de la tenacidad de esta naturaleza, si se necesita de años para corregir los defectos en un individuo, para corregirlos en una nación, se requieren siglos: y la

1, Micheas; IV, 3.

2. Leer en Bálmes, (Protestantismo comparado con el Catolicismo), los dos muy juiciosos capítulos: "De la suavidad de las costumbres en general.—De la suavización de las costumbres por la acción de la Iglesia.

iglesia que, como Dios su Esposo, es paciente, porque es eterna, empleaba siglos en esa obra. En virtud de sus lecciones tan respetuosas como tiernas, corregiais lenta pero seguramente los defectos de vuestras naturalezas respectivas. Italia se corregia, Francia se corregia, España se corregia, todas os corregiais. También, así como á su llegada y reunion en el seno de la iglesia, cesaron las naciones de ser la *gentilidad* para convertirse en la *cristiandad*; de la misma manera sus progresos fueron designados por un nombre nuevo en el mundo, la *civilizacion*; de bárbaras, pasaban las naciones á civilizadas. Fué pues, para las naciones un estado de gloria y de felicidad. Pero ved también esta otra nota de honor para la iglesia: *realización de su ternura maternal*.

Entre todas las exclamaciones de ternura que salieron del corazón de Jesucristo en los días de su vida mortal, hay una más angustiosa y penetrante que las demás. Expliqué ya varias veces esa exclamación de

la ternura divina; pero el espíritu de Dios me urge á dar de ella todas las interpretaciones posibles.

¡Jerusalem, Jerusalem, qué de veces quise reunir á tus hijos como la gallina á sus polluelos bajo sus alas...!"

El buen Maestro, dicen los comentadores sagrados, se comparaba á la gallina; porque así como esta consiente en calentar indistintamente no solo á sus propios polluelos, sino á los extraños colocados bajo sus alas, del mismo modo Jesucristo vino á reunir indistintamente todas las naciones y todos los extraños, la Galilea y la Fenicia, Egipto y la Judea, Samaria y Jerusalem; no solamente los hijos de Jerusalem, sino los de todas las naciones!

¡Ah! ¡jamás gustó Jesucristo el consuelo de reunir y sentir solamente un pueblo bajo sus alas. Solitarias se extendían en el Gólgota! No habiendo podido probar por sí mismo el gozo de esa reunion, lo dejó á su iglesia: ¡oh iglesia mia, recoge y reúne á todas las naciones! Y ella sintió entónces

subir á su corazón de madre una ternura que el lenguaje humano es incapaz de expresar. El amor, dice Santo Tomas de Aquino, es una fuerza que recoge *amor vis unitiva et concretiva*. La iglesia, en su amor, abría extensamente sus alas sobre la cristiandad y más allá; las extendía ya sobre la América, y hasta hacía los polos: aspiraba á todo recogerlo, todo reunirlo: según el anhelo de Jesucristo su Esposo! ¡habría querido no olvidar nada, no dejar nada fuera de sus alas, nada huérfano!

¡Pero por qué poner en el pasado lo que es siempre del presente? La iglesia no deja de extender á esta hora sus alas..... Tal vez habrá entre los que leerán estas páginas, hombres que, no conociendo á la iglesia, han llevado hasta bien tarde vida errante de huérfanos; ancianos que, mirando sus canas, dicen con tristeza: ¡un nacimiento nuevo, una nueva existencia no es posible!... Desengaños, pobres hermanos: por vosotros pone la Escritura en boca de la iglesia esta suprema protesta de amor

maternal: "Escuchadme, vosotros los que yo queria llevar en mi seno y encerrar en mis entrañas: hasta en vuestra vejez os llevaré tambien, aunque hayais encanecido os salvaré (1)...!" Ese mismo grito de amor es el que ayer todavía, por los acentos enternecidos y asustados de los soberanos Pontífices, repetia la iglesia á las naciones cristianas: "Yo os llevaré, naciones mías, aunque hayais envejecido y encanecido, os llevaré, os salvaré... Angeles de las naciones, velad ahora vuestra paz. Hé aquí la apostasía.

"Jerusalem, Jerusalem, qué de veces quise reunir tus hijos como la gallina sus polluelos bajo sus alas..... y tú no quisiste!"

El pueblo judío no quiso esta reunion bajo las alas: pero vosotras, naciones, despues de haber gustado todas las ventajas, todas las ternuras de esa reunion, no la quereis ya más. Lo que nosotros no quisi-

(1) Isai, XLVI, 3. 4.

mos, por *ceguedad*, vosotras no lo quereis ya por *apostasía*. Lo digo llorando, como San Pablo, *flens dico*: los judíos son ciegos; pero las naciones son apóstatas, *gentes apostatrices* (1)!...

(1) Esta es la razon por que hay á esta hora en el mundo el doble espectáculo lamentable de dos endurecimientos: los restos del pueblo judío, de *cabeza dura* y multitudes en las naciones que tienen el *corazon duro*. ¡Los primeros no comprenden; pero los otros han comprendido y ya no aman!

Así es que bajo la influencia de esta apostasía se ve en las calles fisonomías *duras* que las generaciones precedentes no conocían. Esas fisonomías duras y enconosas, ¡ah! no son ya la figura humana. "Los tigres, dice M. de Chateaubriand, no se civilizan en la escuela de los hombres; pero los hombres se hacen á veces salvajes en la escuela de los tigres." Y el tigre que se forma en el corazon del hombre es tanto más cruel cuanto que ha dormido algun tiempo fascinado, al pié de la Cruz. Sí, nada hay duro como el pecado; pero nada tan duro como el pecado de hombres ó de pueblos apóstatas de la verdad cristiana.

II.

*La descomposicion.*

“No sois ya niños,” murmuraban á los oídos de las naciones, cuando estas crecieron, el protestantismo y la revolucion; “no sois ya niños.” Esto decia al oído de las naciones del Norte el protestantismo, y la revolucion lo repetía á las del Mediodía. Entónces las naciones se dijeron entre sí: ya no somos niños, y añadieron: “rompamos el yugo de la iglesia y sacudámoslo de nuestras cabezas (1)” y alentándose y arrastrándose mutuamente salieron del seno de la Iglesia (2).

1. *Dirumpamus vincula eorum: et projiciamus á nobis jugum ipsorum.* Ps. II.

2. Hemos dado la historia detallada de esta apostasía: se podría hacer para cada nacion, acto por acto, defecion por defecion. Así como hubo una reprobacion lenta del pueblo judío, que Bossuet expuso admirablemente; hay tambien una apostasía lenta, progresiva de las nociones. Cada nacion tiene sus actos

Notad, sin embargo, señores, que no digo que los individuos de esas naciones salieran de la Iglesia; ni aún las masas, siempre las tuvo la Iglesia, sino solamente las naciones constituidas como naciones. Esta distincion es importante para conservar á la Iglesia su catolicidad.

Pues esta salida de las naciones ha producido dos lúgubres acontecimientos que están á vuestra vista: de una parte la corrupcion y la pérdida de las naciones; de otra parte, la Pasion de la Iglesia.

I.—*La corrupcion y la pérdida de las naciones.*

Santo Tomás de Aquino, señores, enuncia sobre la corrupcion considerada en su punto de partida y en su profundidad, dos

de apostasía particulares, y todas tienen otros comunes, por ejemplo, el despojo del patrimonio de San Pedro, en que una despojó y las otras consintieron y ayudaron. Se podría entender esta historia, corta, atractiva, solemne, como materia del futuro “Miserere” de las naciones.

axiomas no ménos aterradores que claros. Vedlos aquí:

Primer axioma: *Siempre que un sér se separa de su principio, se corrompe.* Esto significa que separándose del origen en que se encontró la luz y la vida, entra la corrupcion. Ejemplos: En los cielos, Lucifer se separó de Dios su principio, se corrompió; se corrompió y Lucifer se hizo Satanás. En el Paraíso terrestre, el género humano se separó de Dios su principio, se corrompió y en el género humano entró la muerte. Un hijo abandona la casa paterna, su principio, este hijo se corromperá. Desprendeis una flor de su tallo, su principio, la pobre flor se corrompe. En una palabra, siempre que hay separacion, de su principio, se encuentra la corrupcion: la descomposicion, primer axioma.

Segundo axioma: "Cuando la corrupcion entra en un sér, es tanto mas profunda y repugnante cuanto el sér es más perfecto." *Corruptio optimi pessima*, decian los latinos, la corrupcion de lo mejor es la peor,

Ejemplos; encontrais en vuestro camino una pobre flor deshojada; esto os entristece; encontrais el cuerpo de un animal muerto, esto os disgusta; encontrais un cadáver, aunque sea el de una persona que amasteis esto os horroriza. ¿por qué aquí solamente la tristeza, allá el disgusto, pero más adelante el horror? El axioma os ha respondido: lo que es mejor cuando se corrompe viene á ser lo peor. En la gerarquía de los séres y de sus perfecciones, la planta está en lo último de la escala, sigue el animal, mas perfecto que la planta, y el hombre está sobre todo. Pero tambien, cuando la corrupcion interviene, está en razon directa de la elevacion; la corrupcion de la planta es la que ménos entristece, y la corrupcion del cadáver es la que más repugna: ¡lo que es mejor, cuando se corrompe viene á ser lo peor! Mis dos axiomas son irrefragables, señores, no podeis contradecir su fuerza.

Véamos ahora á las naciones. Se han separado de la Iglesia su principio, de la Iglesia que hizo la Francia, que hizo la Es-

pañía, que hizo la Austria, y pronto se ha declarado la corrupcion en el cuerpo de las naciones. La corrupcion es una desagregacion horrible de las diversas partes que componen un cuerpo. Pues bien, lo primero ha sido la desagregacion de las diversas *clases* que componian intrínsecamente la cristiandad: la monarquía cayó en girones de un lado; del otro, cayeron en girones la aristocracia, la clase media y el noble pueblo; y como decia hace poco una de vuestras hojas públicas, “el gusano de tierra domina en Europa” (1). ¡Desagregacion entre las clases! desagregacion tambien entre las naciones. En otro tiempo se auxiliaban mutuamente en la desgracia; hoy cada una muere por su parte, sin pensar en su vecina que muere tambien.

España estaba ayer en convulsion. Italia agoniza. Servia cuenta sus dias de Otoño. Al Sajon que ha gobernado largo tiempo en Viena, ¿no se le llamó el *sepulture*.

1 Un diario de Bélgica

*ro de Austria* (1). ¡Y no se decia de los últimos acontecimientos de Bélgica: *son los funerales de la constitucion belga!*

A cualquiera parte que vuelva yo la vista, no encuentro otra cosa que aprestos fúnebres para las naciones, respiro un hedor de muerte. En medio de todos esos féretros veo venir el de Francia. M. de Lammennais escribia en 1836: “He visto, y nunca lo olvidaré, he visto esas víctimas desdichadas de una pasion devoradora, presentar en la flor de la edad la repugnante imagen de una completa decrepitud. La frente calva, las mejillas hundidas, la mirada llena de una tristeza estúpida, el cuerpo tembloroso y como encorvado bajo el peso del vicio, agotados el pensamiento, el amor y la vida; próximos ya á ser presa de la disolucion: á su simple vista, se creia oir los pasos apresurados del sepulturero á quitar el cadáver (2)” Esos pasos apresurados del sepulturero, escuchad..... parece

1. M. de Beust.

2. *Essai sur l'indifférence*, t. X.

que se los oye resonar y acercarse..... á propósito de Francia (1).

Pobres naciones cristianas, ¿qué ha sido de vosotras!..... Pero no es esto todo, señores, no os he aplicado aún más de uno solo de mis axiomas: "separarse de su principio es corromperse." Falta el otro: "la corrupción de lo mejor es la peor." ¡Ah! sí, fuisteis lo que hubo de mejor en la historia de las naciones..... y ved ahí que estais en camino de ser lo que habrá de peor.

Pena me cuesta haceros el reproche que vais á oír, pena me cuesta, lo comprenderéis, pero decid, vuestra decadencia moral como nación, ¿no está á punto de alcanzar, para no decir más, la decadencia de la nación judía? El pueblo judío tenía por ley el Decálogo: vosotros teniais por ley el Evangelio: y hoy, ¡oh, naciones! no sola-

1. La elevacion de cimas es lo que hace más profundo y más trágico el abismo de Francia. Sus calamidades se miden por la grandeza de su vocacion. *Corruptio optimi pessima.*

mente ya no toneis el Evangelio, pero ni aún observais el Decálogo: "No matarás, no robarás;" ¿qué haceis entre vosotras y qué dejais hacer contra la iglesia? (1)

Perdonadme, señores, lo que os digo de penoso, el corazon que os habla querria, á precio de su sangre, contribuir á curaros. Pero decid, vuestra decadencia moral como nación, ¿no está á punto de ser como la decadencia de las naciones musulmanas? En este momento las espantais; las cartas que vienen de Turquía, de Persia, de Arabia, dicen que espantais al Oriente (2). El

1. San Agustin dice: "¿Qué son los reinos de este mundo cuando han sacudido el freno de la justicia? Vastos latrocinios. *Remota justitia, quid sunt regna mundi, nisi magna latrocinia.*"

2. Vemos, en efecto, en Europa un espectáculo que nunca dió la Asia: el de las sociedades secretas, convertidas hoy no solamente en públicas, sino autorizadas, teniendo por objeto averiguado y ostensible el aniquilamiento del Catolicismo, la destrucción de todo orden, y la de todo lo que es familia, religion, propiedad, gobiernos, nacionalidades, á fin de todo confundirlo en un socialismo universal.

Padre Lacordaire anunciaba esto un día á los concurrentes de Nuestra Señora: "Venirá tal vez un tiempo para las naciones cristianas de no encontrarse en ellas Scipion, ni áun Saladino." El Padre Lacordaire murió y hoy la figura de Saladino, puesta en Europa, abrumaria por su honradez la figura de casi todos vuestros hombres de Estado.

Perdon otra vez, señores, perdon siempre; pero decid, vuestra decadencia mora como nación, ¿no está á punto de tocar, para no decir más, la decadencia de las naciones de la gentilidad? Vosotros erais en otro tiempo esta gentilidad y venisteis á ser la cristiandad, y ahora que habeis cesado de ser la cristiandad, ni la gentilidad sois: en ciertos puntos de vista quedais por debajo de vuestro antiguo estado de naturaleza.

En la gentilidad ó estado natural, habia á lo ménos el respeto del juramento: hoy las naciones no tienen ya juramento.

En la gentilidad habia á lo ménos la ley

inviolable é inviolada de respeto á la divinidad; hoy en vuestras leyes nada hay para Dios, y no habiendo en vuestras leyes nada para Dios, se oyen en vuestras calles dominar los gritos del blasfemo y la risa de los hombres corrompidos.

En la gentilidad una sola vez se vió á un insensato, tea en mano, incendiar el templo de Epheso: la gentilidad entregó su nombre, Erostrato, á la execración; hoy son ciudades enteras las que han comenzado á arder, y no habiendo más execración universal, sino en vez de ella amnistía, tal vez mañana recomenzará el incendio. (1)

Y como todo esto es el retorno al estado de naturaleza, no debe asombrar, señores, que de países lejanos haya bajado un conquistador tanto mas terrible y salvaje, cuanto que se habia aprovechado de vuestra civilizacion en decadencia. El os trató como se trataba á los pueblos vencidos en el estado de naturaleza; fué inclemente, brutal,

1. Esta Francia que se convierte en tea despues de haber sido fanal. ¡Gran Dios!

codicioso, avaro y en la actualidad, espía, aguarda vuestro estertor, está seguro de él. Habeis abandonado el seno de la Iglesia, naciones cristianas, y cuando despues de vuestra partida, nosotros, sacerdotes de Jesucristo, viendo á vuestra pobre madre desolada, hemos corrido hácia vosotros gritando con angustia: *¡Fuera de la Iglesia no hay salvacion!* *¡fuera de la Iglesia no hay salvacion!* habeis respondido friamente: exajeracion, puede alcanzarse salvacion en otra vida sin ser de la Iglesia. Bien está; Dios ha vengado á la Iglesia y justificado nuestras doctrinas; y las ha justificado áun para esta vida. Estais fuera de la Iglesia, ¡oh naciones! y fuera de ella no veo, ni ve nadie salvacion para vosotras (1).

1. Se ha dicho con razon: los triunfos de la Prusia protestante son debidos á la apostasia política de los países católicos.—Y sin embargo Prusia comenzó el incendio, cuando Lutero quemó públicamente la bula de Leon X, en la plaza de Wittemberg en 1520. En ese momento comienza el incendio del mundo, que las naciones católicas debian extinguir. Á la Revol. religiosa, comenzada por

## 2.º La pasion de la Iglesia.

En el punto opuesto de ese espectáculo de las naciones moribundas, tiene lugar, dije, el otro lúgubre acontecimiento, la pasion de la Iglesia. Todas las naciones han abandonado sus alas, ninguna le queda; me engaño, le quedan algunas islitas de la Oceania, cuyos gobiernos respetan las leyes de la Iglesia, la aman con sus insulares y envian al Papa tiernas protestas de fidelidad. De tantos pueblos y gobiernos que fueran sus hijos, eso es todo lo que queda oficialmente á la Iglesia.

Esa partida de las naciones constituye verdaderamente su pasion. La pasion para Jesucristo consistió en derramar; en perder toda su sangre en favor de las naciones.

La pasion para la Iglesia consistirá en perder Lutero y la Prusia, siguió la Revoluc. política en Francia en 1789; y ahora la Revoluc. social en todas partes. Pero el primer tizon vino de Wittemberg. Si las naciones católicas lo hubieron comprendido, ¡si lo comprendieran!

der las naciones, en sentir arrancárselas de su seno. Las naciones, ¡ah! habían venido á ser concorporales con la Iglesia, como dice San Pablo, y por esto no se ha podido arrancártelas sino destrozando sus entrañas: y por esto tambien, ¡oh cismas, cisma de la heregía, cisma de la revolución, yo os detesto, porque al quitarme hermanos, habeis destrozado las entrañas de mi madre!

Ha comenzado pues la Iglesia su Pasión, ¡ahí la teneis ante vosotros en la actitud de un Viernes Santo! El mismo profeta que había visto su fecundidad, vió tambien su soledad. Ella estaba sentada en los caminos reales de las naciones, y decia: "Soy como el ciprés en la montaña de Sion, *tanquam cypressus in monte Sion* (1) el ciprés imagen de la muerte de mi alma." Ella decia: "Mi corazón se ha hecho semejante á la cera que se derrite: mi semblante se ha hinchado á fuerza de llorar, y mis

1. Ecclesiast., XXIV.

pupilas se han cubierto de tinieblas (1)" Tambien decia á los que pasaban: "¡Habeis visto á mis hijos!..... Ya no me llameis *Noemi* ó la madre de las naciones, sino llamadme *Mara* ó la pobre abandonada (2)."

¡Qué de cosas habria que decir, señores, sobre esta pasión de la Iglesia! Porque á los sufrimientos del alma se han añadido los del cuerpo; ella está no solamente abandonada, sino tambien perseguida. En otro tiempo y áun siempre, desde que está en la tierra, ha tenido la Iglesia que sufrir; pero entónces las naciones participaban en sus sufrimientos, ¡la madre sufría con sus hijos! pero hoy sufre sola, y de parte de sus hijos; esto es lo que hace su pasión. ¡Oh, Dios mío! decid, decid, ¡todavía dejareis durar largo tiempo la pasión de nuestra madre!.....

Se presentaron un dia en el tribunal del rey de Israel dos mujeres disputándose un niño: una era la madre verdadera; la otra

1 Job. XVI.

2 Ruth., I.

la mujer de tinieblas. La verdadera madre dice al rey: "Oh rey, mi señor, aquella, levantándose en el profundo silencio de la noche, me robó, estando yo dormida, mi hijo que tenía á mi lado." La otra mujer respondió: "no es verdad lo que decís," y seguían disputando así en presencia del rey. Entonces dijo éste: "Venga una espada;" inmediatamente sonó un grito que solo una madre podía dar: "Señor, os suplico que deis el niño á esa mujer y no le mateis." Y el rey pronunció esa sentencia que ha quedado por uno de los monumentos imperecederos de la sabiduría que había pedido á Dios, porque junto al Templo de Salomon, coloca la historia en la misma línea el Juicio de Salomon.

Pasando de los siglos de la justicia antigua á los de la justicia cristiana, he encontrado un día de nuevo á esas dos mujeres con la misma contienda, la verdadera madre y la mujer de tinieblas. La verdadera madre era la iglesia. Aprovechándose de su sueño pacífico al fin de la edad media

cuando todas las naciones reposaban bajo sus alas, la mujer de tinieblas la había robado sus hijos. Alargando su brazo á la izquierda, le había robado las naciones del Norte por el cisma; alargando su brazo á la derecha, le robó las naciones del Mediodía por la revolución. La iglesia reclamaba justicia como veis, la causa había tomado mayores proporciones. Pero no solo había crecimiento de causa, lo había también de tribunal: no era ya un solo príncipe quien iba á pronunciar, eran todos los príncipes ó la autoridad universal. Pero ¡ah! no era ya la autoridad en Francia Carlomagno ni San Luis; no en España Fernando el Católico; en Inglaterra San Eduardo; en Alemania Othon el Grande; en Italia San Amadeo. El juicio se ha dado, y esta vez la mujer de tinieblas se ha llevado las naciones á la vista de la justicia. La verdadera madre ¡ah! levantó gritos sublimes; cayó de rodillas, mostrando á sus jueces la Cruz, que á ellos mismos los había criado. La autoridad, tocada de vértigo ó

de miedo, nada comprendió de la Cruz, ni de esos gritos que revelaban una madre.

¡Quiere decir esto que para nosotros católicos la autoridad se ha minorado y que ya no la respetamos? ¡Guárdenos Dios de esa blasfemia! La autoridad es y seguirá siendo la autoridad; pero juntamente nos es muy permitido esperar que la autoridad volverá á ser santa: nos es permitido esperar que al fin se apiadará Dios de nuestras desgracias; se apiadará de esas naciones que fueron sus hijas, y se apiadará de la iglesia su madre. “*Yo suscitaré, dice el Señor, delante de mí un hombre segun mis miras, segun el espíritu de Salomon y de David.* Cuando vendrá este hombre, recobrará ese espíritu, que fué tambien el de San Luis: él anulará, señores, él anulará el juicio de la iniquidad y del miedo, y devolverá á la iglesia, á la pobre madre, las naciones que le fueron robadas!

---

### Discurso sexto.

---

UNICO GUARDIAN DE LA ALIANZA CON DIOS  
QUE SE CONSERVA FIEL.

Señores:

Hay en el Antiguo Testamento una escena incomparable de majestad conmovedora: aquella en que Moisés, el gran legislador, ántes de subir el Nebo para saludar de léjos la Tierra Prometida y morir, reúne por última vez las doce tribus y se despidió de ellas bendiciéndolas. Sobre cada una pronuncia una bendición particular. Desea la fuerza á la tribu real de Judá, la fertilidad y abundancia á las de Ephraim y Manasés; amorosa confianza en el Señor, á la de Benjamin; pero, llegado á la tribu sacerdotal de Leví, parece Moisés mas par-

de miedo, nada comprendió de la Cruz, ni de esos gritos que revelaban una madre.

¡Quiere decir esto que para nosotros católicos la autoridad se ha minorado y que ya no la respetamos? ¡Guárdenos Dios de esa blasfemia! La autoridad es y seguirá siendo la autoridad; pero juntamente nos es muy permitido esperar que la autoridad volverá á ser santa: nos es permitido esperar que al fin se apiadará Dios de nuestras desgracias; se apiadará de esas naciones que fueron sus hijas, y se apiadará de la iglesia su madre. “*Yo suscitaré, dice el Señor, delante de mí un hombre segun mis miras, segun el espíritu de Salomon y de David.* Cuando vendrá este hombre, recobrará ese espíritu, que fué tambien el de San Luis: él anulará, señores, él anulará el juicio de la iniquidad y del miedo, y devolverá á la iglesia, á la pobre madre, las naciones que le fueron robadas!

---

### Discurso sexto.

---

UNICO GUARDIAN DE LA ALIANZA CON DIOS  
QUE SE CONSERVA FIEL.

Señores:

Hay en el Antiguo Testamento una escena incomparable de majestad conmovedora: aquella en que Moisés, el gran legislador, ántes de subir el Nebo para saludar de léjos la Tierra Prometida y morir, reúne por última vez las doce tribus y se despidió de ellas bendiciéndolas. Sobre cada una pronuncia una bendición particular. Desea la fuerza á la tribu real de Judá, la fertilidad y abundancia á las de Ephraim y Manasés; amorosa confianza en el Señor, á la de Benjamin; pero, llegado á la tribu sacerdotal de Leví, parece Moisés mas par-

ticularmente conmovido y enternecido: abarcando en su mirada de legislador y de profeta el pasado y el futuro, pronuncia sobre ella esta bendición, esta profecía: ¡Aquellos son, oh Señor, los que guardaron tu alianza!..... ellos quemarán el incienso en el tiempo de tu cólera. y pondrán el holocausto en tu altar (1).

Cuando Moisés, bajando del Sinaí con las Tablas de la Ley, encontró á Israel danzando alrededor del becerro de oro, una sola tribu estaba austeramente retirada de esta danza obscena, nada mas una; la tribu sacerdotal de Levi: aquellos son, oh Señor, los que guardarán tu alianza!

El Señor—nadie ignora este punto del Antiguo Testamento—habia hecho alianza con todas las doce tribus que componian la nacion judia: pero lo que algunos tal vez ignoran es, que la tribu sacerdotal de Levi fué escogida y separada para

1 Deut. XXXIII. *Hi pastum tuum servaverunt.... Punent thymiamma infurete tuo, et holocaustum super altare tuum.*

ser el guardian perpetuo de esta alianza (1) por esto el Señor celebró un pacto con esa tribu, que se llamaba el pacto de Levi (2): y ved por qué Moisés, en el momento de morir, entreviendo á través de los siglos la fidelidad de la tribu guardian, exclamó bendiciéndola: “Aquellos, Señor, guardarán tu alianza: ellos quemarán el incienso en tiempo de tu cólera, y colocarán el holocausto sobre tu altar.” Tal fué la escena de despedida de Moisés, y tal fué tambien su profecía sobre *guarda de la alianza*.

Cuatro mil años han corrido, señores, despues de esta profecía. La tribu de Levi existe siempre, pero trasformada y perfeccionada: ella es hoy el clero católico con todos sus obispos, todos sus sacerdotes, todas sus vírgenes, todas sus casas religio-

1. En recompensa de su celo en castigar la adoracion del becerro de oro, atribuyó Dios á los Levitas el sacerdocio, que hasta entónces habia sido ejercido por los primogénitos de Israel.

3 Malach. II.

sas: tribu *levítica* segun la gracia, que ha sucedido á la tribu de Levi segun el nacimiento.

En esta hora de angustia profunda en que tantos ataques son dirigidos en los periódicos, en las calles y hasta en las Asambleas nacionales contra el clero y su mision de orar y de enseñar, creo responder á un designio de lo alto y á una necesidad del momento haciendo que siga al asunto *la Apostasia*, este otro: *Unico guardian de la alianza con Dios que se ha conservado fiel.*

Hace poco, el error y la pasion lanzaron este grito: el clericalismo, hé aquí el enemigo. Quería yo ser la imparcialidad que responde: el clero, hé aquí la fidelidad y la abnegacion.

Yo os propongo, señores, estas dos severas y solemnes reflexiones.

Primera: *En esta hora de crisis y de apostasia, solo el clero queda siendo guardian de la alianza con Dios.*

Segunda: *Obstáculos á través de los cua-*

*les el clero guarda y guardará la alianza (1).*

I.

En esta hora de crisis y de apostasia queda siendo el clero el solo guardian de la alianza con Dios.

Ante todo, señores, importa partir de una definicion. ¿Qué es la alianza en general, y qué es la alianza con Dios?

De una manera general, una alianza es una sociedad. Cuando se hace alianza, se forma sociedad; sociedad con un objeto especial, que es ayudarse y sostenerse. La alianza es una sociedad entre dos ó

(1). La palabra clero es derivada del griego *Kleros*, suerte, porcion, herencia, porque el clero es como una porcion de la herencia del Señor. La palabra *pretre* (sacerdote,) viene igualmente del griego y significa anciano, porque el sacerdote debe tener la sabiduria del anciano. La palabra *sacerdocio* viene del latin *saera*, cosas santas, *dare*, distribuir: porque el sacerdote es el distribuidor de las cosas santas. Casi son sinónimas estas diversas denominaciones. Las emplearemos indistintamente.

varios contratantes, con ese fin de ayudarse y sostenerse. De este modo, la alianza conyugal es una sociedad de afecto y de mútuo sostén; y un tratado de alianza es una sociedad de fuerzas entre dos pueblos.

La alianza con Dios no es otra cosa, señores. Es una sociedad por la cual Dios y el hombre se han dado la mano, Dios para inclinarse hácia el hombre con sus beneficios, el hombre para elevarse hácia Dios con sus alabanzas. Dios ayudará al hombre y el hombre celebrará à Dios: hé aquí la alianza. Esto indica el grande nombre de religion, que significa propiamente ligar, unir, religarse; la religion es una alianza porque liga Dios al hombre y el hombre à Dios; pone à Dios y al hombre en sociedad.

Es, pues, la alianza, una sociedad entre Dios y el hombre. Comprendida bien esta definicion, busquemos ahora cuáles son los guardianes que han sido designados por el

cielo y la tierra para velar por esta sociedad entre Dios y el hombre.

1º El primer guardian designado por la voz de Dios y la voz de los pueblos, era el sacerdocio ó la *familia de los sacerdotes*. En efecto, señores, si lo reflexionais, todas las funciones que llena el sacerdote tienen esto de muy notable: ser, por decirlo así, *actos de sociedad* continuos entre Dios y el mundo. No llena el sacerdote una sola funcion de su ministerio que no toque à la vez à Dios y al mundo para asociarles y reunirles en una santa alianza. Tomemos separadamente las principales funciones del sacerdote.

La primera funcion sacerdotal es *ofrecer*. Pues bien, el sacerdote ofrece à Dios y à los hombres. A Dios ofrece el pan y el vino santificado, ofrece el incienso; à los hombres ofrece la vida eterna, la gracia y el perdon. En el augusto sacrificio de la misa en el momento de la Elevacion, ofrece la Eucaristía de parte del cielo, y en el momento de la Comunión ofrece la Euc-

ristía de parte de la tierra. Hé aquí un primer acto de sociedad ó de alianza de que es depositario el sacerdote: ofrecer Dios y ofrecer à los hombres.

La segunda funcion sacerdotal es *hablar*, y llenándola, el sacerdote habla á Dios y habla à los hombres. Habla á Dios en nombre de los pueblos en la oracion cotidiana y pública à que le obliga su *oficio* y su *breviario* (1) y habla à los pueblos en nombre de Dios por la predicacion de la verdad y del Evangelio. Hé aquí un segundo acto de sociedad ó de alianza de que es depositario el sacerdote, hablar à Dios y hablar à los hombres.

En fin, la tercera funcion sacerdotal es *benedicir*. Ejerciéndola, el sacerdote bendice à Dios y bendice à los hombres. A Dios por la alabanza. ¡Que el nombre del Señor sea bendito y alabado! y despues

(1). *Oficio* quiere decir *deber* que el sacerdote llena orando en nombre de los pueblos cuyo mandata rio es.— *Breviario* quiere decir *compendio* de oraciones.

que ha bendecido al Señor, vuélvese el sacerdote y bendice à los hombres: ¡Bendígaos Dios omnipotente! Ved, pues, un tercer acto de sociedad ó de alianza, de que es depositario el sacerdote: bendecir à Dios y bendecir à los hombres.

Y así las funciones sacerdotales miran à la vez, para unirlos, al cielo y à la tierra. El sacerdote es un sublime lazo de union. Así uno de los nombres màs antiguos y màs grandes dados à los sacerdotes en las páginas de la Biblia, nombre reservado hoy para el papa y los obispos, era el de pontífice: esto es el sacerdote. El Pontífice, como su nombre lo indica, es un puente-pontif ex, hace *puente* un puente de alianza tendido entre dos colinas, las colinas de la tierra y las colinas del cielo; un puente de alianza tendido entre dos riberas, la ribera del tiempo y la ribera de la eternidad. Por este puente, es decir, por las manos y por los labios del sacerdote, las ofrendas y las alabanzas de la tierra pasan y son presentadas al cielo. Y por este mismo puente la

verdad y las bendiciones del cielo pasan y llegan à la tierra. Un sacerdote que dejara de decir la verdad seria un puente quebrado: un sacerdote que dejara de bendecir seria un puente que se habia venido abajo.

Tal era, pues, señores, el primer guardián y depositario de la alianza entre Dios y el mundo: el clero, el sacerdocio. (1).

(1) Tracé las grandes líneas de la fidelidad sacerdotal: hé aquí los detalles tomados de dos plumas célebres:

¿Sabeis lo que es un sacerdote, vosotros à los que este solo nombre irrita ó hace sonreír de desprecio? Un sacerdote es, por deber; el amigo, la providencia viviente de todos los desgraciados, el consolador de los afligidos, el defensor de todo el que está privado de defensa, el apoyo de la viuda, el padre del huérfano, el reparador de todos los desórdenes y de todos los males que engendran vuestras pasiones y vuestras funestas doctrinas. Su vida entera no es sino una larga y heroica consagración à la dicha de sus semejantes. ¿Quién de vosotros consentiria en cambiar como él, las alegrías domésticas, todos los goces, todos los bienes que los hombres buscan con tanta avidez, por trabajos oscuros, deberes penosos, funciones cuyo ejercicio despedaza el corazón y repugna à los sentidos para no recoger

¿Cuáles eran los otros guardianes?

2º Después de la familia sacerdotal, la Providencia habia puesto como segundo

con frecuencia otro fruto de tantos sacrificios que el desden, la ingratitud y el insulto? Estais hundidos todavia en profundo sueño, y ya el hombre de caridad, anticipándose à la aurora, ha vuelto à comenzar el curso de sus benéficas obras: ha aliviado al pobre, visitado al enfermo, enjugado las lágrimas del infortunio ó hecho correr las del arrepentimiento, instruido al ignorante, fortificado al débil, afirmado en la virtud almas turbadas por el huracan de las pasiones. Después de una jornada de tales beneficios, llega la noche, pero no el reposo. A la hora en que el placer os llama à los espectáculos, à las fiestas, se ocurre de prisa al ministro sagrado; un cristiano toca à sus últimos momentos; va à morir, y tal vez de una enfermedad contagiosa: no importa; el buen pastor no dejará esperar su oveja sin endulzar sus angustias, sin rodearla de los consuelos de la esperanza y de la fe, sin rogar à su lado al Dios que murió por ella, y que le da, en este instante mismo, en el sacramento de amor, una prenda cierta de inmortalidad. ®

Hé ahí el sacerdote, héle ahí, no tal como juzgando por algunas excepciones escandalosas gusta figurárselo vuestra aversion, sino tal

guardian de la alianza “la familia de los reyes.” El rey era la expresion y en cierta manera la derivacion de la majestad de

como realmente existe en medio de nosotros. (Lam-nais, *Essai sur l'indifference*, tomo 1).

Se ha podido reprochar à los curas preocupaciones de estado ó de ignorancia; pero, despues de todo, la sencillez de corazon, la santidad de vida, la pobreza evangélica, la caridad de Jesucristo, hacian de ellos uno de los órdenes más respetables de la nacion. Se vió á varios que parecian ménos hombres que espíritus benéficos bajados à la tierra para alivio de los miserables: frecuentemente se rehusaron el pan para alimentar à los necesitados y se despojaron de sus vestidos para cubrir con ellos al indigente. ¿Quién osaría reprochar à tales hombres alguna severidad de opinion? ¿Quién de vosotros, soberbios filántropos, querría, en los rigores del invierno, ser despertado à media noche para ir à administrar à distancia en los campos al moribundo que espira sobre un lecho de paja? ¿Quién de vosotros querría tener incesantemente destrozado el corazon à la vista de una miseria que no se puede socorrer, verse rodeado de una familia cuyas mejillas descoloridas y ojos hundidos anuncian el ardor de la hambre y de todas las necesidades?

¿Consentiríamos en seguir à los curas de Paria, à esos ángeles de humanidad à la man-

Dios; por esto se le decia: “Vuestra Majestad.” Era pues natural que la realeza fuese, despues del sacerdocio, el guardian de la Alianza con Dios; porque, como dice magníficamente Bossuet, los reyes, lo mismo que el sol, no han recibido en vano el brillo que les rodea.

Un profeta de Israel tuvo un dia una vision, y la cuenta así en el Libro sagrado.

“El ángel del Señor me hizo ver un candelero de oro, y ardian siete lámparas en los brazos de este candelero.

“Y ví tambien dos olivos que se elevaban, uno à la derecha y el otro à la izquierda del candelero de oro.

“Y dije al ángel: mi Señor, ¿qué es esto? ¿qué significan estos dos olivos alrededor del crimen y del dolor para consolar el vicio bajo las más repugnantes formas, para derramar la esperanza en un corazon desesperado? ¿Quién de nosotros, en fin, querría secuestrarse del mundo de los dichosos para vivir eternamente entre los sufrimientos y al morir no recibir por recompensa de tantos beneficios más que la ingratitud del pobre y la calumnia del rico? (Chateaubriand, *Génoie de cristianismo*.)

del candelero, uno à su derecha y el otro à su izquierda?

“Y el àngel me respondió: estos dos olivos son “los dos hijos del oleo santo” que asisten y velan ante el Dominador de toda la tierra (1).”

Ved, sobre esta misteriosa vision, una de las más bellas explicaciones dadas por los intérpretes sagrados:

El candelero de oro es la Iglesia católica, patria de la luz, de la verdad, y centro de la Alianza con Dios.

Los dos hijos del Oleo Santo, velando alrededor del candelero, son el sacerdocio y la realeza, el Pontífice y el Príncipe. Los dos, en efecto, “son hijos del oleo santo,” porque el santo crisma hace los pontífices (2), y la “consagracion” hacia los reyes (3). Y los dos guardaban la Iglesia

1 *Isti sunt duo filii olei qui assistunt Dominatori terrae, Zach. IV. 14.*

2 La palabra *Crisma* viene del griego *Krisma*, que significa aceite sagrado.

3 La consagracion de los reyes de Francia se hacia en la catedral de Reims con la santa

católica, centro de Alianza, como los dos olivos alrededor del candelero de oro; el sacerdocio velaba à la derecha, la realeza velaba à la izquierda: el Pontífice guardaba la Alianza con el incensario, el Rey la guardaba con la espada: el Pontífice enseñaba la verdad, y el Príncipe hacia observar la justicia. . . . ¡Ah! representaos señores, ese místico candelero de oro llevando flamas en todos sus brazos, es decir, la Iglesia católica en un hermoso tiempo de luz, de paz, de serenidad. Representaos despues las flamas vivas del candelero despidiendo fulgores, à la derecha sobre la tiara de los pontífices, à la izquierda sobre la corona de los príncipes; à la derecha so-

*ampolla*. El arzobispo de Reims se dirigia hacia el príncipe que juraba conservar las libertades de la Iglesia, y despues de varias oraciones, le consagraba rey y le hacia siete uncciones. La palabra *ampolla* viene del latin *ampulla*, redoma. Estaba llena de un aceite inagotable que desde Clovis servia para consagrar à todos los reyes de Francia. En 1793 el representante del pueblo, Ruhl, se apoderó de la santa ampolla y la quebró.

bre rostros como los de San Pedro. San Gregorio, San Leon y toda la cadena de Pontífices; á la izquierda sobre rostros como los de Constantino, de Carlo Magno, de San Luis y toda la cadena de reyes cristianos. ¡Representaos todo esto, ese candelero de oro, esas flamas vivas, esos nobles semblantes, esos grandes nombres, esa paz, esa serenidad, y tendreis en ese conjunto una imagen de los tiempos afortunados en que, para guardar la Alianza, habia union entre el Pontífice y el Príncipe, entre el sacerdocio y la realeza!

Porque los reyes eran, hemos dicho, la expresion de la Majestad de Dios, se les llamaba, Vuestra Majestad. Los Soberanos Pontífices, queriendo reconocer la fidelidad de su guarda en torno de la Iglesia, añadieron esta palabra Majestad un calificativo de honor y de gratitud. Llamábaseles:

Al rey de Francia: "Su Majestad Cristianísima."

Al rey de España: "Su Majestad Católica."

Al rey de Portugal: "Su majestad Fidelísima."

Al rey de Austria y de Ungría: "Su Majestad Apostólica."

¡Oh tiempos afortunados en que el pueblo guardaba sus reyes, porque estos eran los primeros en guardar á Dios, siendo príncipes *guardias de corps* del Cristo y de su Iglesia! Entónces "El pueblo perdonaba faltas al príncipe, como el hijo perdonaba debilidades á su padre; compadecía la levadura de la humanidad que habia en el príncipe, lo mismo que en el último de los mortales. El Soberano tenia fé en su pueblo, y éste la tenia en su Soberano: creian el uno en el otro: se habian dado la mano no para un día, sino ante Dios y para todos los siglos, en nombre de los muertos y de los vivos, en nombre de los antepasados y de la posteridad. El príncipe bajaba tranquilo al sepulcro dejando sus hijos bajo la guarda de su pueblo, y el pueblo

viéndolos niños y sin fuerzas, los guardaba en espera de ser guardado por ellos (1).

3.º En fin, señores, á la vanguardia del sacerdocio y de la realeza habia colocado la Providencia un tercer guardian de la Alianza: las naciones eran este guardian.

Las naciones formaban como la muralla de la Alianza: llamábase esta muralla: la cristiandad. Cada nacion cristiana tenia su rango marcado en la guardia, con sus estandartes, sus enseñas y sus colores, juntas, recordaban el famoso cuadrado que las doce tribus de Israel, de marcha en el desierto, formaban alrededor de la arca de la alianza.

El cuadrado macedoniano es célebre en la historia: por medio de él venció Alejandro á todos los innumerables ejércitos de Asia (2). El cuadrado que formaban las

1 (Lacordaire). Conferencia sobre la autoridad.

2 En el cuadrado *macedónico* cada fila tenia diez hombres de fondo, todos armados de pica de 21 piés. Las picas de las cinco primeras filas sobresalian todas igualmente, ope-

tribus de Israel alrededor del Tabernáculo, no es ménos célebre: su aspecto fué el que entusiasmó á Balaam cuando exclamó, en lugar de maldecir á Israel: ¡Qué hermosos son tus pabellones, oh Jacob; cuán bellas son tus tiendas, oh Israel! (3).

niendo así al enemigo cinco veces más puntas que hombres habia de frente. A partir de la sexta fila hasta la última, venian las picas á apoyarse sucesivamente sobre las espaldas de los que se encontraban delante, de manera que presentaban un maciso impenetrable. Esta masa inerte absorbía demasiasdas fuerzas cuando se peleaba con tropas más ágiles, como la legion romana; pero era excelente para arrollar los ejércitos innumerables y tumultuosos de los reyes de Asia.—(Cantú). *Hist. Univ.*

1 El cuadrado de Israel estaba formado así:

La tribu de Judá estaba al oriente con Issachar y Zabulon, mirando la entrada del Tabernáculo.

Ruben con Simeon y Gad, al mediodía.  
Ephraim con Manasés y Benjamin, al Occidente.

Dan con Aser y Nephtalí al septentrion.  
Estas doce tribus formaban un campo de figura cuadrada que dejaba en medio nu

Pero estas falanjes antiguas no valian ni con mucho lo que la cristiandad, á que se puede dar el nombre de "cuadrado católico." Cuatro naciones, en efecto, formaban como una línea de batalla de cuatro lados alrededor de la Iglesia: Francia, Austria-Hungría, España, Italia. La Iglesia, sin duda, era visible y estaba extendida por todas partes, pero particularmente en medio de estas cuatro naciones que la protegían y formaban su cuadrado de defensa, su cuadrilátero inexpugnable.

Francia con sus Carlos Martel, sus San Luis, rechazando á los sarracenos;

España con sus Cid Campeador, rechazando á los moros;

Italia con sus altivas repúblicas de Génova, de Pisa, de Florencia, de Venecia, rechazando á los piratas que infestaban los mares;

Austria-Hungría con sus Don Juan, sus vasto espacio, en cuyo centro estaba el Tabernáculo; y enrededor las tiendas de los Levitas *Verengig t. II.*

Juan Itunyade y sus Matías Corvin, rechazando al islamismo.

Tal era el incomparable cuadro católico contra el que todas las fuerzas del mundo venian á estrellarse exteriormente, al mismo tiempo que todas las puertas del infierno venian, en el interior del cuadrado, á estrellarse contra la cátedra de Pedro.

Señores, despues de estas descripciones parciales, podemos darnos cuenta del bello orden que formaba en su conjunto la guardia católica alrededor de la Alianza.

Esta, hemos visto, es una sociedad entre Dios y el hombre. La Iglesia con su divino Tabernáculo, era el centro de esta sociedad.

En las gradas de la Iglesia, la familia de los sacerdotes, ofreciendo á Dios y ofreciendo á los hombres, hablando á Dios y hablando á los hombres, bendiciendo á Dios y bendiciendo á los hombres.

Despues la familia de los reyes, velando sobre ese bello orden con el cetro y la espada.

En fin, alrededor de todo, el cerco de las naciones cristianas ó la trinchera de la Cristiandad: tal fué el único espectáculo que presentara, hasta el momento del protestantismo y de la Revolución la guardia católica alrededor de la Alianza: la guardia católica, es decir, el sacerdocio, la realeza y las naciones.

Y ahora, ¡oh Dios mio, por qué tengo que hablar de defecciones! Mi corazón se encoge al pensar que la tierra cristiana ha venido á ser tierra de infieles, el país de la infidelidad. Oh pueblos de la Europa, ¿por qué habeis quebrado con la Alianza? ¿Cuando velabais sobre Jesucristo y su tabernáculo, Jesucristo no velaba tambien del fondo de su tabernáculo sobre vosotros?

En la densa noche de este siglo XIX, busco en torno del tabernáculo de la Alianza y de la Iglesia, busco á la Cristiandad ó la guardia de las naciones; y las naciones ya no guardan, la Cristianidad se ha retirado. Busco á Francia el soldado de Dios: ah! no tengo valor de decirlo, nunca diré

que Francia ha defecionado, quiero mejor decir que el soldado de Dios cayó herido mortalmente al pié de la trinchera.

Pero sin duda los reyes habrán permanecido fieles á su guardia, ellos los hijos del oleo santo, los hermanos del Rey-Pontífice. Busco pues á los reyes..... oh sorpresa congojosa, ya no están: los reyes borraron de sus frentes la consagracion; dejaron de ser el olivo á la izquierda del candelero de oro. (1)

1. Mientras escribiamos estas líneas llenas de tristeza, se nos presentaban de tal manera grandes la magestad y la responsabilidad de los reyes, que releíamos al mismo tiempo para penetrarnos de ellos, los nobilísimos sentimientos de Santa Teresa. Describiendo los diversos grados de oracion ó de union á Dios, asigna á los reyes el grado más elevado, el que toca al éxtasis, y exclama:

“¡Qué admirable estado para los reyes el de una oracion tan sublime! ¡Cuánto más les valdria trabajar en adquirirlo, que en procurar conquistar nuevas provincias! ¡Qué orden y qué justicia se veria florecer en sus Estados! ¡Cuántos males serian evitados! ¡Cuántos habrian ahorrado ya al mundo tales reyes!

Y así, las naciones se han revelado, los príncipes se han revelado, ¿qué resta, pues, gran Dios, qué va á quedar para guardar vuestra alianza?.....

Quedan ¡oh pueblo! mírales para admirarles, quedan aquellos de quienes se ha

Cuando se ha visto la verdad á esta luz divina del éxtasis no se teme ya perder ni la vida, ni el honor por amor de Dios. ¡Qué preciosa disposicion en los monarcas que, más estrechamente obligados que sus súbditos á defender el honor de Dios, deben por la piedad marchar á la cabeza de los pueblos! Para hacer dar un paso á la fe, para ilustrar con un rayo de luz á esos infortunados herejes, estarían dispuestos á sacrificar mil reinos y tendrían razon, porque en cambio de ese sacrificio se asegurarían la posesion de un reino que no tiene fin. ¡Ah! que de ese torrente de felicidad que corre en la ciudad de Dios caiga solamente una gota en mi alma. Basta ella para que todo este bajo mundo no le inspire más de invencible disgusto. Si, el sacrificio de mi vida me parecería muy poco al precio de una sola de estas verdades comunicada á los hombres. Viendo mi impotencia, me vuelvo á vos, Señor, y os conjuro á remediar tantos males. Vos, que sondeáis mi corazon, sabéis que, gustosa, con tal que yo pue-

dicho: el clericalismo, hé ahí el enemigo y de quienes hay que decir: el clero, hé ahí la fidelidad y la abnegacion.

«Mi pacto es con Leví,» dijo el Señor de

da vivir sin ofenderos, me desprendería de los avores de que me habeis colmado para trasladarlos sobre la cabeza de nuestros reyes. Desde entónces, lo sé, no podrian ya consentir en tantas cosas como autorizan, y estas gracias serian en ellos un origen fecundo de los mayores bienes. ¡Oh, Dios mio! ilustradlos sobre la extension de las obligaciones. Qué no deben hacer por vos, que tanto les habeis elevado en la tierra. Habeis puesto el sello de vuestra majestad sobre su frente. . . .

Mi lenguaje es tal vez muy atrevido. Sabedlo, sin embargo, si les pudiera hablar cara á cara, y tuviera la esperanza de que me escucharan, les diria estas verdades aun con mayor energía. Oro tanto por ellos, y tanto desearia que Dios accediese á mis súplicas. Sí, ofreceria mi vida en sacrificio para obtener que fuesen reyes, segun el corazon de Dios; ciertamente seria esto bien poco para ganar mucho.»

No parece que á esta hora Leon XIII, en sus relaciones tan llenas de tacto y de grandeza para con los soberanos, traduce en hecho esta sublime página de Santa Teresa.

los ejércitos (1). Mientras todos los otros guardianes han abandonado su guardia, la tribu levítica y sacerdotal ha permanecido en pié replegada al rededor del tabernáculo de la alianza. ¿Qué grandioso espectáculo ofrece á esta hora, noble tribu solitaria, y cómo callaria yo mi admiracion.

Veo en primer lugar el vaticano: allí está el gran sacerdote, un anciano á la vez cargado de años y jóven como la Iglesia. Hablando de sí mismo, decia él hace poco: "que era un soberano cuyas alas se extienden hasta los extremos del mundo." Aun parece que las alas de este soberano sacerdote crecian y crecian á medida que los reyes sus hermanos abandonaban su guardia: ¡oh! sí, ellas han crecido para cubrir el tabernáculo de la alianza y tambien la justicia que la defeccion ha puesto en peligro. En rededor suyo se han estrechado todos los obispos, y en rededor de éstos to-

1. Pactum meum cum Levi, dicit Dominus Deus exercituum. (Malach. II, 4).

dos los sacerdotes y todas las casas religiosas: nadie, ó casi nadie, falta á su puesto de peligro y de honor. Así rodeado, ¿qué hace todos los dias ese Pontífice Rey del Vaticano. y con él todos los obispos, y con los obispos todos los sacerdotes, ¿qué hace? Ofrece, habla y bendice.

Ofrece la víctima entre el cielo y la tierra.

Habla á Dios y habla á los hombres.

Y bendice.

Siendo un prisionero, no puede más que hablar y bendecir; y él habla y bendice todos los dias. A toda hora del dia bendice. Yo os bendigo, hijos míos, bendigo vuestras almas, bendigo vuestras familias, bendigo vuestra vida y vuestra muerte, bendigo á Francia: ¡ah! decidla que la bendigo.

Guarda la alianza el noble y grande Pontífice, solo olivo que queda y siempre en flor ante el candelero de oro, guarda la alianza. Y con él, obispos, la guardais todos. Y con él, ó sacerdotes, ó vírgenes, ó casas religiosas, la guardais todos. No, no

se vió y no se verá jamás en la historia de la alianza un momento más triste, ni más tierno, ni más solemne: todas las guardias defecionaron, excepto la falange sacerdotal.

Pío IX decía: «Los cetros se quiebran, pero las llaves de Pedro permanecen siempre intactas.» Son las llaves del guardian fiel... las llaves del porvenir.

## II

*Obstáculos á cuyo través el clero guarda y guardará la alianza.*

He mostrado que en esta hora de crisis y defeciones el clero solo resta siendo guardian de la alianza con Dios. Para ser completo, importa hablar ahora de los obstáculos á cuyo través guarda el clero y guardará la Alianza. Varias veces en el curso de este escrito me ha acontecido á mí, hijo de Israel, hablar colodándome en medio de los israelitas, mis hermanos, se-

gun la carne. Ahora, hijo de la Iglesia, me pongo con humildad y alegría en medio de los sacerdotes, mis hermanos, según la gracia y el sacramento del orden.

¡Señores, ya era una prueba bien dolorosa para el sacerdote quedar solo en vela de ese tesoro de la Alianza, porque lo es la soledad, cuando antes velaban tantos en su compañía! Sin embargo, esto no era más del principio de la prueba: lo que nos la hace mucho más dolorosa, es que los que deberían ayudarnos en nuestra guarda y que nos ayudaron, nos atacan ahora. Sí, á los que desertaron, les ha venido á ser incómoda la guardia del sacerdote. Somos un guardian austero, y por esto quieren desembarazarse de nosotros.

Pues bien, yo afirmo, que todos los medios á que se ha recurrido y se recurrirá para desembarazarse á la vez de la Alianza con Dios y de su guardian, no obtendrán nunca más de este único resultado: hacer sobresalir la fidelidad del guardian y consolidar la Alianza.

1.º El primer medio empleado, ha sido la *seduccion*. Se ha procurado corromper al guardian.

En una de sus páginas más elocuentes, el Padre Lacordaire representa à los reyes y los sabios viniendo alternativamente à tocar à la puerta del Vaticano. La doctrina salia bajo la forma debil y gastada de un anciano septuagenario y decia: "Qué me quereis" — Cambio. — Yo no cambio. — Pero todo ha cambiado en el mundo: la astronomía ha cambiado; la química ha cambiado, la filosofía ha cambiado; el imperio ha cambiado; ¿por qué sois siempre la misma? — Porque vengo de Dios, y Dios es siempre el mismo. — Pero sabed que nosotros somos los señores, tenemos un millon de hombres sobre las armas, sacaremos la espada; y la espada que quiebra los tronos bien podrá cortar la cabeza de un viejo y hacer pedazos las hojas de un libro. — Hacedlo, la sangre es el aroma en que siempre me rejuvenecí — ¡Bien está! mira aquí la mitad de mi púrpura, acuerda un sacri-

ficio à la par, y partamos. — Guarda tu púrpura, oh César, mañana serás enterrado con ella, y cantaremos sobre tí el *Alhwyale* y el *Di profundis*, que no cambian jamas

Bendito sea Dios, señores, por lo que el Padre Lacordaire decia del Papado con tanta magnificencia hace veinte años, es preciso decirlo ahora, con acciones de gracias, de todo el sacerdocio. La seduccion habia fracasado dirigiéndose al Vaticano, fracasó igualmente dirigiéndose à los humildes curatos rurales. Bajo la forma capciosa de las ideas modernas vino à tocar à la puerta de cada curato, anunciando "que 89 reinaba por todas partes," pero cada sacerdote la interrumpió en seguida, diciendo: "excepto en la Iglesia." La seduccion replicó: "Yo soy la libertad." Y cada sacerdote respondió: "Nosotros somos la obediencia." Y la seduccion se retiró.

Sí, nosotros todos, los hijos del óleo santo que nos consagró depositarios de la alianza, hemos jurado no sacrificar jamas estas

dos cosas que son la fuerza y el honor de nuestra guardia; nuestra promesa de obedecer y nuestra promesa de permanecer castos; obediencia y celibato: por el celibato hemos renunciado à todas las alianzas de la tierra, para velar exclusivamente sobre la Alianza de nuestro Dios; y por la obediencia formamos una falange al rededor de su tabernáculo. ¡La castidad y la obediencia!... Miradnos, oh pueblos... podemos soportar vuestras miradas: somos castos y obedecemos. Nosotros obedecemos; ¡ah! nos jactamos de poder decirlo y de cantar nuestra victoria: un grande ejemplo fué dado en el mundo que se muere de anarquía, por todos los sacerdotes juntamente: el concilio del Vaticano que se abrió en la libertad, se cerró en la obediencia. Y ahora mirad: enrededor del Vela dor infalible, nosotros los sacerdotes, para guardar la Alianza, estamos todos alineados en la unidad! (1)

En ninguna época de la historia presentó la gerarquía ó la unidad católica el

2.º Juzgada impotente, la seducción para hacernos abandonar nuestra guardia, se ha recurrido ahora contra el clero à otro medio, que es el destierro; el extrañamiento. Es preciso desterrar al sacerdote; tal es el grito que resuena por todas partes. Prestad el oído.

Extrañar la compañía de Jesus de todos los reinos, es el grito que resonó en Alemania, y que amenaza en otras partes.

Extrañar de la enseñanza à los hermanos y à los congregacionistas, es el gri-

espectáculo de una grandeza más imponente. Contraste elocuentísimo con todos los otros poderes que se vienen abajo. Sustituciones y leyes desaparecen, magistratura y ejército se disuelven; la jerarquía católica, sola, subsiste y resiste, à la manera de esas basílicas que nos legaron los siglos pasados, las cuales permanecen de pié à través de las revoluciones y los cambios: en rededor suyo se levantan y desaparecen las habitaciones del hombre, los palacios de los grandes y la cabaña del pobre; el edificio ennegrecido por el tiempo, queda como una misteriosa aparición; su cúpula gigantesta hace olvidar todo lo que la rodea; su flecha atrevida se lanza hasta el cielo?

to que resonó en todos los municipios de Francia.

Extrañar al sacerdote de la formación de los matrimonios, es el grito que resonaba ayer en España.

Extrañar à todos los sacerdotes del lecho de muerte, y extrañarles de los funerales, es la última consigna de las sociedades secretas.

Vednos, pues, destinados al extrañamiento y el destierro, en el seno de nuestras patrias respectivas. Dios mío, decid, y decid vosotros, señores, ¿qué debemos hacer, y qué conducta creéis debemos observar en presencia de esta pena de destierro que se nos impone? Escuchad: la historia cuenta de los desterrados cosas conmovedoras. Cuenta, por ejemplo, de un frances, que obligado à huir durante el Terror, compró con el poco dinero que le quedaba, una barca en el Rhin; esta barca le servia de alojamiento. No teniendo dinero, no habia para él hospitalidad, cuando se arrojaba de una ribera, pasaba á la otra, sin que-

darse; perseguido con frecuencia en las dos, tenia que arrojar la ancla en medio del río. Estrechado à hacerse salvaje entre cuatro naciones civilizadas, no tenia sobre el globo un solo rincón de tierra en donde se atreviera à poner el pié; pero su consuelo era, errando en las ceremonias de Francia, respirar alguna vez un aire que habia pasado por su país.

Pues bien, todos nosotros, los sacerdotes, estamos decididos à hacer lo que aquel pobre desterrado. ¡Oh! señores, si se nos extraña de vuestras escuelas, se nos verá errar en torno de ellas para llevar à vuestros infantes la verdad guardada en nuestros brazos. Si se nos extraña de vuestro lecho de muerte, en rededor se nos verá errar, procurando bendecir furtivamente vuestro último suspiro. ¡Oh! perdonad, perdonad esta insistencia, el desterrado no puede olvidar su hogar natal, ni el sacerdote puede olvidar las almas. Hay dos enfermedades, dos males sagrados de que jamas se cura: el mal del país y el mal de las almas: de alma

es que, cuando se nos obliga à alejarnos de ellas, ¡ah! sentimos el mismo mal que siente el desterrado; dia y noche punza en nuestros corazones el deseo de volver à ver esas almas, y todo lo arriesgamos, ¡oh! sí, todo por procurar volver à verlas.

No habiendo logrado la seducción hacernos abandonar nuestra guardia, tampoco lo hará el extrañamiento. ¿Qué resta emplear contra el guardian incómodo? La muerte, responde el odio.

En sus sueños de destrucciones salvajes se ha persuadido el odio, y lo dice muy alto para ser oído, que se acabaría de una vez con Dios y su alianza, si se llegara à suprimir toda entera la falange sacerdotal.

Bien está, supongo, que gran número de sacerdotes fuesen llamados à subir y morir sobre cadalzos levantados en los cuatro ángulos de las naciones cristianas; ¿sería aniquilada por esta inmolation inmensa la alianza con Dios? No señores, no. No

sacerdotes escapados à la matanza, ocultos en las profundidades de los bosques, en los subterráneos de las montañas, celebrando en las sombras los santos misterios y conservando en el antro de las fieras la alianza con Dios, que ya no quieren conservar los hombres? No se ha dicho: "No es bajo el follaje de los bosques y à orillas de las fuentes en donde la virtud aparece en su mayor poder: hay que verla à la sombra de los muros de las prisiones y entre oleadas de sangre y de lágrimas. ¡Cuán divina es la religion, cuando en el fondo de un subterráneo en el silencio y la noche de las tumbas, un pastor à quien rodea el peligro, celebra, à la vacilante luz de una lámpara, ante un corto rebaño de fieles, los misterios de un Dios perseguido!" Sí, mientras que de una espiga y un sacerdote, la espiga para ser consagrada, el sacerdote para pronunciar las palabras, subsistirá la Alianza!

Tal es un primer modo de conservar la Alianza contra el odio triunfante. Hay

otro. De esos sacerdotes ocultos, seguidme hácia los sacerdotes que mueren.

Recordareis dije al comenzar, que la Alianza era una sociedad entre Dios y el hombre. Nosotros los sacerdotes, centro de esta sociedad, experimentamos con frecuencia una doble dificultad; primeramente la de retener en la Alianza á los hombres que de ella se alejan y son infieles; y despues una dificultad tambien en retener al mismo Dios que, irritado, quiere alejarse á su vez. En vista de esta segunda dificultad, Moisés, extendiendo sus manos sobre la tribu de Leví, y entreviendo los esfuerzos que tendria que hacer, exclamó: "¡Aquellos son, oh Señor, los que han guardado tu Alianza!..... "Ellos quemarán el incienso en tiempo de tu cólera y pondrán el holocausto en tu altar." Nosotros, sacerdotes, procuramos por el incienso y por el holocausto retener en la Alianza al mismo Dios que quiere partir.

Pero sobrevienen á veces en el curso de los siglos épocas terribles y solemnes, en

que, á causa de los pecados de los pueblos, parece que el incienso que quemamos ha perdido su fuerza y su perfume para aplacar la cólera de Dios, y en que el holocausto habitual de nuestros altares parece no bastar á retener al Señor en la Alianza. ¿Qué permitís entónces, oh Justicia y Misericordia eternas?..... Enciéndese repentinamente una persecucion; el sacerdote mismo viene á ser el holocausto del sacrificio; y muriendo mártir, como ayer los rehenes de la Commune, aplaca á Dios irritado contra los hombres y le retiene en la Alianza.

Oh mis hermanos en el sacerdocio que leereis estas líneas, por vosotros escribo ahora estas últimas palabras:

Nada nos autoriza á creer que los tiempos de cólera divina que atravesamos, toquen á su fin, y tal vez..... ¡ah! tal vez tendrémós aún que hacer esfuerzos para retener en la Alianza á Dios que quiere partir. Si así hubiera de ser, ¡guardianes intrépidos, estemos prontos; nosotros nos

extenderíamos sobre el altar en que con tanta frecuencia hemos extendido la santa Hostia: despues de nuestro sacrificio matutino, seria ese nuestro sacrificio vespertino! ¡Oh Jesucristo, si nos hiciéseis esta honra de ser ofrecidos con vos en holocausto, nos daríais ¡no es así! la fuerza de sufrir y de morir bendiciendo al mundo. "Hé aquí este corazón que tanto amó á los hombres," esa seria toda nuestra defensa y nuestro último suspiro!

Y vosotros, ¡oh pueblos conoceríais entonces á los que más os amaron, haríais justicia al sacerdocio y escribiríais sobre nuestros sepulcros estas simples palabras: "¡Murieron por guardar la Alianza!"

## Discurso séptimo.

### *La libertadora de las naciones.*

Señores:

Siempre que se ha declarado en el seno de la humanidad una de esas crisis en que peligraba la salvacion del género humano, de esas crisis en que una nacion que Dios amaba de preferencia y de la que necesitaba para sus designios, ha estado á punto de desaparecer, es notable que haya aparecido siempre una libertadora para imprimir á la crisis una resolucion feliz para salvar al género humano, salvar á esta nacion, y sostener así la obra de Dios. Para hacerlo constar, abramos los anales del género humano.

Comencemos por el pueblo judío con el cual Dios da principio y conduce la historia hasta Jesucristo.

Cuando, por órden de Pharaon, todos los

extenderíamos sobre el altar en que con tanta frecuencia hemos extendido la santa Hostia: despues de nuestro sacrificio matutino, seria ese nuestro sacrificio vespertino! ¡Oh Jesucristo, si nos hiciéseis esta honra de ser ofrecidos con vos en holocausto, nos daríais ¡no es así! la fuerza de sufrir y de morir bendiciendo al mundo. "Hé aquí este corazón que tanto amó á los hombres," esa seria toda nuestra defensa y nuestro último suspiro!

Y vosotros, ¡oh pueblos conoceríais entonces á los que más os amaron, haríais justicia al sacerdocio y escribiríais sobre nuestros sepulcros estas simples palabras: "¡Murieron por guardar la Alianza!"

## Discurso séptimo.

### *La libertadora de las naciones.*

Señores:

Siempre que se ha declarado en el seno de la humanidad una de esas crisis en que peligraba la salvacion del género humano, de esas crisis en que una nacion que Dios amaba de preferencia y de la que necesitaba para sus designios, ha estado á punto de desaparecer, es notable que haya aparecido siempre una libertadora para imprimir á la crisis una resolucion feliz para salvar al género humano, salvar á esta nacion, y sostener así la obra de Dios. Para hacerlo constar, abramos los anales del género humano.

Comencemos por el pueblo judío con el cual Dios da principio y conduce la historia hasta Jesucristo.

Cuando, por órden de Pharaon, todos los

hijos varones de los hebreos son arrojados al Nilo, hay una libertadora; la misma hija de Pharaon aparece en las orillas del río, y es salvado Moisés de las aguas.

Cuando, despues de la conquista de la Tierra Prometida, reuniéndose los cananeos en un último esfuerzo, están á punto de recobrarla de los hijos de Israel, una libertadora se levanta, Débora.

Despues es Judith que se adelanta, se hace introducir en la tienda de Holophernes, y libra á su pueblo de la terrible invasion asiria.

En fin, en la época en que Judea está sometida á la dominacion persa, cuando Asuero ha firmado ya el decreto de exterminio que le propuso Aman, una incomparable libertadora se presenta: la reina Esther.

Y así en todas las crisis solemnes en que peligró la vida del pueblo de Dios, ¡siempre hubo libertadoras!

Hé aquí los tiempos nuevos, la segunda mitad de los siglos. En esta segunda mi-

tad, una nacion es predestinada para ocupar entre las otras el mismo rango de honor y de preponderancia que el pueblo judío habia ocupado entre los de la antigüedad. "La verdad necesita de la Francia," se ha dicho (1). ¡Es cierto!

Siempre que sobreviene en la vida de Francia una de esas crisis que va á poner en peligro sus destinos y los del género humano, que le son inseparables, reaparece el fenómeno de la misericordia: una libertadora,

Paris, cuna de Francia, está amenazado y va á hundirse en la inundacion de bárbaros que lleva consigo Atila: pero como en el tiempo de la cuna de Moisés, se presenta una libertadora, Santa Genoveva, que salva la cuna de Francia.

Apenas nacida Francia, una potencia vecina para siempre zelosa, los Alemanes, aparecen para disputar á Francia, en los campos de Tolbiac, el honor de llevar las riendas del mundo.

1 De Maistre.

Dios aún no se había pronunciado públicamente entre las dos naciones; pero á ruegos de una libertadora, Santa Clotilde, Dios se pronuncia, y Alemania es arrojada del otro lado del Rhin y de la direccion del mundo.

En fin, hubo una crisis más formidable que todas las otras, y esta vez apareció Juana de Arco.

Para concluir, señores, se puede decir con verdad que en las grandes crisis del género humano, hubo siempre libertadoras.

Después de la exposicion que acabo de hacer, se presenta naturalmente al pensamiento esta cuestion en la hora actual de la historia del mundo, ¿no tendremos tambien en nuestras desgracias una libertadora?

Le crisis que atravesamos y que ha sido descrita con extension en los discursos que preceden, es incontestablemente la más grave, la más formidable porque hayan pasado, si no el género humano, á lo ménos, las naciones, y en particular Francia. ¿Debe

ser mortal para vosotros, señores, ó bien tendreis aún vuestro admirable y providencial socorro, una libertadora?

Tal es la cuestion suprema, que al fin de esta obra se presenta vivamente al pensamiento. Voy á ensayar resolverla, señores, en grande alivio de vuestros corazones y tambien del mio.

Examinaré primero las condiciones que debe llenar una libertadora en nuestra época, es decir, qué cualidades debería tener.

Después buscaré quién llena esas condiciones, y por consiguiente cuál es nuestra libertadora.

I.

*Condiciones que debe llenar una libertadora en nuestra época.*

Señores, todo el que se dice enviado de Dios con una mision de libertador ó de libertadora, está obligado á presentar sus credenciales, es decir, á presentar un con-

junto de signos ó de cualidades referentes á semejante mision, y añadirémos tambien referentes al tiempo en que debe cumplirse la liberacion.

En efecto, no es libertador el que quiere; se necesita para ello dos clases de cualidades excepcionales: unas dependientes de la persona, cualidades personales por las que se ha merecido la eleccion de lo alto para la obra de la liberacion; las otras impuestas por las circunstancias, cualidades por decirlo así circunstanciales, reclamadas por el tiempo en que se vive, y que hacen que la liberacion aguardada en un siglo no se parezca á la liberacion ejecutada en otro. Cuando se estudia bajo este doble punto de vista las figuras de Moisés, de Judith, de Esther, de Juana de Arco, llaman la atencion sus cualidades personales que las hicieron dignas de sus altas misiones, y las maravillosas conveniencias que existian entre ellas y los tiempos en que aparecieron. Con este estudio queda satisfecho el espiritu.

¿Cuáles serian, pues, señores, las cualidades que deberia tener hoy una libertadora? Véamoslo.

I.

Ante todo, parece convendria que fuese inocente. En efecto, por poco que se reflexione, se ve desde luego que la mision de librar á otros supone siempre el estado de inocencia, de santidad.

Repugna que un libertador sea un culpable: en otros términos, es necesario que un libertador no haya tenido parte en las debilidades y los crímenes que causaron el abatimiento y la miseria de aquellos que viene á librar. Esther era inocente, Juana de Arco era inocente: ambas estaban limpias de los crímenes de su época. Por consiguiente, tal deberia ser hoy tambien la libertadora que nos convendria: inocente, es decir, no participante en ninguno de nuestros crímenes, de nuestros desórdenes, limpia de nuestras manchas, en una palabra, irreprochable, sin tacha; y despues ino-

cente también, en el sentido de sin hiel, si violencia, no habiendo dañado á nadie, porque esta es otra significacion de la inocencia.

Segun la etimología de la palabra latina "in nocere", no dañar, aquel es inocente que á ninguno ha dañado, de quien no hay queja, como los niños que se les llama inocentes porque no han hecho daño á persona alguna.

Convendría, pues, que vuestra libertadora al mismo tiempo de ser inocente de toda mancha, lo fuera también de todo daño, llevando en su frente el candor y en sus manos la caridad.

En fin, libertadora inocente, señores, á causa de vuestros miedos y de vuestros terrores. Vivís bajo un siglo duro; si bien lo notais, el siglo del terror: todo el mundo desde 93 os ha tratado con dureza (1)

1. O bien la libertad quiere devorar la autoridad, y entónces es anarquía; ó la autoridad quiere ahogar la libertad, y entónces es despotismo. Ya no se ve á dónde va ese gran

Pues para recobraros del terror, necesitais como libertadora una vírgen, una inocente, la dulzura, el amor.

Nada hay compasivo y moderado como una vírgen: ¡el tacto y la dulzura la pertenecen. Luego, primera cualidad de la libertadora: la inocencia. ¿Cuál será la segunda?

## II.

Seria necesario que viniera para todo el mundo, es decir que fuera libertadora *universal*.

Una libertadora local, restringida á tal ó tal país, no seria verdaderamente la libertadora de que hoy necesita el mundo. Porque, notadlo bien, todas las naciones están enfermas, todas. No es ya solamente

cuerpo de la Europa, ya chocando contra una democracia sin límites, ya contra una autocracia sin contrapeso, incierto de su ruta y de su objeto, semeja más á un hombre ébrio que á una sociedad. Los pobres pueblos son machacados entre estas dos formidables oscilaciones. Siempre el terror.

Francia la que implora y aguarda una Juana de Arco: es Italia, Suiza, España y aun Alemania. La catolicidad entera grita: Un socorro, ó estamos perdidos. En esta extremidad reducir y restringir la liberación á su país solamente, pedir la liberación nada más para su patria sin preocuparse de los otros países, seria, primero, un egoísmo sin nombre, egoísmo indigno de un católico; y, segundo, no seria verdaderamente la liberación: porque, hay que repetirlo, por la marcha del progreso, los males como los bienes se han hecho universales; todos los intereses se enlazan y todo el universo se mueve. De consiguiente, en este estado de cosas, la libertadora necesariamente debería venir para todo el mundo, tanto para esta nación como para aquella. Saludada ya como libertadora inocente, le pediríamos en segundo lugar ser libertadora universal.

### III.

Tercera condicion: ¡cuál! Vais á asom-

braros. Convendria que, como medio de liberacion nos trajera ante todo *una doctrina*.

A primera vista parece, señores, que ante todo nos convendria, como medio de liberacion, tener ejércitos, alianzas, victorias. Pues os engañais: como medio de liberacion, lo que necesitamos sobre todo es una doctrina. En efecto, si se quiere que la liberacion sea real, estable, que no se esté expuesto á ver las crisis, el peligro y el espanto recomenzar á cada instante, importa, es de absoluta necesidad ir derecho á la sede del mal. Y, os pregunto, ¿en dónde está el asiento del mal? ¿en dónde está? En las ideas, en las ideas.

Sin duda existe el mal igualmente en los hechos y en las costumbres: estas son detestables, aquellos espantosos; los hechos derrotan todas las combinaciones, no se les puede dominar. Pero no estamos tan enfermos en la region de los hechos y en la de las costumbres, sino porque lo estamos hace tiempo en la region de las ideas. He-

mos sido revolucionados por la cabeza, por el cerebro, y de ello se resiente todo el cuerpo social. En unos, las ideas son perversas, satánicas: odio á la verdad. En otros, las ideas están truncas, disminuidas: *diminucion de verdades*. Y, en casi todos, las ideas son confusas, mezcladas: *confusion de ideas, de verdades*. Lo repito; *odio, á las verdades, disminucion de verdades, confusion de verdades*: hé aquí el asiento del mal.

Por consiguiente, lo que necesitamos ante todo, como medio de liberacion es una doctrina. A mí entender, señores, nunca fué más profundo pensador el P. Lacordaire que cuando dijo estas palabras: "siendo doctrinales las revoluciones modernas" —es decir partiendo de las ideas— "no acabarán como las de la antigüedad por un hombre ó por un accidente," por un gran capitán ó por un campo de batalla: "ellas no acabarán sino por una doctrina (1)."

1 En efecto, si se comparan las revoluciones de la antigüedad con las que presencia-

Siendo esto así, síguese que nuestra libertadora seria la bienvenida si nos trajera como medio de socorro, la belleza omnipotente de Esther, el ascendiente moral de Santa Clotilde, el estandarte flordelisado de Juana de Arco. ¡Pero lo que ante todo reclamamos de ella como socorro, es una doctrina, una doctrina!

#### IV.

Hemos reconocido ya tres cualidades esenciales á la libertadora que necesitaria-

mos, se nota una grande diferencia. Las doctrinas no jugaban ningun papel en los conflictos interiores de los pueblos antiguos: el imperio sucedia á la república, Vespasiano á Vitelio: una legion hacia un enperador en el Rhin ó en el Danubio: eran simplemente hechos sucediendo á hechos, una ambicion sustituyéndose á otra ambicion. Hoy las revoluciones parten de más arriba, de las ideas, de las doctrinas. Los pueblos no se conmueven sino á ese precio. El error ó la verdad son los que los ponen en movimiento, y, aun cuando se engañan, tienen el honor de haber sido seducidos por un pensamiento. ¡Tanto así el Cristianismo ha elevado al hombre sobre sí mismo!

mos: ser inocente, ser universal, ser victoriosa de nuestros errores por una doctrina. Debería tener en fin una cuarta cualidad: ¿cuál? Que se mostrara, en la lucha contra el mal, "intrépida hasta el sacrificio."

Os habeis preguntado alguna vez, señores, ¿por qué Dios se ha servido constantemente de una heroína, de una mujer, en todas las crisis famosas del género humano? ¿Por qué, verbigracia, una Judith, una Esther, una Juana de Arco, en una palabra, por qué una mujer en esas horas solemnes de crisis? Voy á decíroslo.

Dios se sirvió siempre de una mujer en esos momentos supremos de crisis, porque para triunfar de la crisis, había que librar un combate particular para el que la mujer está dotada de más recursos y de mayor energía que el hombre. La mujer, en efecto, —rindámosle este testimonio,— tiene una capacidad de amar y de sufrir que el hombre no posee en el mismo grado. Digo capacidad de amar y de sufrir, porque el sufrimiento es inseparable del verdadero

amor: ¡el amor vale en cuanto sabe sufrir!

Pues bien, hay ciertas horas en la existencia de los individuos y en la existencia de las naciones, hay ciertas horas en que para ser salvado, se necesita librar un combate particular que no puede ser el del hombre, porque no es el combate del acero cruzándose con el acero, ni el combate en que el pensamiento lucha contra el pensamiento, ó la palabra disputa contra la palabra, ni el combate de la estrategia, ni el de la habilidad: ¿cuál es ese combate?..... "¡El combate del amor!" El combate en que el amor, habiéndoselas con el peligro, nada calcula, á nada atiende, sino que, presa de un delirio sublime, todo lo da, todo lo arroja, y sacrificaría mil vidas como se derrama agua por salvar al amado que está en peligro. No había más que la mujer que fuese capaz de librar en loda su amplitud semejante combate. Por esto, cuando todo parece desesperado, cuando ha concluido la estrategia, cuando el pensamiento es incapaz, la espada está quebrada y todo

recurso agotado, Dios se acuerda del combate del amor, y una mujer se levanta.

Ved esa madre á la cabecera de su hijo, en pié despues de treinta noches de insomnio, encontrando todavía fuerzas cuando todos los que la rodean se han rendido, alentando todavía esperanza cuando todo parece desesperado..... y ella le salva: ¡es el combate del amor!

Ved esa hoguera en la plaza del Mercado Viejo de Rouen. Del seno de ese atroz sufrimiento se oía salir estas palabras: “¡Oh Jesus, oh Francia!” ¡Y Juana de Arco espira! Era el combate del amor hasta el sacrificio.

¡Veis, en una jornada de matanzas, en 93, á la puerta de la prision de la Abadía, á esa jóven que quiere absolutamente salvar á su padre? Con un brazo sostiene su encanecida cabeza, y extendiendo el otro hácia los presentes, acepta, lleva á sus labios y vacía de un trago el vaso de sangre que se le ha presentado. ¡Ella arranca á su padre y le salva, aplaudiendo su accion

aquella multitud inmunda! Es siempre el combate del amor.

En una palabra, fijaos en ello, en el momento de las crisis es siempre la mujer la que se ha decidido y levantándose con una estatura á que el hombre no podia alcanzar. Así es que, cuando en el pueblo judío apareció su primera heroína, Débora, el Espíritu Santo inspiró en un canto triunfal esta alabanza para ella y para todas las libertadoras venideras: “Los valientes habian desaparecido de Israel y ya no se encontraban, hasta que se levantó Débora, hasta que se levantó una madre en Israel: *donei surgeret mater in Israel* (1).” Notad esta expresion atrevida: “¡ya no habia valientes hasta que se levantó una madre!” Una madre..... con esta palabra quiso el Espíritu Santo expresar lo sumo de la energía: ¡una madre se ha levantado! Cuando se levanta una madre, es ese el combate del amor supremo, del

amor en su más alta potencia; y si el enfermo que se trata de salvar es una nación, la historia lo atestigua, esa nación es siempre salvada. ¡Tal es el combate del amor!

Y ahora, ¿quién osaría contradecirme, si afirmo que en la crisis que atravesamos necesitamos, de una madre para ser salvos y del combate de su amor? Los hombres carecen ya de fuerzas y de medios: "¡ya no hay valientes en Israel," ¡no los hay! Se os llama el siglo de "los derechos del hombre," señores: bien está: curaos si podeis. ¡Vuestro orgullo está humillado, necesitais de una mujer, necesitais de una madre! Pero esto precisamente es lo que debe devolver á vuestro corazon la confianza y el valor: porque ¿quién rechazaría á una madre, si se presentara? ¿no tiende el enfermo los brazos hácia su madre? honra á la naturaleza humana el confesarlo todo á una madre y dejarse salvar por ella; y honraría también á nuestro siglo acabar sus errores en brazos de una madre, al mismo tiempo que á esos brazos debería nuestro siglo

su salvacion. Luego una madre con la intrépidez y la inmensidad de su amor sería el último carácter de la libertadora que nos convendría. Sería conveniente que apareciese por donde quiera que el mal se creyese ya vencedor; que intrépida, se pusiera delante de las naciones para cubrirlas y protegerlas; que atacara ó hiciera retroceder al mal; y, aunque debiera sufrir, sufrir mucho, no temiera dar su sangre.

En resumen, libertadora inocente, universal, armada de una doctrina, intrépida hasta el sacrificio, una madre: tales son las condiciones de una libertadora en nuestra época. ¿Y existe ella? ¿Es solamente una bella pero amarga hipótesis la que acabo de desenvolver, ó bien el cielo nos habría reservado con verdad esta libertadora incomparable? Sí, señores, nos la ha reservado; ella existe, y permitidme ántes de continuar dirigiros este tierno reproche: ¡ciegos que caminais á su luz y que sin embargo no la veis!

II.

*¿Quién es la libertadora?*

Señores, cuando cada uno de vosotros era infante, y aprendiais vuestras primeras lecciones en las rodillas de vuestras madres, éstas os decían: hijo mio, mírame bien, yo soy tu madre; pero escucha, mi querido hijo; tú, y yo tu madre tenemos otra madre, que es la Santa Iglesia.

La Iglesia es una madre: y bien, yo afirmo con profunda convicción y una confianza de que querría participasen todos los que me leerán, que "ella es la libertadora" en nuestra época.

Para traerlos, señores, á participar de esta convicción y de esta confianza, naturalmente necesito persuadiros y demostraros que nuestra santa madre la Iglesia llena de una manera perfecta todas las condiciones que acabamos de recorrer, es decir que es libertadora inocente, libertadora universal, armada de una doctrina y madre intré-

pida hasta el sacrificio. ¡Llega la Iglesia en nuestro socorro con todas estas cualidades! Yo respondo: sí, mil veces sí. Vamoa verlo.

I.

En primer lugar, hemos dicho, es necesario que la libertadora sea inocente. Y no es inocente la iglesia, es decir, sin tacha en medio de todos los desórdenes y de todos los crímenes de nuestra época. Nombrad una sola debilidad en que se le haya visto cómplice, os desafío á que lo hagais. Los desórdenes, de cualquiera parte que hayan venido, los ha rechazado todos con la altivez de una vírgen, y todos los ha condenado con la energía de una madre. Los desórdenes de los príncipes la han encontrado inflexible; los desórdenes de los pueblos la han encontrado inflexible; y lo mismo ha sido con los de las costumbres y los del pensamiento. Ella ha quedado majestuosa y bella sobre las innumerables in-

mundicias de nuestro tiempo, ella sola es inmaculada (1).

Inocente, en el sentido de estar exenta de mancha, lo es tambien en el de no haber hecho mal á nadie.

¡Ah! no es la iglesia la que arrebataria

1. La iglesia es inmaculada y sin tacha, aun cuando muchos de sus pobres están manchados. ¡Qué locura acusar á la iglesia cuando viene un escándalo! ¿Quién juzga jamas del Oceano por la espuma que arroja á sus riberas ó por las tempestades que agitan sus olas? El Oceano no está en los impuros deshechos de sus riberas, ni en la inclemencia de sus huracanes; está en la profundidad y la extension de sus aguas, en el camino que abre al comercio de todas las razas, en la solemnidad de su reposo, en la magnificencia de sus emociones, en el abismo de sus ruidos como en el abismo de su silencio; y, cuando el marinero, llevado sobre sus bóvedas tranquilas, las ve repentinamente temblar y encrespase, no acusa al Dios que hizo esa inmensidad sublime, no acusa sino á su debilidad, y postrado en la cubierta de su navío implora la estrella que todo lo conduce y pacifica. La iglesia es el Oceano con toda su magnificencia y nuestras faltas, la espuma que arroja á sus orillas.

provincias, ella á quien todo se ha quitado y es á esta hora la gran despojada. Ella es tambien paloma. Jamas esta palabra inspirada por el Espíritu Santo: "una sola es paloma, una est columba (1)," fué mas verdadera que en este tiempo.

En efecto, si bien lo considerais, todos los gobiernos de Europa, rodos sin excepcion, se han mostrado sucesivamente raptores y expoliadores; y queriendo justificar sus violencias, han adoptado las águilas como símbolos de sus expediciones. Águilas cubiertas de gloria, es verdad, águila negra, águila roja; pero en sus garras ensangrentadas se llevaban lo ajeno, despues de haber hecho tantos huérfanos..... Los pueblos están hoy fatigados, cansados de llevar un siglo de ser conducidos por águilas: sí, cansada está de ellas la Europa: lo que ahora necesita es simplemente la paloma: y cuando la busco ¡ah! sin pena la distingo, una sola es paloma: la iglesia inocente y pacífica de Jesucristo.

1. Cantic. VI.

La iglesia sola cerrará y hará olvidar el siglo del terror: ella sola, ¡oh, pueblos! tocará vuestras llagas con la delicadeza de una vírgen, y respetará vuestras libertades con el tacto de una madre. La revolucion os habia hecho retroceder, os habia llevado, ¡pobres pueblos! hasta la ley del temor: ¡qué digo! hasta el temor, ménos la ley (2), la iglesia volverá á poner os bajo la ley de confianza y de amor.

De consiguiente, la iglesia bajo todos aspectos inocente, es bien digna de ser libertadora.

Hé aquí la primera condicion reconocida.

Pasó á la segunda: la iglesia se anuncia como libertadora universal.

1. Si, los pueblos están hoy bajo el temor, ménos la ley. En los tiempos de la ley del temor se decia: ojo por ojo. Pero bajo la revolucion, haciendo violar todas las leyes el encarnizamiento, ciertos partidos querrian mutuamente arrancarse los dos ojos; ya no hay limite á las represalias.

II.

Observad esto: el mal está en todas partes, la iglesia tambien.

Jamas la catolicidad ó la universalidad de la iglesia habrá sido más brillante, precisamente en razon de la universalidad del mal: en donde quiera que éste se ha presentado, allí ha encontrado á la iglesia. El mal está en Francia, en España, en Italia, en Alemania: allí está la iglesia. El mal está en Suiza, y allí la Iglesia; en el Brasil, y allí la Iglesia; está en Turquía, y allí está la iglesia. En no importa qué lugar del globo en que la liberacion se ha hecho necesaria, la iglesia ha aparecido. En presencia del mal universal, la iglesia se ha manifestado como jamas católica ó universal.

¡Ah! aquí es, ¡oh franceses! donde quiero admirar el tacto y la delicadeza de la Providencia para con vosotros. Antiguamente, cuando Francia se encontraba en peligro, la enviaba Dios libertadoras, Genova,

Clotilde, Juana de Arco. Pero cuando el resto del mundo pasaba por crisis, en las adversidades de la Santa Sede y de la cristiandad, ¿qué hacia Dios? les enviaba la Francia: ella era la libertadora oficial del mundo: de todos los puntos del globo tendían hacia ella sus manos suplicantes los oprimidos y los mártires, y Francia llegaba en su auxilio (1).

Tal era el plan simple y magnífico de Dios: cuando Francia era la amenazada, heroínas la libran; y Francia, heroína á su vez, libraba los pueblos, siendo de esta manera libertadora universal. Hoy la pobre Francia es incapaz de socorrer nada.

1 Esta mision brotó espontáneamente del corazon y de las entrañas de Francia el día en que su primer rey cristiano, haciéndose leer la Pasión, llegado el momento en que Jesu-eristo es abofeteado, pone la mano en su espada y exclama: "¡Que no estuviera yo allí con mis francos!" Ese grito de nuestra cuna ha sido el grito de nuestra historia durante quince siglos. Jamas se abofeteó á un débil, se pisoteó una cosa augusta, sin oír á poco vibrar una espada y agitarse una bandera: ¡la espada y la bandera de Francia!—Bougaud.

pero lo que debe ser para ella un verdadero consuelo en su impotencia, y lo que tambien consuela un poco de la ausencia de Francia á todos los oprimidos, es que la Iglesia, y sola ella, la ha reemplazado. Nadie ha tomado tu puesto, ¡oh heroína ensangrentada, Francia infeliz y respetada de Dios: tu lugar en la defensa del derecho y de la justicia, no, nadie lo ha tomado! ¡Cuándo tú, hija primogénita y heroica de la Iglesia, desde hace quince siglos, no tuviste ya fuerzas para la liberacion universal, tu madre, la Iglesia misma es quien se ha levantado! ¡Ella es hoy libertadora universal y sola libertadora!

### III.

No me será difícil probar que la Iglesia llena igualmente la tercera condicion, es decir, que trae á las naciones, como principal socorro y medio de salvacion, "una doctrina." Las revoluciones en los pueblos cristianos partiendo todas de las ideas, segun dijo hace poco, las venció siempre la

Iglesia por la doctrina, oponiendo al error la verdad. La liberacion del género humano se hacia con la intervencion de dos agentes: mientras Francia era libertadora por la espada, la Iglesia lo era por la doctrina. No es la primera vez que la Iglesia avanza al socorro del género humano por la doctrina.

Pero en ésta, el socorro doctrinal se muestra más imponente, en razon del mal que ha de combatir. En efecto, supuesto que el mal de que se mueren las naciones no es ya solamente una revolucion cualquiera, sino la Revolucion; la Revolucion en el sentido más extenso de la palabra, la Revolucion como se dice la Religion: la Iglesia esta vez ha proclamado la doctrina con un ruido, una oportunidad, una ostentacion que se han hecho sentir en todas partes: ha tenido el concilio del Vaticano y definido el dogma de la infalibilidad.

Se comienza ya á comprender qué clase de socorro habrá sido para el órden social este acto de doctrina: muy pronto se le

comprenderá completamente, y voces faltarán á los pueblos para bendecir á la Iglesia. Jamás olvidaré, señores, la respuesta que se me dió en el Concilio por un eminente cardenal de la Santa Iglesia, el dia mismo de la definicion del dogma de la infalibilidad. El dogma acababa de ser definido y la concurrencia se retiraba de San Pedro.—El eminente cardenal de que hablo, ¿por qué no nombrarle en otro tiempo protestante, hoy cardenal—arzobispo de Westminster, Monseñor Manning, se me apareció bajo el pórtico de la basílica entre las dos estatuas ecuestres de Constantino y de Carlo Magno. Profundamente conmovido de la grande escena á que habia yo tenido la dicha de asistir, me acerqué con entusiasmo á Su Eminencia y le dije: “Monseñor, permitidme, á mí que nada soy, felicitaros, á Vos más que á todo otro, porque Vuestra Eminencia ha contribuido más que todo otro al buen éxito de esta grande jornada. “Y el noble prelado me dió esta respuesta, cuyo acento y palabras

jamás olvidaré: "Ahora puede venirse el mundo abajo, tenemos de qué reconstruirlo."

Desde entonces, señores, mirad: el derrumbe del mundo ha llegado. Todo se hunde en los abismos que la Revolución ha cavado y descubierto: pero las naciones no han descendido solas á esos abismos, la Iglesia, aunque inocente, ha descendido con ellas. La Iglesia, con su prevision de madre, colocaba con anticipacion en esos abismos, diez años hace, la Piedra infalible: y allí está la piedra, inmóvil, imperturbable, en medio de las ruinas que se acumulan: ¡allí está sufriendo, pero confiada, activa! llamando á ella la reconstruccion que ya ha recommenzado. ¡Señores, sí, el mundo se ha venido abajo, pero tenemos de qué reconstruirlo!

IV.

Siendo la Iglesia libertadora inocente libertadora universal, libertadora armada de una doctrina infalible, aparece en ver-

dad con todas las cualidades de una grande libertadora. Resta, sin embargo, reconocerle la más importante: ¡ha empezado contra nuestros enemigos el "combate del amor!" ¡es "intrépida hasta el sacrificio?" y ¡su amor "vencerá!"

Señores, ¡habeis puesto cuidado en esta reflexion tan sonada hoy y que comienza á generalizarse? La cuestion religiosa, se dice, es la sola que puede salvarnos. ¡Qué quiere decir esto? ¡Qué se quiere expresar por esas palabras, ó á lo ménos, qué presentimiento encierran? Vedlo.

Para ser salvos necesitaríamos tres cosas:  
Entusiasmo,  
Resistencia,  
Heroismo.

Pues por estas palabras: ¡la cuestion religiosa puede sola salvarnos, se quiere decir, ó á lo ménos se presiente, que ya no hay sino la Iglesia que sea capaz de hacer nacer el entusiasmo, que nada más ella es capaz de ser heroica y de sufrir, y así es la verdad! ¡El entusiasmo! ¡en dónde está hoy

si no es en las filas de la Iglesia? Nuestros zuavos pontificios en los campos de batalla, nuestras diputaciones de católicos cerca del Vaticano, nuestras peregrinaciones en todos los caminos del mundo, nuestras multitudes, nuestros cantos, nuestros congresos, nuestras esperanzas, ¡qué escenas de entusiasmo! Encontradlas en otra parte de veinte años acá: os desafío á hacerlo. Por donde quiera todo está agotado, sin energía, semejante á jóvenes que han acabado con su vigor, ó á cortesanos desvergonzados. Comparadles: la Iglesia, bella, casta, llena de vida y de ardor, y decid, ¡quién lleva la salud del mundo?

Lo que con el heroismo, pasa con la resistencia. ¿En dónde están hoy la resistencia y el heroismo si no es únicamente en los rangos de la Iglesia? ¡Nosotros resistimos, no por la rebelion, mas por el sufrimiento! esa es la resistencia católica, resistencia inexpugnable. Ved á los obispos de Alemania: uno despues de otro han dicho adios á sus pueblos y entrado en prision.

Contemplad la actitud de las poblaciones católicas de la Suiza entregadas á apóstatas. Contad los mártires de la Corea y de Tang-King. Recordad las fusiladas que hace poco destruian por la vigésima vez á los valientes paisanos de Polonia porque permanecian fieles á su "Credo." Oid en Italia los gemidos de tantas religiosas arrojadas de sus monasterios cual basuras. Y despues, por sobre todo esto, la voz, la grande voz del Soberano Pontífice,—de Pio IX y de Leon XIII—firme y sonora como las trompetas de Jericó.

¿Qué es todo esto, os pregunto, sino la resistencia heroica de nuestra santa madre la Iglesia; de la Iglesia que se ha levantado, y que pugna con el mal para salvar la justicia y la libertad de las almas? La Iglesia es una madre, ¡y bien! á esta hora sostiene el combate de una madre, intrépida como Débora, serena como Judith, bella como Esther, suplicante como Santa Clotilde, vírgen y mártir como Juana de Arco y ¡superando á todas! ¡Ah, sí, todas estas

heróinas se inclinan ante la Iglesia!.....

Contra la fuerza ha empeñado el "combate del amor:" lo que tiene en las manos es el ¡Sagrado Corazon! De una parte se inclina hácia las naciones enfermas, diciéndolas: soy yo vuestra madre, reanimaos, yo os salvaré: de la otra hace frente á los bárbaros—á los bárbaros del Norte y á los bárbaros de la Revolucion—ella les embarranza, ella no les permite realizar, como querrian sus proyectos siniestros. El mal ya se creía vencedor porque habia lanzado este grito salvaje: "la fuerza está sobre el derecho:" y una madre se coloca delante él, y le responde: "¡el amor se sobrepone á la fuerza!"

Tal es el combate del amor de nuestra santa madre la Iglesia. Mi demostracion ha concluido. Decid, ¿no es la Iglesia la libertadora?

V.

En sus meditaciones sobre la Santísima Virgen María, pronunció San Agustin esta

frase magistral: la causa es devuelta á la mujer, *ad feminam causa revertitur*. El gran doctor queria decir con esto, que habiéndose agotado todos los medios de salvacion sin resultados en favor del género humano enfermo desde el pecado original, devolvió Dios la causa á la mujer, á María, como sola capaz de salvarlo todo. Y en efecto, es la Virgen María la que, en medio de los siglos, ha triunfado de la gran crisis del mundo y le ha dado una resolucion feliz. Ved por qué *ad feminam causa revertitur*, la causa fué devuelta á la mujer (1).

I Hé aquí el pasaje de San Agustin, trozo de grande elocuencia:

"El diluvio borró al hombre, y no pudo borrar el crimen. Isaac, hijo de una estéril, no de una vírgen, mereció llevar la figura de la cruz; pero el mundo nada ganara en la consumacion de su sacrificio. Moisés arranca á la servidumbre al pueblo judío, mas no por esto libra de ella al mundo: extermina al Egipto, no al pecado. El mismo David declara que nació en la iniquidad, luego no pudo purgar de ella la tierra.

"En consecuencia:

"Atendido que, por varios giros y revolu-

En la peroracion de los siglos se renueva el mismo espectáculo: *ad feminam causa revertitur*, "la causa es devuelta á nuestra santa madre la Iglesia." La Providencia, dejando desplomarse uno tras otro todos los imperios y sobre sus ruinas inmensas manteniendo en pié á la Iglesia, la designa manifiestamente como el único recurso de salvacion para el género humano.

Y de esta manera, señores, ya lo veis, de un cabo al otro de los siglos, Dios habrá sido fiel á su magnífico principio de curacion: las libertadoras.

Primero, en los siglos antiguos, las libertadoras del pueblo judío, Débora, Judith, Esther.

Despues, en medio de los siglos, la Virgen María, ¡libertadora universal!

En las ultimas edades de los siglos, el carro del mundo habia rodado: que nadie habia podido curar al género humano, y que agobiado de crímenes, y que del golpe de su grande caída todo el universo tenia los miembros desp dazados:

"No habiendo quien lo levantara,

"La causa es devuelta á la mujer," *ad feminam causa revertitur*."

Luego, en los siglos nuevos, las libertadoras de Francia, Santa Genoveva, Santa Clotilde, Juana de Arco, y la Francia misma como libertadora.

Finalmente en la peroracion de los siglos la libertadora es la Iglesia, la Iglesia que continúa á la Virgen María: ¡María y la Iglesia, las dos libertadoras universales!

Tal es la magnífica sencillez del plan de Dios. Tales son las diferentes libertadoras, enviadas sucesivamente, en relacion siempre con cada crisis del mundo.

Tal es la vuestra, ¡oh naciones! la Santa Iglesia (1).

¡ Dios, por medio de acontecimientos cuyo secreto tiene, devolverá á la Iglesia la causa de las naciones enfermas. Aun nos atrevemos á pensar que los pueblos, como reparacion y por honor tanto como por necesidad, se la entregarán motu proprio, diciéndola: "Santa Iglesia católica y romana, nuestra madre, os traemos la causa, vos sola sois capaz de salvarlo todo." Ni seria imposible, tanto así las vías providenciales son admirables, que los pueblos la dijesen. Continudad el Concilio del Vaticano que comenzásteis. Ya no tenemos la nocion de derecho, de justicia, de libertad,

¡Oh Iglesia, madre mía! he balbuceado hablando de vos y del socorro que venís á traer á las naciones enfermas. Pueda yo á lo ménos convencer á mis lectores, de que sois vos, Iglesia bella y dulcísima, la suave realizacion de esta afirmacion divina; "sanabiles fecit nationes (1)," Dios ha hecho curables las naciones." Pueda yo igualmente dejarles en el corazon la esperanza de que salvareis á las naciones! Si, á todas las salvareis, ¡oh Iglesia, madre bonísima, madre universal, madre invencible! ¡Oh Iglesia, en fin, que participais con la Virgen María de este título tan dulce: "Yo soy la Madre del amor puro y de la santa esperanza! (2).

de fraternidad. Santa Iglesia, devolvednos todo esto. Sois nuestra maestra, nuestra libertadora." Efectivamente, gastadas ya todas las Asambleas nacidas de la Revolución, queda en reserva, como tipo y como socorro, esa Asamblea de ancianos que en otro tiempo hicieron la Francia y las naciones cristianas, y que podrían contribuir á rehacerlas.

1 Lib. de la *sabiduría*, 1, 14.

2 *Eccles.* XXIV, 24.

## Discurso Octavo.

### RUINA Y RESURRECCION DEL PUEBLO DE ISRAEL.

Señores:

En los discursos que preceden hablé varias veces incidentalmente del pueblo judío. En el presente y al terminar esta obra quiero mirar directamente la figura de ese pueblo, delante de la cual no pasan sin emocion los hombres más incrédulos.

Para hablar del pueblo judío con dignidad y con verdad, he ido á tomar la inspiracion de los labios de un anciano, que fué templo del Espíritu Santo.

"Había en Jerusalem, dice el Evangelio, un hombre llamado Simeon. Este hombre era justo y temeroso de Dios: aguardaba el consuelo de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. Y el Espíritu Santo le había

¡Oh Iglesia, madre mía! he balbuceado hablando de vos y del socorro que venís á traer á las naciones enfermas. Pueda yo á lo ménos convencer á mis lectores, de que sois vos, Iglesia bella y dulcísima, la suave realizacion de esta afirmacion divina; "sanabiles fecit nationes (1)," Dios ha hecho curables las naciones." Pueda yo igualmente dejarles en el corazon la esperanza de que salvareis á las naciones! Si, á todas las salvareis, ¡oh Iglesia, madre bonísima, madre universal, madre invencible! ¡Oh Iglesia, en fin, que participais con la Virgen María de este título tan dulce: "Yo soy la Madre del amor puro y de la santa esperanza! (2).

de fraternidad. Santa Iglesia, devolvednos todo esto. Sois nuestra maestra, nuestra libertadora." Efectivamente, gastadas ya todas las Asambleas nacidas de la Revolución, queda en reserva, como tipo y como socorro, esa Asamblea de ancianos que en otro tiempo hicieron la Francia y las naciones cristianas, y que podrían contribuir á rehacerlas.

1 Lib. de la *sabiduría*, 1, 14.

2 *Eccles.* XXIV, 24.

## Discurso Octavo.

### RUINA Y RESURRECCION DEL PUEBLO DE ISRAEL.

Señores:

En los discursos que preceden hablé varias veces incidentalmente del pueblo judío. En el presente y al terminar esta obra quiero mirar directamente la figura de ese pueblo, delante de la cual no pasan sin emocion los hombres más incrédulos.

Para hablar del pueblo judío con dignidad y con verdad, he ido á tomar la inspiracion de los labios de un anciano, que fué templo del Espíritu Santo.

"Había en Jerusalem, dice el Evangelio, un hombre llamado Simeon. Este hombre era justo y temeroso de Dios: aguardaba el consuelo de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. Y el Espíritu Santo le había

revelado que no moriría sin haber visto al Cristo del Señor.”

¡Habeis notado en la maravillosa figura de ese anciano este rasgo, esta expresion: aguardaba, *expectans consolationem* (1)! ¿Qué hacia tan tarde en la vida? Aguardaba, aguardaba al Redentor. Esta era su ocupacion, su profesion, su vida, su razon de ser. Los patriarcas, los profetas, habian aguardado; las colinas, los cielos, los limbos, habian aguardado; y pasando á este anciano todo ese espíritu de expectativa, era su venerable personificacion: en nombre de todos, aguardaba!

Salve pues, oh santo Anciano, colocado en el extremo de los tiempos actiguos, y en la aurora de los nuevos, vos el último y el primero, el último de la ley de Moisés y el primero de la gracia de Jesucristo; Judío por vuestra religion, cristiano por vuestro amor y vuestra gratitud; de vuestros labios que besaron las Tablas de la ley y la carne

1 Luc., II, 25.

del Mesías, de vuestros labios desinteresados quiero aprender la última palabra sobre los inseparables destinos de Jesucristo y del pueblo judío.

Y el anciano, añade el Evangelio, tomando al Niño en sus brazos y alzándolo como una luz que alumbraba el porvenir y los destinos de Israel: “Ved aquí, exclamó, el que será ruina y resurreccion.—*Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem* (1).”

Oyelo, pueblo judío, ruina y resurreccion: Jesucristo tu ruina, y Jesucristo tu resurreccion: tu ruina primero, porque te será una piedra de escándalo y te quebrará á tí, tu templo y todas tus tribus;—y Jesucristo tu resurreccion, porque despues él será para tí una piedra de santificacion semejante á la del valle de Bethel en que durmió Jacob su sueño misterioso, y que al despertar consagró con aceite para ser un monumento de la gloria de Dios.

1, Id. 34.

Tal fué, señores, la profecía del anciano: Jesucristo, ruina del pueblo judío; y después de la ruina, un día la resurrección, doble espectáculo conmovedor y solemne, que importa hoy desenvolver á vuestra vista. De una parte inclinará vuestras plegarias y vuestros corazones hácia los restos de ese pueblo que os dió á Jesus y María; y que debe resucitar y reaparecer; de la otra acabará de haceros comprender cuánto importa que las naciones no mueran, sino se conviertan y vivan, á fin de trazar, de concierto con el pueblo de Israel, en la unidad de la fe y en la del amor, la espléndida y sorprendente peroración de la historia del mundo.

I.

*Jesucristo ruina del pueblo judío.*

En el grandrama de la Pasión, los Judíos mostraron contra Jesucristo un triple desprecio, que aún subsiste.

El primero fué “el desprecio de su rea-

leza.” “No queremos que sea él quien reine sobre nosotros, sino César.”—“No escribas, dijeron á Pilato, no escribas: Jesus de Nazareth rey de los Judíos, sino: Jesus de Nazareth que se dijo rey de los Judíos, *noli scriberi rex Judaeorum* (1).”

El segundo fué “el desprecio de su sacrificio.” Huvo en el Calvario una grande escena de burla, cuando los que pasaban delante del Crucificado le decian con sarcasmo: “Baja ahora, y creeremos en tí,” *descendat de cruce* (2).

El tercero fué “el desprecio de su resurrección.” “Los discípulos, se decian los Judíos, unos á otros, podrian robar su cuerpo, y difundir el rumor de su resurrección, de donde resultaría un nuevo engaño peor que que el primero; “sellemos la piedra.” Y la sellaron, *munierunt sepulcrum* (3).

Desprecio de su realeza.

Desprecio de su sacrificio.

1 Joan. XIX, 20.

2 Math. XXVII, 42.

3 Math. XXVII, 60.

Desprecio de su resurreccion.

Ved ahora, Señores, lo que afirmo.

Por justas y formidables represalias, vino el silencio; sobre la realeza judía, que se ha perdido.

Sobre sus sacrificios, que cesaron.

Sobre su resurreccion, que permanece sellada hasta el anochecer del mundo.

I.—*Su realeza se perdió.*

La realeza, señores, se expresa materialmente por un cetro y un trono. Este cetro requiere una mano, una familia, y ese trono un asiento, una capital. En la realeza judía, el cetro estaba en manos de la familia de David, y el asiento del trono estaba en Jerusalem. David y Jerusalem, raíz y tierra santas de que debía brotar el Mesías Rey de reyes.

Es de de notar, señores, que dos realezas, las dos más características de la antigüedad, tuvieron por objeto preparar la del Mesías, quiero decir, los judíos y los romanos. En su inmutabilidad profética, los judíos conservan intacta la sangre de que sal-

drá ese Mesías que desconocerán; y los romanos por sus acrecentamientos belicosos y políticos, abren el espacio ante el imperio de ese Mesías que no aguardan. Los unos guardan el manantial, los otros, cavan el lecho del rio que debe purificar y fecundar al mundo.

Y cuando El vino, las dos realezas sirvientes desaparecieron. La dominacion de César desapareció de Roma, y la raíz de Jessé, de Jerusalem. Los libros genealógicos de Israel fueron quemados, y es imposible descubrir en dónde corre la sangre real de David: mejor dicho, se agotó. Sobre la cuna del último de los David, en Betlehem brilla una estrella. El dia de Ramos, el pueblo hizo oír una última vez su alegre "hossana" al hijo de David, y unas horas despues, el registro imperial, que consignaba estas palabras provenientes de Betlehem: "Jesus, de la familia de David," se enriqueció en el Gólgota con estas nuevas: Rey de los judíos. Y El espiró diciendo: *Consummatum est.*

Todo estaba consumado, en efecto, para la familia real: habia acabado, acabado para siempre (1).

Todo fué consumado igualmente para la real ciudad, Jerusalem, no está ya en la tierra, señores, está en el cielo! En las ruinas que subsisten de la ciudad deicida, lo que hay es la esterilidad de las lágrimas que derramamos los judíos hace diez y nueve siglos; hay la esterilidad de la naturaleza, que sufrió una perturbacion á las tres de la tarde del Viernes Santo; sobre todo esto hay la impotencia y la esterilidad de todos los gobiernos de la tierra. Cosa admirable, jamas se ha logrado poner esta ciudad en la corriente de los pueblos y de la civilizacion: diríase que es un límite en que se hallan escritas estas palabras: no puede el hombre poner aquí la vida, despues de que á extramuros fué clavada la Vida. Los ro-

1 Esta extincion de la familia regia es un argumento sin réplica contra la Sinagoga incrédula. El Mesías debia nacer de David; la familia real de David se extinguió, luego él nació.

manos pasaron por allí con el paganismo, y nada ha guardado de los romanos; los Califas pasaron con el islamismo, y nada ha guardado de los Califas; los franceses, con el cristianismo, y nada ha guardado de los franceses. Sus calles, como su historia, son melancólicas, estrechas, cortas. No hay comercio, no hay ruido en la ciudad deicida; ¡la imaginacion no cree oír otro, que el ruido monótono de gotas de sangre! que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos, “sanguis ejus super nos et super filios nostros (1).” Tanto es la ciudad muerta, que, en nuestros días, juzgándose difícil é incómodo en Europa el reinado de un sacerdote, el reinado del Papa, se hablaba ya, cuando sobrevino el incidente solemne de Castelfidardo y de Mentana,—¡nunca olvidará Dios este último servicio de los hijos de Francia!—se hablaba ya del medio de arreglar las cosas, aislando al viejo y estacionario reinado de la estacionaria Je-

1 Math. XXVII, 25.

rusalem (1). Es preciso que el mundo se fije en ello, señores; hay dos ciudades que no cambian en medio de todo lo que cambia, Roma y Jerusalem. Pero Roma es inmutable, miéntras que Jerusalem es inmóvil: léjos de ser hermanas, marcan la extremidad de las cosas; porque la inmutabilidad es fecunda, y la inmovilidad estéril; Dios es inmutable, la nada es inmóvil; la nada, nada hace, Dios es el Autor Supremo. Y miéntras que Roma tranquila y apoyada en su *tu es*, "tú eres Piedra," como Dios en su *yo soy*, "Yo soy el que soy;" miéntras que, volviendo la mirada hácia las cuatro fases del mundo, dirige con sublime lucidez el desarrollo de los negocios humanos en su relacion con los negocios divinos: Jerusalem, envuelta en su sudario, asiste á ese desarrollo sin conmovirse ni tomar parte en él. Ciudades extraordinarias; las dos desarmadas y temibles; ante sus muros se ha turbado la potencia racio-

1 El príncipe Gerónimo Napoleon propuso este medio.

nalista, no pudiendo ni ahogar á la una ni reanimar á la otra. Los que pasan á lo largo del Tíber sienten una roca, y los que pasan á lo largo del Cedron divisan una sombra. ¡Roma y Jerusalem, roca y sombra que no puede asir la mano del hombre!

Tal es el pueblo judío, despojado de su doble diadema, de David, de Jerusalem. Su realza acabó.

## II. *Sus sacrificios se suspendieron.*

Jesucristo, ruina de su reinado, lo es igualmente de sus sacrificios.

El mundo físico despues del diluvio, y el mundo moral en el Calvario, se abrieron por dos grandes burlas.

Cuando Noé plantó la viña, permitió Dios que cayese en una embriaguez misteriosa: entónces comenzó la burla de Cham. El castigo lo sabeis, señores; dura todavía. Y si la pobre Africa tarda tanto en brillar, como la perla negra, en la corona del Cristo-Redentor, es porque tiene contra sí la sombra de Cham y el recuerdo de una grande irrisión.

Veintitres siglos más adelante recomienza la misma burla. Un árbol nuevo era plantado en la cumbre del Gólgota, y el fruto de ese árbol, exprimido en el lagar, chorreaba por todas partes y bañaba la tierra. En ese momento pasaron los judíos meneando la cabeza y diciendo con sarcasmo: "Descendat nunc," ¡baje ahora! Pues no, mis antiguos correligionarios, sabedlo, no bajará el Cristo. Ebrio de una santa embriaguez, huella con gozo, pisa con amor, se estremece de júbilo en este lagar. El no descenderá, porque la humanidad necesita de otro vino, de otra bebida, de otra fuerza; necesita de sangre. Sí, vosotros, yo, la humanidad, necesitamos de sangre; de sangre para decir á Dios: Dios mio, apaga vuestros rayos, ved aquí sangre; sangre para lavar las túnicas de nuestras vírgenes "de alberunt stolas in sanguine Agni (1);" ¡sangre para enriquecer las venas de tantas almas empobrecidas! sangre para signar

1 Apoc. VII, 14.

nuestras frentes, sangre para signar nuestras puertas, sangre para signar á los pueblos, sangre para cubrir á la catolicidad. ¡Ah! ¡desgraciados, desgraciados de nosotros si llegara á faltarnos la sangre!

Y ¡quién dará esa sangre!... Yo miro... Jesucristo está solo, sin rival en el lagar sangriento: "torcular calcavi solus" (1)," yo solo aprenso en el lagar.

¡Oh israelitas, el Crucificado cuya omnipotente debilidad no habeis comprendido, el Crucificado no descende, sois vosotros los que vais á descender! "Deficit hostia," se acabó, se acabó; vuestros sacrificios terminaron, bajad del altar. ¡Ah! cuando Cristo espiró, se abrieron los sepulcros, y aparecieron sombras. El Evangelio no dice cuáles fueron, pero quiero creer que una de ellas fué la de Daniel, que se pára delante del Calvario, y cuenta en sus dedos 70 semanas. "¡70 semanas, es El, exclama!....." y, postrado en el polvo, adora,

1 Isai, LXIII, 3.

diciendo en alta voz: "Deficiet hostia et sacrificium," acabaron los sacrificios (1).

Baja pues del altar, ¡oh judaismo! y tú, paganismo, baja también. ¡Que los fuegos de los sacrificios se apaguen por todo el universo! Y para que el mundo sepa bien que en adelante, al lado de la Cruz, no se puede ya derramar ninguna sangre extranjera, Dios permite que á la misma hora un doble incendio alumbrase las riberas de la Europa y las de la Asia: era el templo de Jerusalem, centro de los sacrificios mosaicos, que ardía al mismo tiempo que el Capitolio centro de los sacrificios paganos. El "Capitolio" se desplomó el 19 de Diciembre del año 69; y el Templo el 10 de Agosto del año 70. Y sobre las ruinas de los dos altares, en la mañana de cada siglo, de cada año, de cada día, en la mañana de cada uno de vuestros sacrificios, ¡oh sacerdotes católicos! el Cordero—vuestro Cordero entona y vuelve á entonar su canto de victoria: "torcular calcavi solus," yo solo

1 Daniel, IX, 27.

piso el lagar; "torcular calcavi solus," ¡á mí solo toca dar sangre (1)!

III.—*Su resurreccion diferida y sellada hasta la declinacion del mundo.*

Llego, señores, á su tercera impotencia y á su tercer castigo: *munierunt sepulcrum* sellaron el sepulcro, para impedir la resurreccion.

1 Al mismo tiempo que se derrumbaba en Jerusalem el Templo de los sacrificios, se perdía la tribu de los sacrificadores, es decir, la tribu sacerdotal de Levi, en la confusion del destierro, y en la de las genealogías. De manera que, no poseyendo ya ni el Templo de Jerusalem, único lugar de la tierra en que fuera permitido por la ley ofrecer sacrificios; ni la tribu sacerdotal de Levi única que podía poner la mano en el altar de los sacrificios, los israelitas se encuentran en absoluta imposibilidad de continuar sus sacrificios. *Una sola vez* no han inmolado el cordero pascual durante diez y nueve siglos. Por esto me permito decir á mis antiguos correligionarios: "¡Mirad, de grado ó por fuerza tenemos que caer al pié de la Cruz! Porque ese supremo sacrificio del Gólgota, que venia á reemplazar todos nuestros sacrificios, si no queréis reconocerlo, como yo, por adoraciones, estais obligados á hacerlo por vuestra impotencia.

Cuando considero á través de los siglos el estado religioso de ese pueblo y su estado social, su alma y su cuerpo; lo veo por donde quiera tropezando en las tinieblas de un doble sepulcro. El sepulcro de las almas en ese pueblo es "la Biblia;" y el de los cuerpos tiene un hombre especial, inventado para él: se llama el "Ghetto."

La Biblia, señores, ese libro clarísimo, pues que venia de Dios, claridad por esencia, en el que Dios, para más alumbrarlo, bía derramado todos los rayos, todos los resplandores del Sainí, ese libro, repentinamente se oscurece para siempre á los ojos de ese pueblo cuando, la víspera de Pentecostés, se oyó esta voz en el Tabernáculo donde se encerraba el libro: "Salgamos de aquí, salgamos de aquí," era el Espíritu, que se iba de allí (1).

Entonces tomando la letra muerta, la

1 Esta voz se hizo oír en el Templo poco tiempo ántes de su destrucción y la de Jerusalem. Muchos sacerdotes la oyeron. Historiador Josefo.

letra solitaria, las hojas amarillentas, el pobre Judío pega la Biblia contra su alma; despues amontonando en su cabeza y en la de sus hijos; amontonando á izquierda y á derecha los delirios de sus rabinos y los comentarios de sus Talmud, allí se encierra como en una prision, como en un sepulcro, de donde se escapó un dia este grito de desesperacion: "¡Maldito sea entre nosotros el que procure calcular el tiempo de la venida del Mesías (1)! Encerrado en ese estado en él permanece; nada ha podido sacarlo; los golpes que lo han herido, no han hecho otra cosa que encerrarlo más. Hace poco una boca célebre decia de ese pueblo: es el "guarda-sellos del Cristianismo." Es verdad. Como un guardian austero vela sobre la Biblia, que es el plan detallado del Cristianismo, apoderado, de los sellos á que nadie toca: él mismo, sellado con esos sellos formidables, no se siente movido: los siglos no lo mueven, la muerte no lo mueve, el

1 Talmud de Babilonia, Gemar. Tr. Sanhs, cap. XI.

tiempo está como concluido para él, diríase que se ha anticipado al resto del género humano, y está en espera de él para entrar en la eternidad!

Con este objeto de conservacion providencial, se organizaron en la edad media para los Judíos en todos los Estados de Europa esas especies de lazaretos ó cuarteles aparte, esas callejuelas cerradas con cadenas llamadas en Francia "Juderías," y en Italia el "Ghetto"..... Señores, cuando despues del asesinato de Abel, tuvo el primer homicida que arrastrar por todas partes su existencia penosa y vagabunda, la mano de Dios puso en su frente un signo, un estigma indeleble, á fin de que respetasen la vida de Cain todos cuantos le encontraran, *posuit Dominus signum ut non interficeret eum omnis qui invenit et* (1). Y cuando los Judíos dieron muerte á Jesus, y la Providencia indignada los arrojó de su presencia, andando errantes en

1 Génesis, IV.

medio de naciones jóvenes, ardientes, que trabajaban en formarse y que rechazaban violentamente de su seno todo elemento heterogéneo, para que ninguna exterminase á los deicidas, no solamente extigmatizó Dios su cabeza, sino que la guardó bajo un muro de piedra deshonoroso pero protector, el Ghetto. ¡Allí, en esos escondrijos vivió aparte y sellada nuestra infeliz nacion durante diez y ocho siglos! Allí, segun el anuncio del profeta, el más leve rumor "temblabamos como hojas (1);" con el báculo del peregrino siempre en la mano y

1 Moisés anunció: "A los que queden de entre nosotros, heriré de espanto sus corazones en medio de sus enemigos; "el ruido de una hoja que vuela les hará templar;" "huirán como si vieran una espada" (Levitic, XXVI 36) ¡cuán á la letra se ha realizado esta profecía durante diez y ocho siglos! ¿El Señor, siempre tan justo y bueno para nosotros, habria pedido permitir que se apoderase de nosotros tal temor, si no estuviésemos cargados de un grande crimen? ¿El temblor de tierra que comenzó en el Calvario, no explica elocuentemente el temblor de miedo que se ha apoderado de toda la nacion?"

siempre en pié como en tiempo de Pascua. Allí hemos vivido agobiados de oprobio é inclinada nuestra abrumado cabeza, porque hicimos, ¡ah! inclinarse la cabeza de Jesus en la cruz. Allí, en fin, cuando nuestros hijos venian al mundo, podiamos hacer que leyeran en la puerta del Ghetto estas terribles palabras: “¡Vosotros los nacidos aquí, abandonad la esperanza!.....” ¡Oh pueblo judío, perdona lo que voy á decir; tú me has hecho comprender el infierno! ¡Siempre, siempre sufrir y no morir jamas, llevar una carrera vagabunda y no descansar nunca; portar en sus miembros una sal vengadora pero conservadora: tal fué tu existencia, y ella es la imágen del infierno ó del “Ghetto” eterno!

Y mirad..... ¡Despues de cincuenta siglos de existencia, diez y ocho de los cuales son de desgracias, aún estamos en pié, con nuestra vida á la vez prodigiosa y comun, con nuestra cabeza dura y nuestra alma de granito. Señores, se ha dicho de las nacionalidades que ordinariamente “son molidas

para ser mezcladas (1);” nosotros hemos sido pulverizados, pero mezclados, jamas!

¡Por qué esto, gran Dios! ¡por qué este pueblo no ha muerto? Testigos en el Sianí, testigos en el Calvario, testigos en el Vaticano, atravesamos el género humano de un cabo de los siglos al otro, para ser aún testigos del declinar del mundo. No podemos morir, porque Jesucristo fué de nuestra carne y de nuestra sangre; y despues de haber expiado su dolorosa Pasion por nuestros sufrimientos, debemos tener, como él, nuestra resurreccion.

## II.

### *Resurreccion del pueblo de Isrdel.*

La resurreccion del pueblo judío debe ser doble: en el seno de la sociedad y en el seno de la Iglesia.

#### I.—*Resurreccion social.*

No soy de los que gustan de profetiazr, pero digo, que algo de solemne é inespera-

1 De Maistre.

do se prepara para el mundo, primero á causa del gigantesco fracaso de las naciones y luego, por el despertar del pueblo judío. En otro tiempo los que hacian la vela nocturna en las murallas de Jerusalem se preguntaban: “*¡Custos, quid de nocte? ¡Guardia, qué pensais de la noche? ¡En medio de todos esos acontecimientos tenebrosos que se amontonan y chocan entre sí en el horizonte, no habeis distinguido nada que interese á la suerte de Israel? ¡Custos, quid de nocte (1)?*”

Pues ved, señores, mi informe de velador y de observador.

El 28 de Setiembre de 1791, un hombre vestido á la antigua, escuchaba á la puerta de una grande asamblea. Su semblante revelaba un dolor profundo, y la nieve de su barba caia en largos cadejos sobre su pecho. Embutido tímidamente en el ángulo de la puerta, escuchaba anheloso, como si una sola palabra pronunciada en el inte-

1 Isai, XXI, 11.

rior de la sala fuera á terminar su sufrimiento hereditario, y tras una larga fatiga de casi dos mil años acordar al fin el reposo á sus largos viajes. Repentinamente hubo una conmocion en la sala, y sonaron estas palabras: ¡Para los Israelitas, como para los demas hombres, igualdad y fraternidad,

Esta asamblea, señores, era vuestra asamblea constituyente de 1791, y el anciano que escuchaba á la puerta, era el Judío Errante.....

Casi un siglo ha corrido despues de esa acta de manumision; pero en el momento solemne en que ahora se encuentra Francia, yo, hijo de ese pueblo manumitido! siento profundamente la necesidad de dar las gracias á nuestros libertadores.

Gracias pues á vuestra nacion, señores, pero ante todo gracias á Luis XVI. El fué el primero que pensó en nuestra liberacion, confiando su proyecto al virtuoso Malesherbes, su ministro, con esta expresion magnífica: “¡No son tambien mis hijos los Israelitas?” ¡Ah! ¡despues de que el

proyecto de emancipación elaborado bajo Luis XVI fué acabado bajo la Revolución de 91, nuestros corazones se sobrecogieron de espanto y nuestros ojos se llenaron de lágrimas cuando, desde el umbral de nuestras callejuelas, vimos á la misma hacha revolucionaria que acababa de romper la puerta de nuestros "Ghettos" para hacernos libres, caer pocas horas despues sobre la cabeza del infortunado monarca que habia sido el primero en compadecerse de nosotros. Estas cosas no son sabidas, señores; han pasado casi desapercibidas en la precipitación y tropel de los acontecimientos; pero ha llegado la hora de recordarlas, y por esto, puesta la mano en el corazón, nosotros los culpables del Calvario decimos hoy: Gracias á Luis XVI (1).....

**I** Esperamos poder publicar próximamente una obra que se titulará: *La verdad sobre la entrada de los Israelitas en la sociedad francesa y universal*. La Providencia nos ha hecho descubrir, podemos decir desenterrar documentos del más vivo interés. Nos atrevemos prometer revelaciones conmovedoras

¡Y despues igualmente, gracias á Francia! en la que, jamas lo olvidaremos, el pobro Judío Errante recibió al fin permiso de detener su marcha vagabunda, y encontró al fin ese algo de fijo que lleva un nombre dulcísimo: ¡una morada! ¡Cuán dulce es meditar en la idea de una morada! Para los que durante siglos habiamos estado condenados á andar, ¡oh! jamas comprendereis nuestra alegría de haber encontrado en fin una morada. Gracias pues á tí, ¡oh noble país de Francia! y gracias á vosotros, hijos de Francia los primeros entre todos los pueblos en habernos tendido la mano, en habernos mirado como hombres, y en habernos dicho que nos sentáramos y fijáramos entre vosotros. ¡Ah! ¡si la súplica y la bendición del peregrino trae siempre dicha!

sobre la manera de entrar los Israelitas en la sociedad, sobre la magnanimidad de Luis XVI, sobre las inquietudes y al mismo tiempo la imprevisión de la asamblea constituyente, y sobre la correlación que existe entre el descenso de las naciones cristianas y el poder así pueblo judío.

¡oh Francia! ¡nuestra bendicion, la bendicion del peregrino de los siglos está sobre tí....., sobre tí, á fin de que, en esta hora de castigo que amenaza al mundo, seas perdonada!..... sobre tí, á fin de que tú, la primera en darnos “una morada,” á tu vez en esta grande crisis que puede hacer desaparecer naciones, *mores*, ¡oh Francia!.... ¡que no desaparezcas, sino que subsistas, y que esta expresion de un desterrado como nosotros, sea verdadera hasta el fin de los siglos: “Todo hombre tiene dos patrias, la suya..... y despues la Francia!.....

Ved ahora, señores, las consecuencias de ese acto de emancipacion. La primera fué la “ruina de las tradiciones y de las prácticas” que constituian esencialmente “la vida judía.” Mientras ese pueblo estuvo despreciado y aparte, se conservó ferviente, apegado á sus tradiciones, porque es propio de la persecucion ó de la hostilidad el dar apego á no importa qué ideas ó qué errenias: así es que el pueblo judío estaba adherido á su religion, por la cuál se hallaba

en oposicion con el resto del género humano. En defecto de puras prácticas del mosaismo, imposibles despues de la caida de Jerusalem, observaba escrupulosamente las prescripciones cien veces más estrechas de sus rabinos. El Talmud, ese libro de plomo, pesaba sobre él. Pero á partir de 1791, es decir, despues de su entrada en la sociedad la mayor parte de los Israelitas, para ponerse en armonía con las exigencias de la ley civil, y sobre todo para poder figurar en esa vida de fiestas y de placeres con que se encontraron al salir de sus Ghettos, han abandonado una á una sus tradiciones, las costumbres de sus padres, sus prácticas restrictivas: de suerte que, como una primera vez, despues de la caida de Jerusalem, el mosaismo puro degeneró en talmudismo, éste, á su turno, ha degenerado en racionalismo ó en indiferencia, es decir, en nihilismo.

Luego la desaparicion de las antiguas costumbres judías ha sido la primera consecuencia del actode emancipacion. Segun-

da consecuencia; "elevacion y poder de la raza judía."

Cosa admirable, aún no hace un siglo que ese pueblo fué emancipado, y ya nada se puede hacer en el mundo sin él. Como un torrente á que se han soltado los diques, ha penetrado por donde quiera, en la industria, en las asambleas, en la prensa, en las ciencias, en las artes, satisfecho de difundirse á la luz y bendiciendo en alta voz las ideas y los procedimientos de libertad, de progreso y civilizaci6n. ¡Ah! señores, bajo este nuevo 6rden de cosas sospecho un fiermo estratagema del amor divino. Un día—tal vez no lejano—la sociedad, desprendida de toda liga revolucionaria, difundirá, bajo los auspicios de la Iglesia, maravillas de verdadero progreso, que están luchando por brotar. En adelante incorporados á la sociedad, los hijos de Israel seguirán sus fases, beberán los mismos manantiales que todo el mundo: y cuando, en medio del renacimiento universal, preguntarán quién es el autor de ese progreso, de

esa luz, de esa civilizaci6n que les atraen: —¡ah! como en otro tiempo los hijos de Jacob viniendo á buscar en Egipto el trigo y la vida, que en ninguna otra parte se encontraban, y preguntaban quién era su dispensador,—sus descendientes oirán también en la sociedad sometida á Jesucristo, esta voz entrecortada de un sollozo: "¡Soy yo José, José vuestro hermano, á quien vendisteis, y que todavía os ama!"

#### II.—*Resurrección religiosa.*

Al lado de esta resurrección social, tiene lugar para el pueblo judío una resurrección más íntima, de que la primera es solamente preludeo ó preparaci6n: su resurrección en el seno de la Iglesia.

Ahora treinta años, en un santuario de Roma, la Virgen María—gracias, madre mía, en nombre del pueblo de Israel—se revelaba con su gloria y sus ternuras á un Judío cuya conversi6n sonó como una trompeta del Apocalipsis en la Iglesia. Desde entonces, como á una seña de María, comenzó en el mundo, de un modo lento pero

cierto, la conversion de los Judíos. Porque desde ese punto, se ha partido en dos corrientes el judaismo moderno: el uno, *falso* judaismo, que corre á perderse, hemos dicho, en el racionalismo y la indiferencia, pero el otro, *verdadero* judaismo, que viene silenciosamente á completarse, acabarse y coronarse en el Catolicismo. Vais á comprenderme.

Acaso no sabeis, señores, que cuando una pobre alma extraviada, judía ó protestante quiere entrar entre vosotros, es decir en los de la verdad, de repente se detiene vacilante, porque ha encontrado en vosotros esta máxima cruel, puesta como piedra de escándalo por los sofistas del siglo XVIII, y mantenida por vosotros: "un hombre de honor no debe cambiar jamas de religion."

¡Pues bien! ese crimen glorioso del cambio de religion, por glorioso que sea, no lo cometemos los Judíos, haciéndonos cristianos. No lo cometemos, porque, para hacernos cristianos, no hemos necesitado renunciar, no juro por la Iglesia, á ninguna de

las grandes creencias de nuestros padres, solamente hemos creído en el desenvolvimiento de ellas, es decir, en el Mesías venido. El judaismo es el Mesías *prometido*; el Cristianismo es el Mesías *venido*. No hemos pues cambiado nuestra religion, más completándola y coronándola, como la flor corona la vara. Tal vez algunos hijos de Abraham lean estas páginas: ¡oh! en tal caso, permítanme esos queridos lectores les suplique meditar y profundizar este pensamiento: que el Cristianismo no es un cambio de religion, sino la corona de la religion judía, como la flor es corona de la vara... En efecto, ¡oh católicos, oh mis hermanos en Jesucristo, jamas comprendereis cuánto es el gozo, cuál éxtasis inunda las almas de los hijos de Israel cuando encuentran, despues de creerlos perdidos, *su* Arca de la alianza en *vuestro* Tabernáculo! ¡*sus* salmos en *vuestros* labios y *sus* sacrificios en *vuestr*os altares! ¡cómo palpita su corazon de gozo encontrando *su* Pascua en *vuestra* Pascua; los sepulcros de Abraham, de Ra

quel, de David en *vuestros* martirologios; *su tribu* de Leví en *vuestra* tribu sacerdotal! Gracias ¡oh santa tribu levítica y sacerdotal ¡oh clero católico, gracias por habernos devuelto nuestro sacerdocio, vosotros los que habeis tomado nuestro lugar en el olivo franco, ahora que las ramas naturales vuelven hácia él, gracias de haber abierto *vuestros* rangos para recalentarlas y hacerlas florecer!

La conversion de los judíos ha comenzado; pero esa conversion que hasta ahora se asemeja á una lluvia que comienza, á las gotas que caen de una nube por intervalos, continuará siempre con ese carácter de intermitencia y de lentitud, ó bien en un tiempo que Dios sabe, acabará por una bendicion inmensa que asombrará y regocijará al mundo? ¡Señores, mi esperanza es firme en ese grande golpe de la gracia, porque San Pablo, ese hijo de Israel que vió claro en los destinos de su pueblo, anunció positivamente ese grande prodigio que debe resucitar la fe en la vejez del mundo!

“Si la caída de los judíos, exclamó San Pablo, ha sido la riqueza del mundo, ¡cuánto más lo “enriquecerá” su resurreccion, y si su pérdida vino á ser la salud del mundo, ¡que será su conversion sino un “retorno” para el mundo de la muerte á la vida (1)!

Cristianos, no tengais miedo de nuestra conversion, ni os alarmeis de nuestro retorno: nuestras manos no llevarán ciprés para anunciar el fin del mundo, sino palmas como el dia de Ramos, para anunciar un positivo renacimiento del mundo. Fijad vuestra atencion en las expresiones consoladoras de que se sirvió San Pablo: ¡la conversion de los judíos “riqueza” para el mundo! la vuelta de ese pueblo, ¡vuelta para el mundo de la muerte á la vida (2)!

1 *¡Quod si diminutio eorum divitiarum gentium, quanto magis plenitudo eorum! . . . . Si amictio eorum reconciliato est mundi, quae assumptio nisi vita es mortuis?* Rom. XI, 12, 15.

2 No solamente San Pablo hizo de parte de Dios esta magnífica promesa, sino que él mismo fué el tipo y la figura de la conversion del pueblo judío. Pablo se mostraba lleno de

¡Ah! escuchad.

En la vida de Jesucristo en la tierra hubo dos grandes días de triunfo, dos grandes días de fiesta en que fué reconocido como Mesías y como Rey; dos grandes días que se deben repetir en la vida de la Iglesia, porque sobre la vida del Esposo debe estar calcada la de su esposa. Esos días en la vida de Jesucristo fueron el de la Epifanía y el de Ramos.

El día de la Epifanía, que fué en cierta manera la “fiesta matutina” que hicieron á Jesucristo las naciones representadas en la persona de los magos, el día de las aclamaciones de las naciones. Y el día de Ramos, que fué la “fiesta vespertina” que

furia contra el nombre de Jesucristo y contra la Iglesia naciente, á la que perseguía. Repentinamente cae del caballo, la luz de Cristo le baña, el perseguidor se convierte en el grande apóstol. Hablándonos un día Pio IX del poder y de la hostilidad de los judíos, dijo: *Ellos caerán del caballo*. Nosotros nos apresuramos á añadir: Santísimo Padre, en seguida abrazarán con ardor los intereses de Jesucristo y de su Iglesia.

hizo á Jesucristo la tardía Jerusalem; el día de Ramos, que fué el de las aclamaciones de Israel.

La fiesta de la Epifanía, ¡oh naciones, es la vuestra! ¡la fiesta de Ramos, oh pueblo de Israel, es la nuestra!

Pues ved que despues de diez y nueve siglos de fidelidad, la grande fiesta de la Epifanía está olvidada por las naciones y sus gobiernos, que han rechazado al Cristo y su Iglesia; sus aclamaciones de honor, en otro tiempo tan poderosas, están hoy debilitadas y á punto de extinguirse. Dejadme pues saludar en la tarde de la vida de la Iglesia, el gran día de Ramos, ó la explosion inesperada de las aclamaciones del antiguo pueblo de Jacob. Dejadme saludar y cantar ese día en que las puertas de la Sinagoga se abrirán enagenadas de júbilo para la entrada triunfal del Mesías por tan largo tiempo aguardado y desconocido de mis padres! ¡Dejadme cantar ese día en que los restos de Israel tenderán sus vestidos en el camino de Cristo y de su Iglesia

y en que el aire estará embalsamado de la sangre, que esta vez caerá en lluvia de amor “sobre nosotros y sobre nuestros hijos!” ¡Oh día de Ramos, levántate, puesto que ya no hay la Epifanía de las naciones!... ¡Hosanna, hosanna cuanto ántes al Hijo de David! ¡Hosanna al Rey de Israel! ¡Bendito sea para siempre Aquel que vuelve á nosotros en el nombre del Señor! “¡Jerusalem, Jerusalem, qué de veces quise reunir á tus hijos como la gallina á sus pollitos bajo las alas!.....” ¡Pero esta vez tú te habrás querido, Jerusalem, tú te habrás precipitado bajo las alas!..... ¡Hosanna, eternamente hosanna á Jesucristo y á su Iglesia! Hosanna, hosanna, hosanna (1)!

1 Nuestro Señor Jesucristo dijo positivamente á los hijos de Israel: “No me vereis más hasta que digáis: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.—*Non me videbitis amodo donec dicatis: Benedictus qui venit in nomine Domini.*” Math., XXII, 39. ¡Ojalá este grito, este hosanna que mi corazón ha pronunciado aquí, se propague entre los restos de Israel, á fin de que muy pronto volvamos á ver á nuestro Rey, á nuestro amado Mesías. Este llamamiento es la condición de *potencia á ver!*

---

---

## Conclusion.

### ORAR POR LAS NACIONES.

Quando una existencia preciosa está amenazada de muerte, sus parientes, sus amigos, todos los corazones de una ciudad, de un país se ponen á orar por la conservación de esta preciosa existencia.

Todas las naciones cristianas están enfermas y en peligro: ¿por qué el gran pueblo católico, sólo conservador y que quiere conservar las naciones, no se pondría todo entero en oración, para obtener que no mueran, sino que se conviertan, continuen viviendo y acaben su grande misión?

Sin duda se ha orado ya mucho, pero cada país ha orado para sí; y la oración que me atrevo á entrever es la comun de los católicos por las naciones. ¡Cuán poderosa asociación la de todos los católicos orando juntos y no solamente por la curación de su

y en que el aire estará embalsamado de la sangre, que esta vez caerá en lluvia de amor “sobre nosotros y sobre nuestros hijos!” ¡Oh día de Ramos, levántate, puesto que ya no hay la Epifanía de las naciones!... ¡Hosanna, hosanna cuanto ántes al Hijo de David! ¡Hosanna al Rey de Israel! ¡Bendito sea para siempre Aquel que vuelve á nosotros en el nombre del Señor! “¡Jerusalem, Jerusalem, qué de veces quise reunir á tus hijos como la gallina á sus pollitos bajo las alas!.....” ¡Pero esta vez tú te habrás querido, Jerusalem, tú te habrás precipitado bajo las alas!..... ¡Hosanna, eternamente hosanna á Jesucristo y á su Iglesia! Hosanna, hosanna, hosanna (1)!

1 Nuestro Señor Jesucristo dijo positivamente á los hijos de Israel: “No me vereis más hasta que digáis: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.—*Non me videbitis amodo donec dicatis: Benedictus qui venit in nomine Domini.*” Math., XXII, 39. ¡Ojalá este grito, este hosanna que mi corazón ha pronunciado aquí, se propague entre los restos de Israel, á fin de que muy pronto volvamos á ver á nuestro Rey, á nuestro amado Mesías. Este llamamiento es la condición de *potencia á ver!*

---

---

## Conclusion.

### ORAR POR LAS NACIONES.

Quando una existencia preciosa está amenazada de muerte, sus parientes, sus amigos, todos los corazones de una ciudad, de un país se ponen á orar por la conservación de esta preciosa existencia.

Todas las naciones cristianas están enfermas y en peligro: ¿por qué el gran pueblo católico, sólo conservador y que quiere conservar las naciones, no se pondría todo entero en oración, para obtener que no mueran, sino que se conviertan, continuen viviendo y acaben su grande misión?

Sin duda se ha orado ya mucho, pero cada país ha orado para sí; y la oración que me atrevo á entrever es la comun de los católicos por las naciones. ¡Cuán poderosa asociación la de todos los católicos orando juntos y no solamente por la curación de su

patria respectiva, sino de todas las patrias: los católicos de España pidiendo la curación de Francia, los de Italia pidiendo la curación de Inglaterra, los de Francia pidiendo la curación de Austria y todos juntos pidiendo á Dios que por los medios de su providencia y las vías de su misericordia, las naciones y sus jefes se reunan á la Iglesia su madre, única que puede salvarlos! Como no habia de hacer estremecer de esperanza y armar de valor una oración como esta fraternal y universal! ¡Cuán repentino ejército, formado en batalla é inexpugnable! ¡Cómo sería esto romper desde luego con el egoísmo que se ha establecido por todas partes, consecuencia. ¡Ah de tantas desdichas! ¡Qué ensanche en la caridad y al mismo tiempo qué muralla contra el socialismo que quiere la muerte de las naciones! Porque importa no hacerse ilusión en el campo de los buenos, la continuación de la existencia misma de las naciones es la que está en cuestión y en peligro; ninguna á encontrado gracia ante el decreto del so

cialismo revolucionario, y esto es lógico.

Todas las naciones cristianas son "concorporales," según la admirable expresión empleada por San Pablo, "gentes concorporales." Ellas han tenido una misma madre, la Iglesia: son miembros de un mismo cuerpo, el Cristo: han cometido los mismos extravíos, el mismo crimen, la apostasía: están ahora muy enfermas del mismo mal, el socialismo: tienen el mismo enemigo, la Revolución: juntas curarán ó juntas morirán! La sola "conservadora," la Iglesia, puede y quiere salvarlas. Como hijo y sacerdote de esta santa Iglesia, me atrevo, pues, á suplicar á todos los católicos unan sus oraciones por la conservación de las naciones.

Lo hago también como hijo de Israel. Cuando este pueblo se hizo culpable cometió doble crimen; uno que toda la tierra conoce, el "deicidio;" otro ménos conocido, pero que en las balanzas de la justicia eterna pesa también mucho para castigo de ese pueblo, "su crimen contra las naciones."

¿Cómo fué Israel criminal contra las naciones? Vedlo.

Había sido excogido como pueblo de Dios y á este título colmado de favores; pero excogido no para replegarse eternamente en sí mismo y saborear con avaricia sus privilegios, sino para ensancharse como la planta, y presentar su fruto, el Mesías, á las otras naciones que le aguardaban. El oficio de Israel debía consistir en pasar un día de "lo particular á lo universal." Siendo el pueblo de Dios, á la época de la venida del Mesías debía trasformarse, crecer acogiendo á todas las naciones y formar con ellas en una sublime síntesis el "reino de Dios."

Cuando vino el momento de pasar así de lo particular á lo universal y unirse á las naciones, el pueblo judío sintió subir á su alma un celo inmenso. Esta idea de la igualdad espiritual—no ser más en el porvenir el solo pueblo de Dios, sino formar con las otras naciones el reino de Dios; no tener ya privilegios, no poseer más en propiedad la

Ley, el Templo, sino formar en adelante una sola Iglesia con los gentiles, con el resto del mundo—la idea de la igualdad espiritual le fué insoportable. El crimen del Calvario fué decidido y además el pueblo judío hizo lo imposible, como refiere el libro de los "Hechos," lo imposible para impedir la predicacion del Evangelio á los Gentiles: todo lo empleó en poner trabas á la religion universal. Aun los judíos que creían firmemente en Jesu cristo, se opusieron un instante, por amor á la Sinagoga, á ese llamamiento hecho á las naciones. Esa fué la herejía de los "Judaisantes," la primera y la más sutil de todas las herejías. En una palabra, el judaisme ciego, egoista y celoso, se puso atravesado á la puerta del reino de Dios, para impedir el paso y la entrada á las naciones. Se sabe el castigo: el pueblo judío fué barrido en lo "universal," en que áun se encuentra.

Tal fué su crimen.

Pues bien, hoy es una ínfima criatura, pero hijo de Israel, quien viene á pedir, á

suplicar que se ore por la conservacion de las naciones..... Antiguamente el pueblo ludío, ciego y celoso, se atravesaba contra ea puerta del reino de Dios para impedir el paso y la entrada á las naciones. Hoy ese hijo de Israel, con otros muchos, se atravesaria contra la puerta del reino de Dios ó de la Iglesia, para impedir á las naciones salir de él.

He aquí por qué he publicado estas páginas, y por qué anhelo ardorosamente se ore por las queridas naciones.

I.

*Oracion del Papa por las naciones.*

Pio IX, respondiendo en 1869 al mensaje de una peregrinacion, leído en frances por el conde Léo de Thun, antiguo ministro en Austria, entretuvo al numeroso concurso con un pensamiento que le preocupaba frecuentemente. "En mis oraciones, decia, viajo con frecuencia alrededor del mundo entero y especialmente en rededor de Europa. A mi izquierda veo primero

Portugal y España, y ruego á los santos protectores de esos países, San Isidoro y Santa Teresa, les den las gracias de que necesitan.

"Despues subo á Francia y dirijo á San Dionisio, Santa Genoveva y San Luis, una súplica semejante por su querida patria.

"Levanto mis ojos á Inglaterra, y pido á San Patricio, San Eduardo y Santo Tomás de Cantorbéry, que vuelva á ser la "Isla de los santos."

"Continúo en seguida mi viaje, paso á Alemania, y ruego á San Estéban, San Bonifacio y Santa Isabel, devuelvan á la Germania la unidad de la fé.

"En Rusia y en Polonia, invoco á San Vladimiro y San Josafat.

"Pasando al Mediodia, suplico á San Cipriano y San Agustin por la Africa; en Levante á San Crisóstomo por el Oriente y por su retorno integral á la unidad.

"En fin, mi pensamiento vuela hácia la lejana América, y pido á Santa Rosa de Lima y á los otros santos de aquel vasto

continente, conserven y difundan en él la verdadera religion.

“Despues de haber hecho esta rápida excursion alrededor del mundo, vuelvo á entrar en mí mismo y me pregunto qué he visto. Por todas partes la turbacion de los pueblos y la inclinacion de los reinos “*Turbatae sunt gentes et inclinata sunt regna (1).*”

¡Qué bella y elocuente es la oracion! De seguro, la oracion de Pio IX es la de Leon XIII.

¡Cuán fácil y eficaz manera de orar por las naciones en union con el Papa, sobre todo en el santo sacrificio de la misa ó ante el Santísimo Sacramento manifiesto! Cuando Jesus ha bajado al altar y en ese momento se ha realizado este anuncio profético del Antiguo Testamento: desde el Oriente del sol hasta su Ocaso, se me sacrifica en todo lugar y se ofrece en mi nombre una oblacion toda pura (2), ¡qué accion

1 Ps. XLV.

2 Malach, I.

llena de grandeza y de esperanza se haria en llevar por el pensamiento las naciones del Universo á los piés de Jesucristo! ¿Qué es, pues, lo que impide orar así como lo hacia Pio IX?

Santa Teresa y San Isidoro, interceded por España.

San Dionisio, Santa Genoveva y San Luis, interceded por Francia.

San Patricio y San Eduardo, interceded por Inglaterra.

San Estéban y Santa Isabel de Hungría, interceded por Austria-Hungría.

San Bonifacio, interceded por Alemania.

San Vladimiro y San Josafat, interceded por Rusia y Polonia.

San Leon el Grande, Santa Catalina de Sena y San Pio V, interceded por Italia.

San Cipriano y San Agustin, interceded por Africa.

San Crisóstomo, interceded por el Oriente.

Santa Rosa de Lima, interceded por la América.

Pío IX, interceded por "la ciudad y el mundo."

II.

*Acordaos á la Reina de las naciones.*

Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María, "Reina de las naciones!" que jamas se oyó decir que alguno de los que han recurrido á vuestra proteccion, implorado vuestra asistencia y pedido vuestro socorro, haya sido abandonado de Vos. Animado de esta confianza, recurro á Vos, Virgen de las vírgenes y Madre nuestra: vedme aquí á vuestros piés, gimiendo bajo el peso de mis pecados. ¡Oh Madre de Dios! no rechaceis mis súplicas "por las naciones y por sus gobiernos," sino dignaos escucharlas y darles favorable despacho. Así sea.

III.

*Oracion por la conversion de los restos de Israel.*

Adorable Salvador, Vos dijisteis á los doce apóstoles: "Id de preferencia á las ovejas

que perecen de la casa de Israel." Pero, ¡oh Jesus! vuestro corazon es la verdadera casa de Israel á que abrió puerta de entrada el hierro de la lanza. ¡Ah! que los pobres judíos encuentren á su vez esta puerta. Infortunadas ovejas, hace diez y nueve siglos que andan errantes. Díguese el Espíritu de amor reunir las en vuestro Corazon, ¡oh Jesus! y reunir las á nosotros. En espera de esta misericordia, repetimos á vuestro Padre vuestras propias palabras en la Cruz, ofreciéndole vuestro corazon: "Padre mio, perdonadles, *Pater dimitte illis.*"

IV.

*Invocaciones sacadas de esta obra.*

¡Oh Jesus, por tanto tiempo "deseado de las naciones," permaneced siendo su muy amado.

¡Oh Jesus, "Preceptor de las naciones sois inamovible!"

¡Oh Jesus, divina "piedra fundamenta, y angular," retened á las naciones é impedid su ruina!

¡Oh Jesus, que venisteis para “hacer caer todos los muros de division,” haced caer las enemistades que nos dividen y nos hacen morir!

¡Oh Iglesia, que habeis reunido todas las naciones “como la gallina reúne sus pollos bajo sus alas,” guardad vuestras naciones, guardadlas bajo vuestras alas!

¡Oh Iglesia católica y romana, “nueva Je-usalem,” que mi mano derecha se seque y que mi lengua se pegue á mi paladar, si llego á olvidarte, oh Iglesia, madre mía!

FIN.

## INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE VOLÚMEN.

	Páginas.
Prólogo del traductor.....	V
Licencia del Arzobispado de México.	LXI
Aprobaciones.....	LXIII
Advertencia.....	LXXXI
• Discurso primero.....	1
• Idem segundo.....	33
• Idem tercero.....	69
• Idem cuarto.....	105
• Idem quinto.....	143
• Idem sexto.....	175
• Idem sétimo.....	215
• Idem octavo.....	253
Conclusion.....	289

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSITY OF  
NEW  
LIBRARY